Poesias Completas
J. Santos Chocano.
G. Vidal Hermosa

# Poesías completas de José Santos Chocano

JOSE SANTOS CHOCANO

# POESIAS COMPLETAS

IRAS SANTAS ⊙ EN LA ALDEA

AZAHARES

SELVA VIRGEN ⊙ POEMAS

IN HOC SIC SIGNUM VINCIS
En mi arte caben todas las escuelas, como en un rayo de sol todos los colores.
*J. S. Ch.*

NUEVA EDICION

TOMO SEGUNDO

CASA EDITORIAL MAUCCI
Gran medalla en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907 y gran premio en la de Buenos Aires 1910
Calle de Mallorca, 166.—BARCELONA

Es propiedad de la Casa Editorial Maucci

# INDICE


| | Págs. |
|---|---|
| El diálogo de las tumbas | 5 |
| Heroísmo. — Grito de Job | 12 |
| El cofre | 13 |
| La compra de Venus | 14 |
| Amor muerto | 17 |
| Flor de espontaneidad | 18 |
| Padre nuestro | 20 |
| Arqueología | 22 |
| Asunto Valteu¿ | 23 |
| Praxitélica. — La muerte del cisne | 26 |
| El beso de Cleopatra | 35 |
| La vejez virgiliana | 37 |
| Asunto Velázquez | 38 |
| Copa de oro | 42 |
| Sátira | 43 |

*Págs.*

La vejez anacreóntica. . . . . 45
Flor de Hispania. . . . . 48
El último canto de Nerón. . . . . 51
Pagana. . . . . 57
Perlas blancas. . . . . 59
El retrato de César. . . . . 60
El alma inmóvil. . . . . 62
Idealidad. . . . . 63
A los que sufren. . . . . 65
Oda olímpica. . . . . 69
Silencio! . . . . . 76
Poemas. . . . . 79
La epopeya del Morro. . . . . 81
El canto del siglo. . . . . 139
El derrumbe. . . . . 207

## EL DIALOGO DE LAS TUMBAS

A don José Echegaray

En el fúnebre y lívido paisaje,
donde salta el panteón blanco y austero,
la luna riega mortecinos lampos,
que platean la sombra del follaje,
brillan sobre la arena del sendero
y huyen después a los vecinos campos...
Parece que la luz se acobardara
al romper en la tumba: es como el riego
de una agua pura, refrescante y clara,
en un campo de sed que es todo fuego.
¿por qué tiemblas, oh luna misteriosa?
¿Por qué pareces vacilar? ¿Tú, acaso
no eres un astro muerto? Ama la fosa;
desata tus collares cristalinos
sobre las tumbas; y con firme paso,
cruza por la alameda de los pinos,
¡que fingen ayes de crujiente raso!...

Alineadas las tumbas, ora abiertas
como bostezos de hambre, ora cerradas
como ojos de pereza, siempre juntas,
bóvedas son a cuyas anchas puertas

se asoman de la luna las miradas,
en busca de las vírgenes difuntas...

Acaba de morir la Ofelia casta,
de alma de cera y juventud de lumbre:
¿quién el cirio apagó? Pasión nefasta
con soplos de huracán. Fué un ansia loca
que arrojó un corazón, desde la cumbre
a la profundidad, como una roca...

Dulce Ofelia, ¿en qué sueñas? ¿En la vida?
Torna a la realidad; salta, despierta:
¡tal como hablabas al soñar dormida,
debes hablar también soñando muerta!

¿Qué Hamlet criminal y pensativo
te ha sepultado en su alma taciturna?
¿A dónde está quien apagó tu aliento
con su aliento mortal? ¿Acaso vivo?

Rasga el silencio de la paz nocturna
un suspiro, un rumor, un hondo acento,
que viene a ti, desde lejana urna,
como confiado a la piedad del viento...

¡Es su voz! Es la voz de tu asesino,
implorando perdón. Y se oye apenas,
como si se tardara en el camino
toda una eternidad... Es clamor de ola,
que, rompiendo en su límite de arenas,
se esfuerza por gritar:—¡No, no estás sola!...

¿Qué respondes, Ofelia, qué respondes
a ese grito de horror? ¿Por qué te escondes,
como una flor que pliega su corola?
Repulsión, odio... ¡No, no sabes de eso!
Tienes miedo tal vez... ¿Qué puede hacerte?
Hoy tú no eres más débil, ni él más fuerte:
doblegados estáis al mismo peso.
Y un arma tienes: tu virgínea palma.
El penetró en tu vida, con la muerte;
¡pero no pudo penetrar en tu alma!...

Oye su voz y dile su reproche;
que, entre la paz de la callada noche
en la que apenas el follaje zumba,
tendrás, cediendo a su postrer instancia,
mientras el viento borra la distancia,
un diálogo con él de tumba a tumba...

—¡No, no estás sola, Ofelia! Eras mi vida
y contigo acabé... Pero, despierta;
que es lo mismo estar muerta que dormida...

—¡Dormida, para Dios; para ti, muerta!

—Ténme piedad y escúchame un instante,
el instante fugaz que nos separa
de la justicia eterna... Delirante
como nunca, corrí tras de tu huella;
¡y, al mirarte volar, con mano avara
cogí tu vida y me escapé con ella!
Robé tu vida así; tú me robaste
el corazón, que es más. Ya sé que he sido
la sombra de tu sol; y si el contraste
resaltar hace más el bien perdido,
más saltará tu mérito que asombra
y seduce a mi espíritu, afligido
y orgulloso a la vez de ser tu sombra...

—Mas ¿por qué deshojar la flor temprana,
antes que rompa su cerrado broche?

—La rosa sólo vive una mañana
para salvarse del hielo de la noche.
¡Ah! si hubieras sentido un solo instante
la sed de fuego, el ansia delirante,
que mi lóbrego espíritu sentía,
mayor angustia desgarrase tu alma
que la angustia fugaz de la agonía,
tras la que vino tu perpetua calma.
Duele así la inyección de adormidera,
que, si hiere la piel, infunde sueño
reparador al fin: mas suerte fiera

es la del infeliz que desespera,
y desvelado en excitante empeño
pasa sin descansar la noche entera...
¡Qué horrible es el dolor, cuando perdura
y se goza en matar así las galas,
una tras otra, en siglos de amargura!...
¡Nada importa el dolor, cuando tiene alas!
Hoy gozas de la paz. ¿No oyes el grito
de eterna lid de los humanos seres,
que conturban la paz de lo infinito?
Te libré de la vida ¿qué más quieres?...
La vida es el dolor: la mejor parte,
del dolor siempre fué. ¿Mas, tú quién eres
para saber de la revuelta sirte
del pesimismo arrollador? Tú mueres,
como viviste, sin por qué. Yo el arte
sé en cambio del dolor. ¿Quieres medirte
con la vara del mal? Mira tu huella;
y fíate después en la falacia
de la vida... ¿La ves? Repara en ella:
te creías feliz, porque eras bella;
y tu felicidad... ¡fué tu desgracia!

—Es que yo era feliz, porque en mi pecho
a espiritual amor prestaba abrigo...

—¿Pero el rico, oh mujer, tiene derecho
de insultar con sus pompas al mendigo?
Cuando la ley de la armonía irradie,
como un sol, en las cumbres de la idea,
podrá gozarse el bien que se desea,
¡si gozar ese bien no daña a nadie!
Tu bien era mi mal. Si fué egoísmo
arrastrarte hacia mí ¿también no lo era
en ti, vivir sin reparar siquiera
un punto en mi pasión? Era lo mismo.
¿Qué mal era mayor? ¿Qué alma más fuerte?
¿Cual pudo ser la senda preferida:
la paz reparadora de tu muerte
o la lucha angustiosa de mi vida?

Y ya que estás en la mansión serena,
ya que plegaste por la fuerza el ala,
confiésame: la muerte menos buena
es mejor que la vida menos mala...

—¡Oh Hamlet! ¿y tú hablaste de armonía?
Deja que tras de ti mi rumbo tuerza
y que te arguya, ante la suerte mía,
que nadie quiere el bien, cuando es por fuerza...

—¿Y yo por fuerza no te amé? ¿Y acaso
la fuerza no es el título de muerte,
con que Naturaleza va a su paso
arrollando a los débiles? El fruto
vale más que la flor, porque es más fuerte,
porque tiene más vida; así en el bruto,
así en el hombre, así ¿qué bestia insana
pudo hacer lo que yo: matar por celo
y matarse después? Es que mi anhelo
tiene una fuerza superior: ¡la humana!

—Perdona ¡oh Hamlet! que saber pretenda
el ardor, el afán, el vivo fuego,
que te empujó por la terrible senda
ciego de amor...

—Es que el Amor es ciego.
Te amé, te quise mía; y como tu alma
era ya de otro amor, pensé en la calma
de los sepulcros; y cedió mi suerte,
cual cede al viento la marchita hoja;
y, a modo de Colón hacia otro mundo,
quise arrojarme al seno de la muerte,
desde mi juventud, como se arroja
el ágil nadador al mar profundo...
Ya que era refractaria el alma mía
a la flor de los locos entusiasmos,
tuve sed de gozar en mis espasmos
la voluptuosidad de mi agonía...
Te maté, porque sí; fué tu destino.
Ofrecerte mi vida era muy poco:

quise ofrecerte más; me sentí loco,
y te ofrecí mi honor: ¡fuí tu asesino!
Así lo quiso nuestra infausta suerte:
para siempre apartados en la vida
o para siempre unidos en la muerte...
Y si culpable fuí, no lo fuí en vano;
que al empuñar el alma del suicida
me hice justicia con mi propia mano...

—¿Pero no te arrepientes? ¿No te llena
de zozobra ese Dios, que acaso escucha
cómo conturba la mansión serena
las desgarradas voces de tu lucha?

—Miedo, ¿por qué? Sorpresa de alegría;
puesto que en nada mi razón creía
y me encuentro que hay Dios. Es lo que siente
el mendigo, que, huyendo maldiciente
del vano ruído del festín sonoro,
por las escuetas calles, de repente
ve brillar en el suelo un disco de oro,..
Dios juzgará. Filósofo elocuente
en breve frase mi razón encierra:
amarse y generar es solamente
perpetuar el dolor sobre la tierra...
Halle del griego el epitafio impío
quien el misterio de mi tumba viole:
¡oh qué felicidad, si el padre mío
hubiera muerto, como yo, sin prole!...
No en vano hasta Satán, ya que le veo
acercarse hacia mí, razón me muestra;
pues si en medio el ardor de su deseo
y si en medio el fragor de su palestra,
oyese el ¡ay! de un hijo, en su locura
no sabría qué hacer: Dios lo maldijo;
pero, entre su indecible desventura,
¡no aumentó su dolor con el de un hijo!...

—¡Calla, calla, por Dios!
—Ofelia amada,
no estás sola: ¡aquí estoy!...

. . . . . .
Era ya hora
de que en la oscuridad, cual carcajada
en medio de un dolor, saltase Aurora.
Aurora. Allá en los límites distantes,
que de visiones el misterio puebla,
rompieron a temblar los vacilantes
diálogos de la luz con la tiniebla.
La luna, como Ofelia, se moría
llena de palidez, lánguidamente,
copiando, en su agonía, la agonía
de la marmórea virgen inocente...
Rumoreaban los árboles. Las aves
trinaban en el hueco de las fosas.
Soplaban brisas de perfumes süaves...
llevándose y trayendo mariposas...

De pronto, en la capilla, entre la urna,
donde yace un Jesús de la agonía,
al desgarrar la lobreguez nocturna,
espántase la luz del nuevo día;
porque, saltando del recinto estrecho
que sujeta sus miembros mal ligados,
el Cristo, en medio de una paz que arredra,
sentado se halla sobre el duro lecho,
mientras que de sus ojos entornados
deja rodar dos lágrimas de piedra...

¿Por qué llora, por qué? Toda la noche
oyendo estuvo el diálogo elocuente;
y a las últimas frases que, en derroche
de luz y sombras, desató el demente,
sintió acaso nublarse la conciencia,
porque pensó, con alma arrepentida,
que debió haber dejado descendencia
como ejemplo de amor para la vida...

## HEROISMO

Poeta: ¡sacrifícate al Derecho!
Cuando lancearlo quieran, con tu mano
junta las lanzas, como el gran romano;
y dríigelas todas a tu pecho.

Tu verbo sea temporal deshecho,
que oscurezca los días del tirano;
y por las noches, cual fantasma insano,
vela en la cabecera de su lecho...

Bruto es tan héroe cuando a César mata
como cuando la vida se arrebata:
si el odio es justo, el crimen dignifica...

Poeta: el criminal tiene su aureola;
¡porque, si es héroe quien su vida inmola,
es más héroe quien su honra sacrifica!...

## GRITO DE JOB

¿A qué matarme? Quedará pendiente
siempre el recuerdo de mi vida entera;
y me aflige pensar que, cuando muera,
viviré en la memoria de la gente.

No, no puedo dejar que se lamente
mi heroica acción con frase lastimera;
y que todo el que piense:—¡Un hombre era!
diga con falsedad:—¡Era un demente!

Cuando siento llegar horas fatales,
envidio sólo al que por suerte rara
muérese en las entrañas maternales;

mas no comprendo el paso del suicida,
dejando el rastro aquí: me suicidara,
¡si pudiera borrar toda mi vida!...

## EL COFRE

La pompa colonial de tus balcones
simula un cofre de imperial tesoro,
que debiera tener incrustaciones
de conchaperla y ornamentos de oro...

Siglos duermen ahí, cual golondrinas
con las nostalgias del placer exiguo.
¡Oh catafalco de la Edad en ruinas!
¡Oh monumento del Amor antiguo!

¡Oh qué escalas de seda colgaría
de tus balcones el abuelo amante,
que, en las noches de luna, subiría
en pos quizá de un beso palpitante!

Desde aquellos balcones, tus difuntos
nobles abuelos, con audaz fortuna
robaban horas y gozaban juntos,
bajo el celestinaje de la luna...

Suspensa la calada celosía,
la intacta virgen, sobre el blando seno,
recostaba la frente del que un día
cruzó el combate con fragor de trueno.

El fiero capitán, que con la espada
fatigó las conquistas coloniales,

cogido entre los besos de su amada,
era una garra envuelta entre panales.

¡Ah! ya no más tu espíritu podría
sentir aquella Edad: el cofre roto
ha dejado escapar la poesía,
que era el encanto del placer remoto...

Asomada tu faz, acaso toma
de aquella Edad el clásico reflejo,
¡como una Primavera que se asoma
por entre un árbol retorcido y viejo!

Y en la ventana, como un cuadro eterno
que se anima a la luz de tu mirada,
¡eres la imagen del Amor moderno
dentro del marco de la Edad pasada!

## LA COMPRA DE VENUS

A Alfonso Caro

Tal como el hijo de Neptuno un día
sorprendió a Galatea temblorosa
en brazos del pastor, que al fin lozano
era también cual ella, yo querría
mirar junto a tu faz de fresca rosa
las barbas blancas de tu esposo anciano.

¿Qué contraste mayor? Ni el que la nieve
con el sol estival forma en la cumbre...
¡Así se embriaga un moscardón aleve
en la miel de una flor!

La muchedumbre
se arrodilló ante ti: cayó rendida
ante el ara triunfal de tu hermosura;

y tú, al sentirte diosa, envanecida,
quisiste oro tal vez, y, en tu locura
brindaste en el festín con larga mano
la copa de tu carne fementida
al oro mercader de un torpe anciano...

¡Oh, la noche de bodas! Las cortinas,
que supieron cubrir el blanco lecho,
consumirse debieron en las llamas
de la bujía al fin. Lecho de espinas
debió tornarse aquél, en que deshecho
tu amor, más que tu honor, si es verdad que amas,
quedó apenas de pie sobre tus ruinas,
como árbol seco de desnudas ramas...

Amor no es árbol que arraigar pudiera
en abrupto peñón. Vano es que quiera
ser torrente tu amor; porque el torrente
sólo fecundaría la pradera,
nunca el yerto arenal.
La cana frente
de tu esposo contrasta junto al oro
de tu copiosa cabellera; cuida
de la risa jovial de Pan sonoro,
que vive del amor y ama la vida.

Hoy la luna de miel, luna menguada,
gozas en las campestres soledades;
y satisfecha con sentirte amada,
pero sin amar tú, bajo las frondas
pasas como ilusión de otras edades,
viendo tu faz en las serenas ondas
de quieto lado descansando al borde
de torrente locuaz, bebiendo lampos
y vientos y perfumes, dando un beso
a cada flor cual misterioso acorde
de arpa eólica, irguiéndose en los campos
como estatua gentil de carne y hueso...

Pero por más que esfuerces el oído,
no podrás escuchar las siete notas

de la flauta de Pan, que está escondido,
miedoso de saber cómo a su nido
Amor ha vuelto con las alas rotas.
No escucharás el beso que las ninfas
le dan a los pastores, ni siquiera
el monólogo eterno de las linfas
en que se ve Narciso enamorado.
Soledad sin amor por donde quiera;
¡y ahí tú, victoriosa y altanera,
como si fueses reina en despoblado!

Cuando el hijo de Venus, que travieso
armado va del arco de un suspiro
y de la flecha espiritual de un beso,
te halle, a la vuelta de robusto tronco,
tal vez soñando en el voluble giro
de un cántico sensual, oyendo el ronco
clamor de los torrentes, con el alma
puesta en los ojos y los ojos puestos
en ese cielo azul de eterna calma,
fruncirá el rostro con nerviosos gestos
y sorpreso ademán, al encontrarte
deshojando las hojas que cogiste,
a la manera que en la Edad del Arte
encontró a Psiquis, solitaria y triste...

No importa, no, que sobre el hombro acaso
sientas el peso de la cana frente
de tu dueño y señor: él en su ocaso
no da ni quita luces a tu oriente.
No importa, no, que el vívido reflejo
sombrío nubarrón encuentre al paso,
ya que al paso también le da una aureola:
para el Amor que te halla junto a un viejo
lo mismo da que si estuvieras sola...

Sus barbas sobre tu hombro: en sus cabellos
de alba espuma, relucen los destellos
de tu áurea cabellera que se agita
y al undívago viento se destrenza:

¡junto a la cera de tu faz marchita,
tus mejillas son rosas de vergüenza!

Y sentirás inútil tu hermosura;
y en vano soñarás con la ventura
de oir, cual blanda música de quejas,
en torno del panal de tu dulzura
el susurro de amor de mis abejas...
Y al no poder batir las alas rotas,
rechazando a tu dueño con espanto,
soltarás ¡ay; como collar de notas
las desatadas perlas de tu llanto:
llanto inútil será. Sólo en tu sueño,
tal como el sueño de Endimión, podría
romper tus ligaduras en mi empeño
y atraerte a mi lado ¡oh luna mía!...

Te debes resignar: de oro es tu yugo;
de oro fué tu ambición.
Loco es tu intento
de soñar primaveras: tu verdugo
es como el tronco que te presta asiento.

Tronco reseco de nudosas ramas,
arraigado esqueleto del que un día
árbol fué, consumido por las llamas;
sin un nido de amor, abandonado,
como el atrevimiento de un malvado,
como la rebeldía de un protervo,
como un Satán hecho árbol: ¡se diría
que es el asta simbólica de un ciervo!...

## AMOR MUERTO

Sin poderlo evitar, tal vez me quieres;
y mis pláticas dulces y armoniosas
te embriagan con las mieles de sus rosas;
ve lo que fuiste ayer, ve lo que eres.

No quebrantes la ley de tus deberes:
dime sólo palabras amistosas;
que me conformo. El trato de las diosas
vale más que el amor de las mujeres...

Gózome sólo en contemplar tu huella,
como recuerdo de mi amor profundo,
borrándose en la arena del desierto...

Tal soñamos mirar lejana estrella,
por el rayo de luz, que a nuestro mundo
llega quizás cuando la estrella ha muerto...

## FLOR DE ESPONTANEIDAD

### Versos de álbum

El acero en el papel
extraños rasguños deja,
al escribir: es la abeja
que pica para dar miel.

No escribo con pluma de ave
sobre pergamino blando,
resbalando... resbalando:
mi pluma no corre suave;

porque la musa que inspira
mis versos es la amazona
que de roble se corona
y de piedra hace su lira.

Mi musa es como el torrente,
que va entre peñas y frondas,
mientras palpita en sus ondas
el alma de un continente...

Artes nimias y pueriles
extrañas son a mi pluma:

la delicadeza suma
es para almas femeniles.

No esfuerzo mi arte en buscar
falso brillo de oropeles:
yo sé que guarda más mieles
que un palacio un colmenar.

Sábelo: el poeta no es
artificioso elegante,
que esconde en mórbido guante
largos dedos de marqués:

más tampoco odia la seda
cuando viste un porte altivo,
No es el burgués positivo:
es el ala, no es la rueda...

Libre así, corriendo va
por la selva del dolor:
es el alma, toda amor,
que ama al Arte donde está.

Más no te extrañes al fin,
si tras el Arte, corriera
del torrente a la bañera
y de la selva al jardín;

que la bañera en su linfa
retrata tu faz de diosa
y cada botón de rosa
es una boca de ninfa.

Y verás tu como enfermo
de fatiga y desengaño,
en frescas aguas me baño
y en blandas rosas me duermo...

No importa que el alma mía
sufra en angustia secreta.

puesto que el mal del poeta
es bien de la poesía.

Si huérfano del aroma
de nada sirve el capullo,
si Dios soñó en el arrullo
y luego hizo la paloma,

sobre el palomar en ruina
el arrullo alado nace
y el aroma en la flor hace
la redención de la espina.

Apiádate del que a ti
vuela en alas del lirismo:
¡yo no valgo por mí mismo,
sino por lo que hay en mí!...

## PADRE NUESTRO

A JORGE POLAR, EN EL ALBUM DE SUS HIJAS

Errante explorador, que por la umbría
selva entró alguna vez, y que con firme
mano grabó su nombre en débil tronco
de arbusto protector, que le dió lecho
de hojas muertas de sed,—al soplo airado
del Destino, tal vez torne su rumbo
hacia el paraje aquel, cuando ya el tiempo
haya puesto vigor entre las venas
del arbusto y el tronco haya ensanchado:
y entonces gozará con ver su nombre,
que vivirá a través de las edades,
como revelación de un alma, en medio
de estas mudas y eternas soledades...

¡Cómo no has de gozar, si eres poeta,
al leer las estrofas que escribiste

en tus radiantes noches; cuando el viento
agitaba la pálida bujía,
con su hálito de musa; y solo, y mudo,
te golpeaban la frente pensadora;
y cabalgabas en el verso alado,
que corría... y corría... y más corría,
atravesando sombra, y después sombra,
y después sombra, y sombra todavía!...

Ahí están tus recuerdos: ahí, inmobles
mariposas disecas, tus ideales
crucificados sin piedad, tus sueños
coronados de espinas, tus locuras
con sus sangrientas púrpuras rasgadas;
ahí encuentras placer: el placer mismo
del hijo vuelto de lejanas tierras,
que va a besar la tumba de sus padres;
el placer mismo del labriego anciano,
que pasea en sus campos donde nunca
podrá otra vez arar; el placer triste
—ya que envueltos en miel hay aguijones—
del inválido que oye las trompetas
y no puede alistarse en sus legiones.

Más que el explorador que su nombre halla
en un tronco del bosque, más que el bardo
que halla un recuerdo suyo en cada estrofa,
goza el padre que mira concentrarse
toda la luz de su alma, todo el fuego
de su cuerpo viril, cual en el foco
de inmaculada lente, en su hijo amado
que retorna ese amor como un reflejo,
ya que el padre en el hijo hallará siempre,
en cuerpo de crisol, alma de espejo.

¡Oh qué dicha mayor: sentirse padre,
verse una y otra vez reproducido
en un hijo y en otro! ¡Acaso sea
un misterio eucarístico el que logra
que el padre, transformándose en los hijos,
como un lampo de sol en cien destellos,

se sienta íntegramente en cada uno
y ame en un solo amor a todos ellos!...

Así Dios goza desde su alto solio
en ver rodar los mundos a sus plantas;
goza en oirse por sesenta siglos
alabado en la Tierra, y por mil veces
en otros mundos mil; en ver las nuevas
vidas que brotan de la misma muerte;
en ver la estéril lucha de los males
contra el bien inmortal; en el arrullo
de la oración que llega hasta su oído,
por más que el can de la herejía ladre:
así Dios goza y goza; pero tiene
una dicha mayor:
¡la de ser Padre!

## ARQUEOLOGIA

Cuando en las viejas ruinas del Oriente
moderno explorador halla un tesoro,
al descubrir los ídolos de oro
que culto fueron de pagana gente,

¡con qué interés el alma del Presente
vuela a esa Edad, en que el sagrado coro
divinizaba en cántico sonoro
deformes monstruos de achatada frente!...

Mañana que esta Edad también sucumba,
futuro explorador, de tumba en tumba,
pasearán por las ruinas su mirada:

¡y qué espanto tendrá, qué rara idea,
cuando brillar entre las ruinas vea,
como joya rarísima, una espada!...

## ASUNTO WATTEAU

Eres princesa gentil
del tiempo en que el rey galante
tañía en jardín fragante,
su pífano pastoril.

Así la fiesta real
sobre tus labios de flor,
libando mieles de amor,
vibra eterno madrigal.

La gloria de tu belleza
canta a los nobles señores,
que se fingían pastores,
hartos de tanta nobleza.

Triunfas en la alegre fiesta
como una abeja de oro,
que danza al compás sonoro
de la voluptuosa orquesta.

Pastoras hay a tu lado
y pastores a tus pies:
la alfombra que huellas es
blando césped tapizado.

Bajo un sol de áureos destellos
que traspasa los follajes,
arreboles son los trajes
y espumas los albos cuellos.

Allá un pastor, que arrebata
con églogas a su amante,
luce anillos de diamante
y brocados de oro y plata.

Allá una dulce pastora
que de amantes tiene rueda,

mueve la crujiente seda
de su falda tentadora...

A un golpe sobre el atril
rompe la canción galante
gime el violín sollozante
y retumba el tamboril;

y fíngese entre la cauta
fronda de vaga ilusión,
la rítmica confusión
de la paloma y la flauta.

¡Loado el baile! Las damas
de sus galanes en brazos,
atan y desatan lazos
de luciérnagas y flamas...

Y mientras que al centro tú
sonríes, giran en rueda,
oropéndolas de seda,
mariposas de tisú...

Y ensayas, sacando el pie,
al son de la blanda nota,
inflexiones de gavota
y actitudes de minué.

Así la idílica fiesta,
en que mezclan sus cambiantes
los zigzags de los danzantes
y los gluglús de la orquesta...

Así la fiesta, así es
digna del verso ferviente
de un Virgilio decadente
o de un Teócrito marqués...

Tu cabellera empolvada,
rima con la albura acaso

de los estuches de raso
que cubren tus pies de hada.

Formas de suave inflexión
muestra tu talle, ceñido
por simbólico vestido
como abierto corazón.

El abanico en tu mano
a los galanes responde
y ya se ríe de un conde,
ya desdeña un cortesano.

Si una indiscreción te hiere,
enojado tu abanico
se abre y cierra, como el pico
de un cisne... que canta y muere.

¡Loado el príncipe augusto
que, enlazando tu cintura,
va paseando la hermosura
escultural de tu busto!

Rueda el sol al precipicio;
y a los póstumos fulgores,
las telas multicolores
son cual fuegos de artificio.

Lánguidamente sus sones
apagando va la orquesta;
y se disuelve la fiesta
en parvadas de ilusiones...

Tú vas dejando en los prados,
tras de esa fiesta de amores,
como reguero de flores,
corazones deshojados...

Para pedirte una flor
de esas que huellan tus pies,

Pan se viste de marqués
y Apolo se hace pastor.

¡Cuánta memoria despierta
ese tu donaire altivo!...
¡Eres el recuerdo vivo
de la aristocracia muerta!

## PRAXITELICA

A Marcial Helguero y Paz Soldán

¿De dónde aquella de abultado seno,
blanca a manera de ritual paloma?
Quizá del bosque de vetusto aroma,
porque es la ninfa del pasado heleno.

Lascivo amante, de cautela lleno,
corre tras ella; entre las manos toma
el talle; y luego, sobre el hombro asoma
su puntiaguda barba de sileno.

¡Mitológico grupo! La escultura
copiarlo debe; que, con nuevos trajes,
al remozar la clásica aventura,

forman pareja de exquisito gusto
una ninfa entre un vértigo de encajes
y un sileno de frac que le da un susto.

## LA MUERTE DEL CISNE

A Víctor Criado y Tejada

El joven taciturno
de la hepticorde lira,
que a orillas del ensueño
sus cántigas suspira,

con el suspiro exangüe
de un viejo moribundo
que ve en perfil borroso
las costas de otro mundo;
el ya marchito efebo
de frente en que la arruga
trazó su huella triste
cual de pincel en fuga,
de pómulos salientes
en que febriles crisis
pintaron ya con sangre
las rosas de la tisis
y de ojos que simulan
artificiales flores
con cuentas cristalinas
en luto de dolores;
el que hostigado siempre
por la mujer amada
sólo ama los amores
de la amorosa Nada;
el que, con alma herida
de enfermedad de hastío,
es una rama seca
que va arrastrando un río;
él mismo busca dicha
de inexplicable gloria,
que, aunque vulgar parezca
o inútil o irrisoria,
penetre en los más tétricos
recónditos delirios,
cual voluptuosa suma
de goces y martirios,
y, en las penumbras hondas
de mezcla tan extraña,
produzca el culebreo
del río en la montaña...
Y así, del fondo mismo
de su elocuente anhelo,
surgieron tres figuras,
que en sosegado vuelo

atravesaron sombras
y noches y capuces
y su perfil tomaron
de las más vivas luces.
La una era rubia,
de suelta y blanca túnica:
ceñíala una aureola
por sus fulgores única,
mientras la luenga cauda
de su volado traje
perdíase en las brumas
de un boreal paisaje
y entre sus finos dedos
del más cbúrneo encanto
un ramo deshojábase
en un copioso llanto...
La otra de castaña
y airosa cabellera,
peinada en caprichosas
evoluciones, era
por lo risueña y viva,
la tentadora dama
que cuenta en luises de oro
cada minuto que ama,
buscando en cada copa
con que su labio estruja
para sus negras noches
el sol de una burbuja.
La otra era morena,
de recogida falda;
allá, en la lejanía,
mirábanse, a su espalda,
la blasonada seda
de asiáticos mantones
ciñéndose a los flancos
en blandas inflexiones
y el símbolo vibrante
de helénica cigarra
sobre las mismas cuerdas
de la triunfal guitarra...

—¡Cantad!—Las tres cantaron.
Y fué el cantar sonoro
el brindis de las perlas
en el festín del oro.

—Yo soy el Arte bello
del impasible esteta
que busca los rincones
del alma del poeta,
para dejar en ellos
el numen laudativo
que cante dentro el mármol
el Ideal cautivo,
bajo la forma eterna
que en símbolo de roca
pone elocuente dedo
sobre la muda boca.
Yo soy el sueño humeante,
que en espirales sube
y piérdese en los limbos
de la voltaria nube,
con las filosofías
de la caduca escuela
que busca los misterios,
y vuela, vuela, vuela,
como si fuera un soplo
de la verdad divina
resucitando glorias
en la pagana ruina.
Yo corro por los campos
en busca de las flores,
porque parecen bocas
que dan besos de amores,
y como yo amo el beso,
porque es blanca pureza,
amo también las flores
que da Naturaleza:
las flores son mi símbolo
y mi Arte de ellas toma
el siempre erecto tallo
y el siempre casto aroma;

y así sobre la tierra
se yergue mi Arte bello,
que lo perfuma todo
sin reparar en ello.
La carne es fango y mi Arte
no es de carnales galas,
sino de florilegios
en las campestres salas,
donde susurran fuentes,
donde aletean brisas,
donde las flores cambian
suspiros y sonrisas...
Ya ves: mi amor no quiere
caricia de lujuria,
que es cólera y delirio,
que es explosión y furia;
caricia voluptuosa,
que es emparrado y césped,
que es arroyuelo y rosa.
Si me amas, al oído
te inspiraré los cantos
de eurítmicos compases
y místicos encantos;
y si de amarme dejas,
perdiéndome en la bruma,
desde la peña altiva
me arrojaré a la espuma
como la virgen loca
de la hamletiana corte...
—¿Cuál es tu nombre?
—Ofelia, la idealidad del Norte.
Yo soy la triunfadora
refinación del vicio,
que me hace vibrar lauros
en fiestas de artificio,
bajo el pendón radiante
de acribillada noche,
que es riego en mis raíces
y aljófar en mi broche,
mientras me dan, en brazos
de fugitivo dueño,

sus exquisitos zumos
las cepas del ensueño...
Practico los milagros
de Venus en Citeres:
museo soy de gracias
y estuche de placeres.
Conozco los secretos
de aquel amor pagano
que idealizó las formas:
no los conozco en vano...
Cuando la hora verde
con azufrados toques
irradia en los cristales
de crapulosos choques,
yo corro por las calles,
vestida de la sombra,
en busca de la lengua
que con amor me nombra;
y, así que encuentro un brazo
para apoyar el mío,
canto, suspiro, lloro,
beso, y abrazo, y río,
y me revuelvo, y danzo
como una sierpe loca:
veneno hay en mis ojos,
veneno hay en mi boca,
en mis corruptas manos
y en mis vitandos senos.
¡Soy mezcla tentadora
de mieles y venenos!
Si quieres, dame el brazo:
vamos en pos del vicio;
que el Arte me incomoda
y adoro el artificio.
Poeta: canta el canto,
de las orgías rojas,
donde los besos ruedan
como marchitas hojas,
donde los labios sangran
como lascivas fresas;

y no te patriarquices
en las frugales mesas,
bajo copudas hayas,
sobre mantel de lino,
sino derrocha a mares
el burbujante vino,
sentándose a las cenas
del lujo y a mi lado,
donde resalte en triunfo
tu frac florojalado:
después, yo, siempre dócil
bajo el halago tierno,
seré toda la nocha
tu lámpara de infierno...
Si te amas a ti mismo,
si tienes por ventura
caprichos voluptuosos
gozando en tu hermosura;
ven a narcisearte
dentro mis limpios ojos;
y has de tener entonces
novísimos antojos,
porque, al sentirte envuelta
por mis eternas llamas,
tendrás que verme viéndote
y me amarás si te amas...
Pierrot me está enseñando
su máscara de harina,
y me da risa: ríete.
—¿Quién eres?
—Parisina.
—Yo soy el alma joven
de las verbenas locas,
que pone los claveles
sangrientos en las bocas,
y canta el sonoroso
y olímpico epigrama
del vino y del abrazo,
del beso y de la llama.
Yo soy la que surgiendo,
como la peña sola

entre los histerismos
de la danzante ola,
me yergo entre los bailes,
en pedestal de flores,
y trenzo las peleas,
y anudo los amores...
Yo soy la de la falda
suspensa a la rodilla;
zapato de listones,
bajo plateada hebilla;
montera sobre el moño
cuajado de claveles;
chaqueta de torero,
bordada de oropeles;
y manos enclavadas
a firme en la cintura,
con el altivo dengue
de mi gentil figura...
Yo soy la que en la plaza
de requemada arena,
aplaudo la bravura
y aplaudo la faena;
y guardo mientras ello
del matador la capa:
él escapó del toro,
pero de mí no escapa.
Ya ves: hay en mis labios
los besos más mortales
que tienen aguijones
ocultos en panales.
Si así quieres quererme,,
yo te querré en la vida
cual nunca te quisieron:
¡yo soy para querida!
Pero ¡hay de ti! si intentas
burlarte de mi empeño;
y vas cual mariposa
de un sueño en otro sueño,
de un amorío en otro,
y así en constante huída,

y así en alegre vuelo
¡yo soy para temida!
No esperes que tus vanas
caricias me desarmen:
yo soy la mujer fuerte...
—¿Cómo te llamas?
—Carmen.
Después... quedóse el bardo
súbitamente mudo:
quiso cantar el Cisne,
pero cantar no pudo;
y en toses desgarradas,
con ligereza suma,
saltó la sangre al suelo
como una flor de espuma;
y su gentil cabeza
rodó desvanecida;
y por sus propios labios
quiso arrojar la vida...
Las tres mujeres luego
rasgáronse a pedazos
la desceñida ropa,
torciéronse los brazos,
cayeron de rodillas,
golpeáronse la frente;
¡y sus seis ojos fueron
una capilla ardiente!...

## EL BESO DE CLEOPATRA

Cleopatra soñó. ¡Soñó en un beso!
Ella había besado tantas bocas;
pero faltaba a su amoroso exceso
la mayor ansia de sus ansias locas.
Besó la frente del mendigo anciano,
y la mejilla de la esclava impura,
y el sacro pie del ídolo, y la mano
sacerdotal; más siempre en su locura
ansiaba un beso de sonoras alas,
que volase al azar, como primicia
de un placer nuevo de supremas galas,
disuelto en el temblor de una caricia...

Y una noche soñó que en el desierto
su alma era un huracán. Barriendo arenas,
su alma voló sobre ese libro abierto,
como un suspiro rápido que apenas
nace en el corazón cuando ya ha muerto.
Y huracán se sentía. ¡Oh, qué figura
tan desceñida y tan flotante aquella
que se soñaba ver! Su vestidura
iba quedando en ráfagas tras ella...
Cuando, de pronto, tropezó...

Sus ojos,
incendiados de amor, vieron al frente
una cabeza enorme, en cuya boca
palpitaban los últimos despojos
de una sonrisa de expresión doliente,
en una muda contracción de roca.
Y sonrió también, porque el exceso
del visionario amor, vieron al frente
y se acordó de que soñaba un beso,
¡y beso la cabeza de la Esfinge!

Cuando abriendo sus párpados de seda
paseó, vuelta a la vida, su mirada,
y vió de esclavos la ceñida rueda
que velaban su sueño, enamorada
de su alma de huracán, tendió la mano
y arrancóle al que hallara más cercano
la vigilante y retadora espada.
Irguióse reposada y blandamente;
miró a todos después, y, bajo el peso
de su pereza, doblegó la frente;
y se dejó caer desfalleciente,
murmurando al caer:—¿Quién quiere un beso?

Los esclavos se vieron un instante;
mas, con el rostro pálido y sorpreso,
uno irguióse, dió un paso hacia adelante
y dijo:—Yo.
La reina lanzó un grito:
el grito de la fiera que ha encontrado
su presa al fin. Después...
Fué todo un sueño.
Dió la reina la espada al vil precito
que el beso le pidió:—Te has condenado
a morir. Muere y lograrás tu empeño!

Luego el verdugo con veloz destreza
decapitó al esclavo. Y sonriente
quiso ver Cleopatra la cabeza...

Pasó todo aquel sueño por su mente.
y ansiólo realizar: entre sus manos
cogió aquella cabeza en su ansia loca;
pensó en el beso de sus sueños vanos;
y estampó un beso en la sangrienta boca..

Y volvióse a dormir, ya que el exceso
del visionario amor delicias finge...
¡Y soñó nueva vez con aquel beso
que le dió a la cabeza de la Esfinge!

## LA VEJEZ VIRGILIANA

Quiero gozar en horas de sosiego,
la rústica vejez del buen labriego,
que, al abrigo sentado de sus frondas,
oye de la ciudad el ruido vano
como estruendo de ejército lejano
ó voz opaca de confusas ondas...

Si el marino, que cruza el oceano
sin dejar una huella en su camino,
siente amor hacia el mar, yo que hoy anciano
veo huellas de mí, más que el marino
feliz me siento.
Atravesé la tierra,
pero el rastro en su faz dejé grabado;
y amo, por eso, el campo y cuanto encierra,
ya que en su corazón hundí mi arado.

Lejos de la banal y fausta pompa,
que es engaño, y no más de los sentidos,
antes que a su contacto se corrompa
mi sano corazón, quiero el amparo
de verdes hojas y calientes nidos
para morir en paz... Seré cual faro
solitario y feliz, que, entre la bruma,
sobre aislado peñón, rumbo señala,
mientras el mar lo besa con su espuma
y el viento lo acaricia con el ala...

Cuando imprevisto mal, siempre vecino,
o mi propia vejez, me ate en sus lazos,
apague mi vigor, ciegue mi tino,
entorpezca mis pies, rinda mis brazos;
cuando no pueda ver cómo chispea,
sobre el arado del bruñido acero,
el rojo sol de los alegres lampos;

cuando mi eterno afán inútil sea
de saltar ágil al corcel ligero,
y cabalgando así correr los campos;
al lecho del dolor, sienta el anhelo
de pararme y andar, y por la abierta
ventana de floridas colgaduras
vea sólo un girón de campo y cielo,
sin poder ¡ay! ni traspasar la puerta;
cuando enfermo y anciano
tender los ojos a mis campos quiera,
y ver sembrar y recoger el grano,
con altivez de emperador romano
recorreré los campos... ¡en litera!

Y así en litera, sobre firmes hombros
los campos cruzaré como otros días;
será la procesión de mis escombros
sobre la alfombra de las tierras mías...

Y ya pronto a morir, del postrer lampo
a la luz que ilumine mis montañas,
decirle quiero en mi agonía al campo:
—Deja acabar en ti, ya que concluyo;
deja hundirme yo mismo en tus entrañas.
Tú fuiste mío ayer... ¡hoy seré tuyo!

## ASUNTO VELAZQUEZ

Perdonad, señora mía
que os bese la mano; y luego
hable, en cláusulas de fuego,
de vuestra cortesanía.

No en vano mi musa inquieta
soñó ver vuestro gran porte
en la castellana corte
y en tiempos del Rey poeta...

Vestida de negro os miro;
e imagino estaros viendo,
junto al gran Rey, presidiendo
las fiestas del Buen Retiro.

Sentada estáis, entre un coro
de caballeros y damas,
mientras el Rey, que arde en llamas,
os compone versos de oro.

Entre la turba dispersa
que en los salones se espacia,
ya el Enano os hace gracia,
ya el Conde-Duque os conversa...

Os veo ahí entre las gentes,
reir con alegre afán;
¿de qué corona serán
las perlas de vuestros dientes?

¿Reís del bufón, señora,
que a vuestros pies se fatiga,
de Olivares que os intriga
o del Rey que os enamora?

Entre el vívido derroche
negro tenéis el vestido:
sois un lucero dormido
en el fondo de una noche...

En el negror resaltantes,
vibran sus notas lucientes
vuestros ojos, vuestros dientes
y vuestros claros diamantes;

y forman contraste bello,
con la negrura del traje,
las espumas del encaje
en los puños y en el cuello.

Aunque el traje los recata,
dejáis mirar, al acaso,
chapines de negro raso
con lentejuelas de plata.

Vuestra faz una corola
finge de encendida flor,
sin recurrir al primor
del soneto de Argensola...

Hasta rodearos el cuello,
por el uno y otro lado,
cuelgan de vuestro peinado
bucles de fino cabello.

Vuestras manos, que de verlas
son, cuando deshojan flores,
tienen ebúrneos primores
en chapa de conchaperlas.

En la diestra lucís bella
sortija, que es un tesoro:
¿tenéis incrustado en oro
el ojo de alguna estrella?

Al ver la sortija vuestra,
dijérase que en un vuelo
el sol bajó desde el cielo,
para besaros la diestra...

Producís más arrebato,
con una vuestra mirada,
que la triunfadora espada
de Spínola en Monferrato.

Felipe no ha en sus enojos
más temidos defensores,
que, cuando dicen amores,
vuestros perlinegros ojos.

En la galería, que alta
domina el ancho vergel,
de la fiesta en el tropel,
vuestra hermosura resalta.

No en vano el Rey cree justo,
ya que sois hecha de nieve,
el que en un bajo relieve
se eternice vuestro busto;

y así manda que el cincel
cumpla su gusto real,
en el mismo pedestal
donde se alza en su corcel...

Tal vez acaba el telón
de caer en el proscenio
donde luciera el ingenio
de Lope o de Calderón;

y la nobleza, que admira
el Arte, quiere después
mover a compás los pies
cual oyó a compás la lira.

Mientras fingen blandas olas
las flautas de dulces ecos,
van a anidarse en los huecos
los arrullos de las violas;

y al halago de los sones,
va la eurítmica pavana,
majestuosa, grave, ufana,
paseando por los salones...

De pronto, un paje hacia vos
extiende un cerrado pliego.
Con una mirada luego
le decís al paje adiós.

Y sobre el pliego, que ostenta
una albura inmaculada,
hay una oblea encarnada
como lágrima sangrienta.

El Rey las cejas enarca
como exigiendo merced.
—¿De quién es?
—Tomad; leed.
—¡De Calderón de la Barca!

Es en verso. Invoca a Dios
y jura que os quiere bien;
pero que, harto de desdén,
¡se ordena fraile por vos!...

El Rey con altivo porte
el pliego rasga en pedazos;
y vos... caéis en los brazos
de las damas de la corte.

Bella aparecéis, señora;
pero como nunca bella:
tal se desmaya una estrella
sobre un girón de la aurora...

¡Como astro que en la mañana
brilla aún sobre el abismo,
sois un regio anacronismo
en la edad republicana!...

## COPA DE ORO

Dame el buril con que grabar solía
el artífice heleno, en copas de oro,
y sátiros con rostro de ironía.
ninfas danzantes en alegre coro
En el contorno de la estrofa mía,
grabaré, como artístico tesoro,

tu egregio busto, tu imperial decoro
y tu perpetuo abril de poesía.

Mas tu copia mejor no vale nada,
desque me ocultas con tu faz de diosa
el abismo de tu alma disoluta,

como si entre esa copa burilada
me brindases con mano mentirosa,
envuelta en oro la mortal cicuta.

## SATIRA

Hojeando la vetusta antología
de los griegos un día,
anónima encontré sátira hermosa,
que una punzante abeja parecía
embebida en las mieles de una rosa...

Bella y terrible al par, terrible y bella,
lágrima de una estrella,
chispa de incendio que en lo oscuro brota:
el pensamiento que palpita en ella
es como un temporal en una gota.

Y la gota es cual lágrima exprimida
en que toda una vida
se condensa quizás de sufrimiento;
y en la que un alma, del rencor herida,
se venga con un solo pensamiento.

Tal su lanzada le pagó a Longino
el Cordero divino
que, desde su dolor, bienes reparte:
el bardo, halló a la envidia en su camino;
no le hizo un bien, pero se lo hizo al Arte.

El tormento mayor del enemigo
es el llevar consigo

la envidia matadora del reposo:
la envidia es a la vez culpa y castigo;
¡porque le seca el alma al envidioso!

¡Cuán fiero el golpe del puñal sería
que se oye todavía
el grito que arrancó!... Tal abre el broche
la flor al soplo de la racha impía:
tal vive el astro en la mortuoria noche...

Anónimo dolor de un alma herida,
que se venga, escondida
en incisiva sátira, del hombre
que con sórdido afán turbó su vida,
¡anónimo ya no es: suyo es mi nombre!

Dantesco explorador, que se aventura
por entre selva oscura,
graba su nombre sobre el tronco amigo,
cabe el cual en la noche de amargura
encontró lecho y protector abrigo...

Mío es ese dolor; mía esa estrofa,
en que la insana mofa
halla un freno seguro a su desvío;
mío ese santo verbo que apostrofa
al lenguaraz... Este dolor es mío!

Caritativa lástima me inspira
el que en vano suspira
por alta cumbre y se debate en vano;
y ruega la limosna de una lira,
tendiendo a Apolo imploradora mano.

Pero el que sueña en su impotencia loca
con socavar la roca,
a cuya cima en su ruindad no alcanza,
es volcán de rencor, que por su boca
lavas de envidia a las alturas lanza.

Retorcida en sus ansias de ventura,
tal es la envidia, impura
sierpe que se revuelca en su veneno...
Loada sea la inmortal Natura,
que hasta en el propio mal puso algo bueno.

## LA VEJEZ ANACREONTICA

¡Oh jóvenes amigas! el anciano
os ama y os requiere.
Mi alma evoca
aquel tiempo feliz en que la mano
firme acercaba el ánfora a mi boca;
y en que, tras los festines ya deshechos,
y entre el revoloteo de Cupido,
improvisaba pecadores lechos
cual ave que hace en cualquier rama un nido...

Ya que infausta vejez ha quebrantado
las alas de mi amor, sólo me resta
herir la lira con el plectro mío,
y arrullar, con acento regalado,
el abandono, tras alegre fiesta,
con que duerme el placer sueños de hastío.

Débil mi diestra ya, su licor vierte
la vacilante copa: entre el sombrío
follaje de mi barba, así se advierte
la gota de licor, que al fin se abruma
y cae como gota de rocío,
resbalando por cálices de espuma...

Pero aun puedo refrescar en vino
el caluroso labio, aun atino
a libar el licor que se derrama
por mis débiles nervios, a manera
que por las fibras de vetusta rama
un soplo animador de primavera.

¡Ay de mí, que no alcanzo mayor gloria,
por más que el fuego del licor me exalta
a disputarle a Venus la victoria:
yo tengo vino, pero amor me falta!...

¡Oh jóvenes amigas! Vuestro encanto
se diría el tapiz de una pradera,
que, cual piadosa máscara, cubriera
la macilenta faz de mi quebranto...
Derramad la flotante cabellera
sobre mis limpias canas, dad al aire
el beso del amor, tañid la flauta
de arrulladores tonos, tejed luego
la viva danza de sensual donaire;
y ya veréis que de mi lira incauta
se escaparán las cláusulas de fuego...

Y os hablaré de amor: vuestros oídos
se habrán de regalar con mis acentos,
que, sumando el ardor de mis sentidos,
inflamarán el alma de los vientos.
Cantando así me dormiré en mi canto
y soñaré cantar vuestra hermosura:
¡y me amaréis! Por misterioso encanto
el poeta al hablar se transfigura.
Bajo la palidez de mis cabellos,
simulará mi frente luminosa
nieve que besa el sol con sus destellos,
cual si fuera con ósculos de rosa...

¡Ay de mí, que, perdidos los vigores,
siento el dolor de las marchitas flores,
que ayer, engalanadas de alegría,
dieron al aire sus perfumes vanos,
y hoy son desprecio hasta de aquellas manos
que las ajaron sin piedad un día!...

Mas ¿qué he de hacer? ¡Oh jóvenes amadas!
dejaos al fin acariciar siquiera...

Tal el avaro que cegó, ya a solas
no goza recreando sus miradas
en el tesoro, que a su vista era
un mar inmenso de lucientes olas;
pero sí goza con el tacto, hundiendo
sus temblorosas manos entre el oro,
y goza del metal entre el estruendo
con el alegre retintín sonoro...

¡Oh jóvenes amigas! Pronta muerte
ha de torcer el uso de mi suerte;
mas ha de ser en el festín risueño,
cuando sobre la boca del abismo
bate sus alas fementido ensueño:
así veréis al uno y otro lado,
rodar súbitamente, a un tiempo mismo,
el vaso roto, el cuerpo inanimado.

Nada en la muerte repulsión me inspira.
Cuando yo muera, el canto de mi lira
ha de turbar, con música de besos,
la soledad de vuestra paz nocturna;
y, hechos cenizas, mis dolientes huesos
recinto buscarán que lo merezca,
para dormir el sueño del arcano:
así tal vez la cineraria urna,
por sus gentiles formas, os parezca
la copa del festín que alza mi mano...

¡Oh jóvenes amigas! Ya que inerme,
tras riente embriaguez halla el anciano
plácido sueño de profunda calma,
la urna es copa en que la carne duerme,
la copa es urna en que reposa el alma...

## FLOR DE HISPANIA

A don Juan Valera

¿Qué cantará la musa enloquecida
por la morfina y el absintio? En vano,
llena de amor, la copa de la vida,
brindándole salud, llega a su mano.
Ella prefiere en locas saturnales,
apurar el licor de turbias ondas,
que en copas de embriaguez bullen traviesas:
ella goza con verse en los cristales
que corren, no debajo de las frondas,
sino en lauto festín sobre amplias mesas...
Cuando a la alcoba, que entibió el perfume
de arábigas pastillas, corre luego,
y al blando lecho, como el mar, se arroja,
lejos de que su espíritu se abrume,
siente arder en los ósculos el fuego
en sus mejillas de camelia roja.
Y entonces busca el sueño en la morfina,
que, divagando en su azules venas,
de paz le colma el corazón ardiente
y la arrastra a su corte cristalina
donde hinópticos cantos de sirenas
la ahogan entre nudos de serpiente...
¡Cuántos besos volaron de su boca!
¡cuántas flores pasaron por su frente!
¿Qué es lo que canta la divina loca?
El dulce nombre del Amor invoca;
pero de un amor falso y decadente.

Halla en París inspiración de un día,
arrastrando tal vez el triunfal carro
del Vicio, entre la falsa pedrería,
que al esparcirse en el revuelto barro
cubre de ascuas la senda de la orgía...
Halla tal vez inspiración, que el broche

abre y cierra fugaz, al son de orquesta
que de lúbrica lanza hace derroche, a
mientras que finge derrumbante fiesta
con su millón de lámparas la Noche...
El vicioso Nerón sonó el primero
en las nocturnas fiestas: París arde
como un rubí de fúlgido brasero,
cuando lo sopla el viento de la tarde;
y corriendo en la hora vespertina,
por sus alegres calles, va la musa,
como sombra que apenas se adivina
y que semeja, al resbalar confusa,
alada aparición de Mesalina...

¡Oh musa! rompe los traidores lazos
de esa sirena, que cantando mata;
y busca amor en los robustos brazos
del hispano león, que en mil pedazos
los castillos de naipes desbarata.
No el licor excitante, que te enferma,
apures más, para poblar de flores
tu alma, llanura solitaria y yerma
que se muere de sed: busca vigores
que escanciar en tu vaso cristalino:
y huyendo del festín gózate a solas
en paladear el generoso vino
de las clásicas tierras españolas.

De otra suerte tal vez debe el poeta
condenar de la musa la falsía
en los dantescos círculos, a modo
de castigo ejemplar. Tal la coqueta,
que en juegos de voluble fantasía
burló las almas y rió de todo,
alardeando de mágica hermosura
y nunca de virtud, con justa suerte,
trocada al fin en sórdida figura,
extinto al fin el postrimer reflejo,
está acaso en el seno de la muerte
condenada a mirarse en un espejo...

Justo será que la acordada lira
al plecto de marfil dulce responda
y envuelva amor en mieles de mentira;
justo será que el musical lenguaje
que usar supieron los antiguos, onda
finja desvanecida en el cordaje
de la lira sensual; justo que Eco,
al nombre de los clásicos, se esconda
y no conteste, desde el sordo hueco
con los aplausos de sonante fama
que los vientos llevaron por do quiera;
justo, por fin, que de la extinta llama
no se vea volar humo siquiera...
¿Pero dónde la voz que alcance luego
a llenar el vacío? ¿Dónde el lampo
que desgarre la sombra, y luche, y venza?
¿Dónde siquiera el refrescante riego,
ya que el torrente no, para este campo,
cubierto con cenizas de vergüenza?...

Vibre otra vez la reposada lira
de Fray Luis de León; florezcan rosas
a su paso, que huyendo a la mentira
busca las soledades silenciosas,
donde sólo habla el viento que suspira...
Suene otra vez el pífano sonoro
de Garcilaso pastoril; la espuma
de la leche, que colma el hondo seno
del cántaro en sus églogas de oro,
apagará la sed del que se abruma
bajo el peso del sol que tuesta el heno...
Truene otra vez el tamboril de risa
que redobla Cervantes: a sus sones,
pasa la Humanidad danzando a prisa
en desenvueltos círculos de histriones...
Marque el compás el clavicordio grave
de Lope y Calderón: sendas de flores
recorre así la procesión serena,
que entre brillos de acero, y trinos de ave,
cantando sueños y mintiendo amores,
pasa, como un gran Himno, por la escena...

Dé a los aires la flauta de Argensola
su arrullo columbino: regio porte
tiene, ceñido de irisada aureola,
el soneto triunfal, como una ola
que se tiende a las plantas de la corte.
Brame la apocalíptica trompeta
de Herrera sin rival; así al olvido
rodará el arte vil que lo sujeta;
y batirá sus alas al poeta,
sobre las muchedumbres suspendido...

¡Oh musa, vuelve en ti! ¡Deja que el alma
repudie el falso amor! ¡Teme el halago
del absintio falaz! ¡Da luego calma
de tus morfimanías al estrago!
Porque quizás si Jove poderoso,
a modo de Jehová, viendo tu ejemplo,
prefiera de las tumbas el reposo
a tus profanaciones en su templo;
y herido en su poder, desde la altura,
cual en la noche de Pompeya, hastiado
de mirar revolverse tu hermosura
en el candente lecho del pecado,
al *¡Hágase la Luz!* reemplace luego
con voz que diga en la asombrada anchura,
como trueno de horror:—¡Hágase el fuego!

## EL ULTIMO CANTO DE NERON

A Miguel A. Pasquale

El filósofo heleno que rodeado
de sus fieles discípulos, moría,
no es más grande que yo: yo también muero
con las pimpleas musas a mi lado,
que ensalzan, al mirarme en agonía,
sus rosas de oro a mi laurel de acero.

Mis lumínicas sienes, que guirnalda
de dáfnico laurel lucen no en vano,
se orlan así con las purpúreas rosas
que me traen las musas en su falda,
y que entretejen con la docta mano
con que hieren sus liras armoniosas.
Agonizo de amor. Ya veis que vivo,
ya veis que presto moriré: no importa.
Minutos antes de lanzarme altivo
a la callada tumba, cantar quiero
el propio mal que mi existencia corta.
Si cantando viví, cantando muero.

Por fuerza he de morir, ya que por fuerza
viví también. La desbocada turba,
que luego ha de llegar, querrá en su ira,
estrangularme; ¡que su rumbo tuerza;
aquí veine demás! Su voz conturba
las süaves notas de mi dulce lira.
Antes que profanado mi arte sea
por la turba procaz, que ayer mi gloria
y hoy a los vientos mi baldón vocea;
antes que uno de mis versos de oro
mezcle su brillo a la menguada escoria
de fementida turba sin decoro;
antes que rompa con infando grito
la música tranquila de mis versos,
que reflejan la paz de lo infinito
en el cristal de sus acordes tersos;
antes que intente sonreir impía
del misterioso encanto de mis notas,
han de saltar bajo la mano mía,
que el timón tuerce a los seguros puertos,
las siete cuerdas de mi lira rotas,
los treinta abriles de mi vida muertos.

Soy a la vez que emperador romano,
artista y soñador. La turba infame,
que es vil lebrel para lamer la mano,
es a veces también como el oceano
que ruge fiero y las orillas lame.

Sé que viene hacia mí, como la ola:
arena soy: estallará en espuma;
me arrastrará tal vez; y cuando en vano
sueñe entregarse a los placeres sola,
sentirá el yugo que otra vez la abruma,
¡y estará sin artista y con tirano!
Poeta antes que César, mi corona
es de eterno laurel: soy el ungido
que de los dioses en elogio entona,
y recibe de mano de los dioses
única lira.
¡Apolo: yo te pido
que me dejes cantar, mientras reposes!...

La voz de Apolo apenas si podría
igualar de mi voz la euritmia grave,
y el justo son y el ágil maestría:
temo así que la turba espante el eco
de mi voz blanda, como el trueno al ave.

Llena es su voz y mi cantar es hueco:
mi cantar es la forma esbelta y pura,
que de rítmicas pompas se rodea.
y que no precia ser en su estructura
mágico estuche de inmortal idea.

¿Idea para qué? La forma es todo.
Tengo en el mármol mi inviolable norma:
requiere ideas el humano lodo;
pero al mármol le basta con la forma.
La forma es todo: la beldad en ella
está, al contacto de la idea, extraña.
El ferrado titán de la montaña
supo esconder la celestial centella
en el hueco también de frágil caña.

¡Venus no es sabia, pero siempre es bella!

Fué la belleza mi ideal. Collares
de perlas, que ensartaba hilo sonoro,
parecían los férvidos cantares

que desataba, entre mis copas de oro,
de la inútil belleza en los altares.
Belleza fué lo que buscó mi anhelo
en el capricho de las iras locas:
sembrar rosas de sangre por el suelo,
ver el espanto en las abiertas bocas,
oir el grito de la carne herida,
sentir el choque de la lucha fuerte,
distraer el cansancio de la vida
con novedades trágicas de muerte,
depurar el placer de todo hastío
en inédito amor nunca explorado,
desviar las aguas del eterno río
y buscar nuevos cauces al pecado;
ese el afán poético, ese el mío,
cuidando siempre de estampar el sello
de originalidad al desvarío.

¡Loado sea el mal, si el mal es bello!

Ya no recuerda la rebelde turba,
que hoy desata las nubes de su ira,
cómo ayer me juzgó su dueño amado.
Hoy con su insulto la mansión conturba
donde ayer a los sones de mi lira,
danzaba alegremente y sin cuidado.
¿Cuál será la verdad, cuál la mentira:
el odio nuevo o el amor pasado?

¿Quién me enseñó a matar? Con mano pura,
jamás acostumbrada a los castigos,
firmé de muerte la primer sentencia:
el vértigo de sangre y de locura
vino después. Los fieros enemigos
acusaron de blanda a mi conciencia.

¿Y quién responde, quién, de que al empuje
del negro vendaval la torre enguida,
que por el peso de sí misma cruje,
en vano luche, y ruede hecha pedazos
para siempre jamás? ¡Así mi vida!

La sangre pide sangre: entre sus brazos
me arrulló el pueblo sanguinario; y ciego,
ciego, ciego de amor rompí los lazos
y fuí a quemar mis alas en su fuego.
Recuerdo aún el crimen, que es el toque
de más alto carmín en mi delirio:
¡Agripina!
Su nombre es como el choque
de un arma en el combate: es un meteoro,
que ensangrienta la noche del martirio.

Era mi madre. ¿Y la maté?... Lo ignoro.
¿Es culpable el puñal que abre la herida,
o lo es la mano que lo oprime y blande?
Esos que huyeron ya, los mis amigos,
pusieron una valla con su vida
a mi grandeza... ¡y decidí ser grande!

Luego... quise mirarla, sin testigos,
muerta ya, maldiciendo en mi conciencia
que obstáculo y baldón se hubiera hecho
de mi existencia quien me dió existencia:
pude darle mi amor, no mi cerebro.

¿Para qué verla ásí? Para que a solas
el propio mar, que arrebató la arena
en la épica furia de sus olas,
la llorara con lágrima de pena.
El velo levanté: la vi dormida.
¡Oh blanca desnudez! En su hermosura
ostentábase pálida y sin vida,
como una praxitélica escultura:
y rígido quedé, tal como un muerto,
gozando, en actitud sobrecogida,
de sus líricas formas el concierto.

¿Qué tiempo quedé así? Fué como un siglo.
Enarcadas mis alas de poeta,
escondidas mis garras de vestiglo,
volando me lancé: la lira de oro,
en el lejo palacio, ansiaba inquieta

romper quizás en cántico sonoro.
¡Y cantar quise! La belleza pura
de esa yerta mujer nubló mi vista.
¡Si yo hubiera sabido su hermosura,
la hubiera respetado como artista!

Huí lejos, huí, tal como fuga
tímida estrella cuando Phebo nace:
saltó en mi frente la primera arruga,
verde como brotó en mi cabellera:
y lloré cual la nieve se deshace
en torrentes que inundan la pradera.
Tal llorara la muerte de una diosa:
¡y es que mi ánima estaba arrepentida
de haber robado el soplo de la vida
a esa mujer como ninguna hermosa!
Huí lejos, huí...
Cuando mi duelo
calmóse al fin y regresé a mis lares,
saludáronme, en fiestas de consuelo,
las frentes abatidas hasta el suelo,
las lenguas desatadas en cantares.
Como hoja seca en alas de la brisa,
arrastróse a mis pies la turba loca.
¡Y entonces,—era justo,—una sonrisa
de supremo desdén jugó en mi boca!

Oigo el tumulto ya: piafan caballos.
Oigo ya el trote de los rudos callos.
¡Oh dicha, si en mis cánticos triunfales
se ajustara al acento de mi lira,
el ritmo de los cascos musicales!

Ya se acerca la turba que delira.
Oigo el tumulto ya... Si he visto a Poma
al gorgóneo fulgor de un gran incendio,
hallarla supe semejanza acaso
con la homérica Ilión que se desploma,
entre el irrespetuoso vilipendio
de una ancha nube sobre un sol de ocaso.
Hoy la escucho tronar. tal como el ciego

melesígenes canta en su poema
a los ruidosos carros, que entre el fuego
de Ilión rodaban, cual tonantes olas,
que prorrumpen en gritos de anatema
al reventar sobre las playas solas.

Tiempo es ya de morir. ¡Démonos prisa!
Lanza, lanza, por fin, tu último acento,
lira polifonética, que al viento
ora das un lamento, ora una risa,
ora das una risa, ora un lamento.

Ya que el esclavo resistió cobarde
a matarme, yo quiero con mi mano
hacer de gloria el postrimer alarde,
hundiéndome el puñal en la garganta,—
¡nudo de vida que en el cuerpo humano
tiene mi preferencia... porque canta!

¡Cómo atruena el tumulto! ¡El puñal venga!
El puñal... ¡Bien! Ya estoy... Ya estoy herido...
Que mientras una musa me sostenga,
las otras canten... ¡A cantar! Lo pido...
Mientras el coro de las musas cante,
a un solo golpe desplomarme quiero,
sin que un gesto contraiga mi semblante,
ni entre mis labios se refuerza un grito:
¡Presto, musas, llegad! Porque me muero...
me muero... No me muero: ¡resucito!

## PAGANA

No os ofendáis, señora,
porque esta vez a vuestro oído llega
el verso amante del que en vos adora
las formas puras de la estatua griega.

Dejad que en mi alma esculpa
vuestro perfil olímpico de diosa,

con cinceles de amor. ¡No, no es mi culpa
el que yo sea artista y vos hermosa!

Arte soy, vos belleza;
y dejaros de amar fuera un ultraje:
no grabaré mi nombre en la corteza;
pero quiero dormir bajo el follaje!...

¿No os place el aura leda?
A mí me place vuestro dulce acento,
que una música eólica remeda
desmayada en las ráfagas del viento...

¿No os place ver el cielo?
A mí ver vuestros ojos, en que late
génesis de relámpagos al vuelo
con temblores de espadas en combate...

¿No os place, en fin, la estatua
que en el museo artístico descuella,
no neciamente desdeñosa y fatua,
pero como segura de ser bella?

A mí me place el firme
molde en que se vació vuestra hermosura...
¡Bajo el golpe traidor, quiero morirme,
como César, al pie de una escultura!

Por eso, ya que en vano
os quisiera estrechar, de ardores lleno,
dadme ese traje que ceñís tirano
en que resalta vuestro ebúrneo seno.

Hundiera en él mi frente;
y aspirara con ansia voluptuosa,
el perfume impregnado que se siente
como una tibia emanación de rosa...

¡Sí! yo os quiero mirar, señora mía,
desnuda al fin, correr por el boscaje:
ninfa desnuda de la selva umbría,
¡mi propia sombra os servirá de traje!...

## PERLAS BLANCAS

Bajo el alero de tu ceja arqueada,
pájaro verde tu pupila finge;
pero tu alma triunfal no es la mirada:
es tu sonrisa de hechicera esfinge.

La sonrisa que salta en la hermosura
de tu faz ya marchita por los besos,
muestra tu milagrosa dentadura
como un rosario de impecables huesos.

¡Cuántos nuevos delirios me provoca,
cuántos raros e histéricos antojos,
la sonrisa macabra de tu boca
o el fuego fatuo de tus verdes ojos!

Sólo cifro en tus dientes mis empeños,
ya que ellos son, con nítidos encantos,
dados en el tapete de mis sueños,
broches para el estuche de mis cantos.

Muérdeme el corazón; que en él, crujientes
con la fiebre del ansia disoluta,
se clavarán tus afilados dientes,
como si fuera una deliciosa fruta.

Quisiera en los delirios del pecado,
oír después las armonías de oro
del collar de tus dientes, desatado
entre una copa de cristal sonoro...

¡Oh, tus dientes! Mañana, cuando mueras,
hasta en la tumba saltarán lucientes;
¡que, entre todas las blancas calaveras,
siempre en la tuya triunfarán los dientes!

## EL RETRATO DE CESAR

A Pablo Patrón

No eres dios, ni eres hombre. Hay en tu frente
algo de rebeldía. Hay algo triste
que anubarra tu espíritu luciente:
acaso del Olimpo descendiente
y tu alma un fondo de nostalgia siente.

Júpiter se hizo hombre: ¡y tú naciste!
No hay en tu rostro la expresión que arroba,
sino el enojo de amenaza eterna.
Eres hijo de un dios y de una loba:
¡tuya es la cumbre y tuya es la caverna!

Personaje de Esquilo, héroe de Homero,
cruzaste con tu manto y tu coturno,
cual por un teatro por el mundo entero;
y desde tus alturas, sin desmayo
vibraste, como el hijo de Saturno,
la viva llama del trisulco rayo.

¡Ahí estás! eres tú. Robó el artista
besos de aurora al sol que se levanta,
para exhibirte a la asombrada vista
de los siglos, que oprimes con tu planta...

Titánica es tu faz: ¡hay tanto en ella
de Prometeo y de Luzbel!
Tus ojos
son las mitades de una misma estrella,
partida por un rayo, que destella
en medio de una tempestad de enojos.
La ceja es como el arco con que Alcides
aprendió de Quirón el arte un día:
cresta de ola en espumosas lides
y perfil de una cúspide bravía...

Calva como un picacho de granito
es tu aquilina frente sublevada:
tiene algo de escalón a lo infinito
y ago le resplandor que hay en tu espada.
Fruncido el entrecejo, cual si al fondo
vieses cruzar a la enemiga tropa,
vierles tu ira que sale de lo hondo
cual si volcases desbordada copa...

En tu nariz carnosa y dilatada
hay algo del sileno, que olfatea
a la ninfa veloz: la llamarada
de la lujuria por tu faz serpea;
y en tu boca sensual de labios gruesos,
se adivina el afán que te devora
cuando desatas tu collar de besos
sobre la ninfa que encorvada llora...

Sin que el vello sombree tu semblante,
limpio lo muestras cual marfil pulido:
así un titán que se conserva infante
a través de los lustros que ha vivido.
No cual Hércules barba, ni melena
cual Sansón, luce tu belleza rara:
tu ceja—arco, ola, cumbre—es la que llena
de viril sombra la desnuda cara...

Tu saliente mandíbula denota
la tenaz ambición que te levanta;
y tu cabeza es como flor que brota
de un retorcido tronco: tu garganta.
Luego... la diestra—que del férreo brazo
pende cual fruto de una rama fuerte
capaz de sujetar con duro lazo
al corcel desbocado de la suerte.

No dice más tu copia, y es bastante;
porque tu alma fulgura en tu semblante.
¡Ah! sólo causa, al contemplarte, asombros,
el hallar que en tu cuerpo de gigante
estén desnudos tus altivos hombros.

¡Desnudos, sí! Luzbel cayó del cielo,
tú caíste también. Muertas tus galas,
te quedó—como a él—también el vuelo:
¿a dónde están tus angulosas alas?

Puede, más que Luzbel, Dios solamente;
así cuando en las cumbres del Oriente,
irradió el Cristo, se espantó tu gloria.
Ella profunda fué, grande fué ella;
por eso que, eclipsándola en la Historia.
Cristo puso su pie sobre tu huella...

Pero no sólo Dios, también el Arte
pudo vencerme un día. Y tú, que altivo
no supiste ante nada doblegarte
tú te doblegas hoy... y estás cautivo:
por más que vibres cóleras de acero,
por más que frunzas de tu ceño el arco,
¡hoy estás como un triste prisionero
en los estrechos límites de un marco!...

## EL ALMA INMOVIL

A J. M. VARGAS VILA

### I

El genio no es la nube, que de rayos preñada,
busca un lecho en las sombras; el genio no es la espada,
que, de sangre sedienta, se goza en el combate:
es el peñón, no el río; la valla, no el embate...
El genio es como el cóndor, que con veloz mirada
bajo sus pies contempla la tempestad airada;
pero garras no tiene, sino alas con que abate
las alturas en donde nada vibra, ni late.

Cuando el genio contempla los abismos, entonces
hay en sus verbos fraguas, dinamitas y bronces;
porque él todo lo dora, como la luz del día.

Tal Dios, que ve impasible la dicha y el quebranto,
nunca se ha sonreído, nunca ha vertido llanto;
porque Dios está inmóvil, y lo humano varía...

II

Homero está tranquilo: sus épicas canciones
tienen relampagueos, vértigos y explosiones;
pero él está tranquilo, como gimnasta raro
que sin quemarse pasa por entre el ígneo aro.

El Dante está sereno: canta oscuras regiones
de tormentos rebeldes y sórdidas pasiones;
pero él está sereno, como solemne faro
que en la pavura negra pone su punto claro.

Shakespeare y Goethe ahondan dos abismos profundos
—corazón y cerebro—donde se agitan mundos,
y ni el de Albión se inquieta, ni el de Weimar vacila...

Así la altiva cumbre, del hielo de su frente
desata, como el genio, las furias de un torrente;
¡pero ella, como el genio, también está tranquila!...

## IDEALIDAD

A José Fiansón

Estoy enamorado de un ensueño:
no hay un perfil en la ilusión flotante
de mi impoluto amor. Mi alma es tan honda
que en su profundidad se hace el diseño
confusión misteriosa y fascinante,

como el húmedo aliento de una onda
que va a romperse en el confín distante...

No el Pigmalión feliz que se enamora
de la forma perfecta: soy un alma
que tras un alma va, como la aurora
tras la noche fugaz, que escapa al beso
ambicioso del sol. ¿Dónde la calma,
como un oasis, domará mi exceso
bajo el frescor de compasiva palma?

Estatua al fin, la amada del artista
que el pincel fulminó contra sí mismo
siquiera fué un recreo de su vista:
mi amada es una sombra del abismo.
Pero ¡ah! también sin alma, el cuerpo inerte
repugna como imagen de la muerte,
en tanto que, sin cuerpo, el alma pura
es como un rayo que escapó del cielo
y rasgó el luto de la noche oscura
para envolverse en misterioso velo.
No amo el cuerpo que fuga y que varía,
sin que conquiste perdurable aureola:
la materia sin alma está vacía;
y el alma sin materia triunfa sola...

Enamorado así de una penumbra,
de un escape de sol que huye al soslayo
por un quicio en que apenas se columbra
lo que puede caber en solo un rayo,
voy por el mundo con afán de loco
buscando un ideal que nunca encuentro,
y se me desvanece lo que toco,
y me hallo fuera de mi propio centro;
y cuando el sueño de mi amor evoco,
siento que el mundo material es poco,
siento que el infinito está aquí dentro,
y, al amar a mi amor, siento que me amo,
ya que tengo en el alma el paraíso,
y en la suprema idealidad me inflamo
de vivir entre mí como Narciso...

Abrome el corazón, como si fuera
prometedora mina; y busco al fondo
mi excelso amor, pero lo busco en vano.
¡Ah, quién el hilo salvador me diera,
cuando en mi propio dédalo me escondo
para escapar del atractivo arcano!...
Ya que es necio mi afán, al fin me entrego
del todo a mi pasión, con la tranquila
fe con que el mártir se entregaba al fuego;
y, clavando en el cielo la pupila
con la fijeza con que mira un ciego,
me siento más que nunca enamorado,
sustráigome del mundo, y sin conciencia
de lo que soy, errante y desligado,
voy divagando por la azul altura,
cual si fuera el perfume de experiencia
que se escapó de un cáliz de amargura...
Sufro y goza a la vez: mi sufrimiento
es como el de la flor que, al fin ajada,
disipa sus aromas en el viento
y se hunde en las caricias de la nada...

Enamorado de un ensueño, nadie
comprenderá mi idea suspirada,
aunque en la cumbre de mi verso irradie;
y sólo, con mi lira y con mi amada,
seguiré sobre el fango de las mofas,
repartiendo a la turba el alma mía,
en esta enfermedad de las estrofas
como en una perpetua eucaristía...

## A LOS QUE SUFREN

No, no importa el estigma, que el pantano
osa poner sobre la nieve alada
de los cisnes que cruzan en bandada
hacia el País del Sol...
El vulgo insano

horada el corazón que bien le quiere,
para buscar la fuente misteriosa
donde la sed de la ignorancia muere.
El mal se trueca en bien: tal el destino
que rodea de espinas cada rosa
y que empuja la lanza de Lóngino.

El apóstol que sufre sin desmayo,
con el orgullo del dolor sereno,
y hondos tormentos atesora en calma
avariento del bien, no teme el rayo,
ni teme el huracán, ni teme el trueno:
¡es como un faro convertido el alma!
Rebelde faro que en la noche oscura
sobre el ultraje de cruel tormenta,
y que, a través del temporal, fulgura,
cual única esperanza que alimenta
la sorprendida nave: él sólo apura
todo el horror: y, desde el fondo mismo
surge de aquella abierta sepultura,
como el Angel Custodio del Abismo...

¡Cuánto vale el dolor, que compra apenas
un gajo de laurel para la frente!
¡Cuánto pie tuvo que arrastrar cadenas,
antes de hollar la cúspide eminente!
¡Cuánta gota de llanto suspendida
en el ojo del genio, prismas finge,
donde, sobre el desierto de la vida,
surge la Gloria como muda Esfinge!
¡Cuánta ironía en los risueños labios!
¡Cuánto gusano en la dorada fruta!
El eterno banquete de los sabios
sólo ha tenido un brindis: la cicuta.

Gozo de la palabra que clarea
sobre la oscuridad, como una aurora;
pero también la aurora de la idea
desata su rocío: ¡también llora!
Gozo da el resplandor que así derrama
la antorcha en las tinieblas encendida;

¡y nadie piensa en que la alegre llama
va a la antorcha robándome la vida!...

Goza el vulgo en la luz que a ver alcanza
sin cuidarse en saber de donde llega:
el redentor, al golpe de la lanza,
abre los ojos de la turba ciega...
Basta para perder toda esperanza
el destacarse sobre el vulgo airado,
que ríe del Quijote peregrino;
y lo empuja, por rápido camino,
a morir cual Jesús, crucificado,
pero sobre las aspas de un molino...

Tal la flor, que embalsama el fresco ambiente
y en regalar aromas se recrea,
las rebeldías del abrojo siente
y en secretos dolores se consume:
¡quién sabe si la flor, como la idea,
sólo tiene un tormento en su perfume!...

¡Nada importa el dolor, si al fin es gloria!
No ser amado cual Musset dijera,
sino ser admirado es la victoria,
haciendo que, ante el mérito que brilla,
el Odio lenguaraz insulte, hiera,
hable... pero doblando la rodilla!

Gloria al dolor pregonarán los bronces
en el Juicio Final del vulgo necio;
¡la aristocracia del dolor entonces
tendrá su tiranía de desprecio!...

El hielo que oprimiera cada cumbre
derretido será; y, hecho torrente,
rodará con inmensa pesadumbre,
de la altitud por la agrietada frente.

Y en ese apocalipsis, en que el trueno
será trompeta, al postrimer conjuro,
vientos de tempestad saldrán del seno

en que hoy duermen las glorias del futuro:
así estallando bajo el golpe aleve
que les dan al pasar los huracanes,
que arrojan a las simas sus despojos,
sacudirán sus cárceles de nieve
como una pesadilla, los volcanes,
con sólo abrir sus espantados ojos!...

El alma de volcán duerme su sueño
bajo nieve tiránica, hasta el día
en que, al impulso de rebelde empeño,
quiere imponer también su tiranía!

Quien sufriendo vivió podrá siquiera
despreciando morir: cuando ya todo
perdido esté, cuando su suerte fiera
sea huracán, le restará el consuelo
del ala vencedora sobre el lodo
y del éter rasgado por el vuelo...

Nadie la prueba de la lid rehuya,
si colmar sueña sublimado anhelo,
robándole un laurel a la victoria:
¡cuando el Invierno del Dolor concluya,
vendrá la Primavera de la Gloria!

El que siembra con fe, logrará el fruto...
Alma que fía en sí, nunca es vencida:
como el instinto que en el mismo bruto
por fuerza tiende a conservar la vida,
la fe en el hombre se resuelve luego,
sobre el dolor en triunfadoras palmas;
porque es a modo del instinto ciego
de la conservación para las almas...

## ODA OLIMPICA

### A LA JUVENTUD

No la épica trompa con que Homero
pregonó las hazañas inmortales
del cauto Ulises y de Aquiles fiero,
sino la eburnea lira es la que quiero
para romper en cánticos triunfales.

Píndaro sea el lírico maestro
que entre los nueve clásicos descuella,
quien su lira me dé, para que en ella
tenga un oasis la aridez del estro.
Cantaré, cual ayer cantara él mismo,
los simulacros bélicos, que al choque
imprimen en el alma el heroísmo,
como el cincel las formas en el bloque;
y ensalzaré al poeta sin rivales,
ya que esos juegos de viril porfía
son como los perpetuos funerales
del que en sus ondas los cantara un día.

¡Loada la gloriosa primavera,
que en la sien juvenil prodiga flores,
al romper las batallas de la vida!
Juventud que se envuelve en su bandera
es digna de los líricos honores,
ya que tampoco la lección no olvida
que le dieron luchando sus mayores.
Cantar el porvenir, cuando en la cumbre
aun no se ha apagado
el vivo ejemplo de la excelsa lumbre
que encendieron los héroes del pasado,
es pedir el laurel, ganar la gloria,
atropellarse para entrar en lucha,
asordar los oídos de la Historia
con voz de reto que tronar se escucha,

amanecer a la futura brega
y prepararse a la feliz victoria,
sentirse grande en el combate rudo,
y ya no a modo de la raza griega
morir, sino nacer sobre el escudo.

¡Salve a ti, primavera de esperanzas,
que sobre el hielo del dolor avanzas
resucitando las marchitas flores;
salve a ti, Juventud, que en la ancha arena
expandes con la lucha tus vigores,
disipas los nublados de tu pena,
y, rica de laurel, en la porfía
corres como una olímpica figura,
tras la copa del triunfo en la que un día
nos brindarás no sorbos de amargura,
sino siquiera gotas de ambrosía!

Digno es del áureo verso el varón fuerte,
que, crecido a la sombra de la palma,
se ríe desde niño de la muerte
y tiene sano el cuerpo y grande el alma.
Maldito el que desgasta sus abriles
en estancarse con mortuoria calma,
o en robar horas al placer violento,
como hojas secas que se lleva el viento.

No es Juventud la que llorosa y triste,
huérfanas de coronas y apocada,
ni la fatiga ni el dolor resiste.
¿Qué sabe de la lid, qué del trabajo?
Ni hundir la reja, ni vibrar la espada.
Falta de fuerzas sobre el hondo tajo
del arado viril, llora y se abate;
y si tiene tal vez planta ligera
no será para el triunfo en la carrera,
sino para la fuga en el combate.

Cuando haya muerto el pundonor, y en vano
flote el postrer jirón de la bandera;
cuando en el fondo del dolor humano

aliente vil resignación, y el hierro
duerma sueño de paz sin que haya mano
que lo sepa blandir; cuando del perro
llegue a la luna el retador ladrido
y el fénix no renazca y entre el fango
muera el cisne de Leda, conmovido
no debe el vate de apolíneo rango
llorar, sino rugir. Si las vilezas
desparecen al fuego y queda el oro,
desate sobre todas las cabezas
lenguas de fuego el cántico sonoro.

La femenil ciudad en que las danzas
laxaron el vigor: en que la fiesta
para siempre jamás rompió las lanzas;
es que la Juventud a los altares
corre de Baco, y gala deshonesta
hace de anacreónticos cantares;
la femenil ciudad, que el bien olvida
y apresura el placer, por justa suerte
ha de ver en la aurora de su vida
la repentina noche de su muerte.
Incendiada será. Y así que, presa
de la llama voraz, quede en pavesa,
el pindárico vate no vencido
romperá en odas de triunfantes lizas;
y sobre la ciudad, como un rugido,
pasará luego el viento del olvido,
sacudiendo el crespón de sus cenizas.

No, no sois los que, prestos a la arena,
sabéis correr con entusiasmo, aquellos,
rendidos en mitad de la faena,
jóvenes que disipan sus destellos
en las danzantes fiestas: de la lira
suenan así los cánticos mejores,
dando a los aires la alabanza vuestra;
porque la musa varonil se inspira,
cuando ve que del tálamo de flores
caéis de un salto en la marcial palestra.

Ya otra vez el asombro ha preguntado
si los que del amor hacían gala,
eran los mismos que, en la patria historia,
honraban las insignias del soldado,
batían antes de morir el ala
y espantaban la muerte con su gloria.
Los que mimados en su infancia han sido
guardan un noble corazón, que late
a todo impulso generoso: el nido
águilas dá también para el combate.
El amor no es endeble: Hércules ama.
También da flores la robusta rama.
No porque estéis con el acero en mano,
listo a la lucha el corazón amante
en vuestro pecho yacerá dormido;
porque en la misma fragua en que Vulcano
hace los fieros rayos del Tonante,
hace también las flechas de Cupido.

¡Oh mancebo gentil, rompe el estrecho
molde femíneo de tus formas puras!
Levanta el amplio y vigoroso pecho,
enciérrate entre férreas ligaduras,
échate ingentes pesos sobre el hombro,
cubre larga distancia en tu carrera;
y alcanzarás el merecido asombro
de la tímida virgen que te viera.

No robes con placeres la pujanza
a tu virilidad: rápido avanza
a conquistar la délfica corona;
y así que cunda el músculo en tus brazos
y cobren solidez tus formas bellas,
al son del himno que tu elogio entona
ya podrás descansar en los regazos
de rendidas y cándidas doncellas...

Bebe el clásico zumo de las vides,
y consagra a tu amor dulces instantes,
pero, al beber el zumo, no te olvides

de hacerlo en copa de oro, siempre que antes
sepas ganarla en las hercúleas lides.
Entonces el amor será más fuerte,
más digno, más viril. Ya tu deseo
podrás colmar en placentera suerte,
mientras que, en repentina catarata,
las desatadas ondas del Alfeo
¡se harán en tu loor lenguas de plata!
Es tiempo ya de que en la arena ardiente
quede probado el músculo. El presente
así sintiera venturoso orgullo,
al ver que el porvenir busca vigores.
¡Es tiempo ya, titanes en capullo,
de romper el botón y hacerse flores!...

¡Ah, con qué agrado miraréis, mañana
que os oprimen los hielos de la vida,
la empolvada corona que pendiente
del muro, os hablará de la lozana
juventud en que fausta y engreída
ciñó de triunfos vuestra misma frente!
Y al tocaros quizás esos cabellos
que laureados así viéronse un día,
sentiréis sólo deshacerse en ellos
nevados copos de ceniza fría...
Mas vuestra ancianidad, cual la del roble,
rica en savia ha de ser, que siempre queda
huella de glorias tras la lucha noble.
¡Qué importa la vejez, si cada ruina
escondido quizás guarda un tesoro!...
Finge un molino trágico la rueda
de la suerte, que rápida camina;
y así del trigo de los bucles de oro
brotan las canas como blanca harina.

Pero antes ¡ah! de que lleguéis a ancianos
probaréis vuestra gloria. El varón fuerte
recoge el fruto con sus propias manos,
o lo arranca del árbol de la suerte...
No buscáis para el músculo las galas

de fuerza inútil: para qué las alas
si no es para el empuje a lo infinito?
Anima al viril brazo el noble anhelo
de romper las prisiones del granito
y redimir los gérmenes del suelo;
y un numen sacro en su labor lo inspira,
cuando, al vibrar el victorioso tajo,
la herramienta pulsada como lira
canta las epopeyas del trabajo.

El arado abrirá sobre los valles
surcos de salvación. Taladro fiero
hará saltar las rocas de las minas.
La multitud no azotará las calles,
sino que, en esa redención de acero,
cruzará el campo, vestirá las ruinas,
voceará en las silentes soledades,
romperá el hielo de las árduas cumbres,
y, al soplo de huracán de las edades,
volará en busca de las nuevas lumbres,
cual si fuera en un éxodo de gloria,
que remozando la pasada vida
evocase otra vez sobre la Historia
la visión de la Tierra Prometida.

En su carrera ese desborde humano
azotará las despobladas zonas,
como azota la faz del oceano,
con su látigo de agua el Amazonas.
Los verdes campos alzarán cantares,
las bravas cumbres ceñirán coronas,
los negros antros abrirán caminos;
y cubrirán nuestros desnudos mares
bosques flotantes de veleros pinos.

Y al avance del ímpetu que crea,
se tornará la selva en limpio llano,
y en ciudad fausta la pajiza aldea,
y el árido desierto ya no en vano
se extenderá con mendicante anhelo,
cual si fuera la palma de una mano

que le implorara una limosna al cielo;
y para darnos sus mejores minas
conmoviéndose entonces las montañas
como desesperadas heroínas,
se abrirán ellas mismas las entrañas.

En tan ruda labor las almas bellas,
que ora regalan al amor su aliento,
ora avivan la luz de las estrellas,
ora enriquecen de perfume el viento,
sabrán también,—como en lejano día
para acrecer el bélico tesoro,
cortáronse entusiastas a porfía
hasta sus crenchas de abeduz o de oro,—
hollar el campo y doblegar la frente
sobre el surco, que abierto con fatigas
se bautiza y fecunda con sudores:
tal la bíblica Ruth que humildemente
va sólo recogiendo las espigas
que quiebran al pasar los segadores...

Si logramos unir en nuestra historia
al noble corazón el brazo fuerte,
gozaremos la alianza de la gloria
y no nos vencerá sino la muerte.
Nada importa morir, si cada tumba
en un bosque de lauros se convierte..
bello es que un pueblo sin temblar sucumba!
En el osario sus despojos yertos
se regarán con llantos compasivos;
que ante la tumba de los héroes muertos
se postrarán los vencedores vivos.

¡Oh vencedor, que altivo te levantas,
piensa, si las rodillas no quebrantas,
que la que cumbre fué se torna abismo!
El polvo que hoy está bajo tus plantas,
mañana puede estár sobre tí mismo.
Para salvar los áridos desiertos
que tras de cada tumba abre el olvido,
—libros en blanco para siempre abiertos,

en que la voz de los elogios calla,—
nada importa vencer, ni ser vencido:
lo que importa es ser grande en la batalla.

No te arrepientas, Juventud, si acaso
en los esfuerzos de tu afán prolijos
hallas suerte fatal; afirma el paso:
que la fe de los padres en ocaso
renace en el oriente de los hijos.

No te arrepientas, Juventud. El vate
tampoco de tu elogio se arrepienta,
ya que pulsó de Píndaro la lira.
La fe en el porvenir gana el combate,
la duda en el combate es una afrenta,
la afrenta de esa duda horror inspira;
y el arrepentimiento encoge el ala,
no vence más en las contiendas rudas,
y va a besar los pies como Magdala
o a colgarse de un árbol como Judas...

## ¡SILENCIO!

Tú sabes que tu afán es prematuro;
tú sabes que no es tiempo todavía
de que derrame el suspirado día
luz de justicia sobre el antro oscuro.

Si el porvenir es sordo a tu conjuro,
si es inútil tu ardor en la porfía
calla y contempla con mirada fría
las penumbras inquietas del futuro.

Canta al sol, cuando el sol bese la cumbre,
pero hoy, sumido en tí, sella tu boca:
¡y que ruede a tus pies la muchedumbre!

¡Más vale ser, guardando el pensamiento,
mudo y firme a la vez como la roca
que hablador y voluble como el viento!...

## EL AMOR DE LAS SELVAS

Yo apenas quiero ser humilde araña,
que en torno tuyo su hilazón tejiera;
y que, como explorando una montaña,
se enredase en tu misma cabellera.

Yo quiero ser gusano. hacer encaje;
dar mi capullo a las dentadas ruedas;
y así poder, en la prisión de un traje,
sentiré palpitar bajo mis sedas...

Y yo quiero también, cuando se exhala
toda esta fiebre que mi amor expande,
ir corriendo la salvaje escala
desde lo más pequeño a lo más grande!

Yo quiero ser un árbol: darte sombra;
con las ramas, la flor, hacerte abrigo;
y con mis hojas secas, una alfombra
donde te echaras a soñar conmigo...

Yo quiero ser un río: hacerte un lazo:
y envolverte en las olas de mi abismo,
para poderte ahogar con un abrazo
y sepultarte al fondo de mí mismo.

Yo soy bosque sin traba: abre el sendero.
Yo soy antro sin luz: prende la tea.
Cóndor, boa, caimán, jaguar, yo quiero
ser lo que quieres tú que por ti sea!

Yo quiero ser un cóndor: hacer gala
de aprisionar un rayo entre mi pico;
y así, soberbio... regalarte mi ala,
¡para que te hagas de ella un abanico!

Yo quciro ser un boa: en mis membrudos
lazos ceñirte la gentil cintura;

envolver las pulseras de mis nudos;
y morirme oprimiendo tu hermosura...

Yo quiero ser caimán de tus torrentes;
y de tus reinos vigilar la entrada,
mover la cola y enseñar los dientes,
como un dragón ante los pies de un hada.

Yo quiro ser jaguar de tus montañas,
y robarte a mi propia madriguera,
para poder abrirte las entrañas...
¡y ver si tienes corazón siquiera!

# POEMAS

# LA EPOPEYA DEL MORRO

¿En donde está la musa que corría
como corre el torrente,
desgreñada, febril; la que, en su ardiente
ímpetu soñador, se estremecía
de gozo entre las luchas destructoras
en que bregaba sin sentir las horas:
si era preciso hasta morir, moría,
a manera del sol, porque tenía
vespertinos crepúsculos y auroras?

En donde está la que en la selva umbría,
para ahuyentar las fieras,
cuando la noche del dolor caía
alzaba sus estrofas como hogueras?...

¿En dónde en dónde está?.., Las femeniles
fiestas de seducción en copas de oro,
escancian la embriaguez. El bravo Aquiles
ha roto ya su lanza; Sansón juega
a los pies de Dalila; y entre el coro
sólo se oye una voz: la voz que ruega.
Rasga, ¡oh! musa, el disfraz con que te cubres;
muestra tu faz ante las turbas viles;
y arroja de tus sienes juveniles
los pámpanos de todos los octubres
y las rosas de todos los abriles...

¡No tejas más arrobadoras danzas,
ni bebas más embriagador falerno:
rompe el vaso en que libas esperanzas;
o exprime en él la esponja de amargura
con que apagó su sed el Héroe eterno,
y luego, como Sócrates, apura
esa gota de llanto del Infierno!

Liba el cáliz de amargo sacrificio
que prueba tu virtud, tal como el vaso
de dulcísimo amor prueba tu vicio;
y prepárate al canto de esa lira,
que quiere como el sol en el ocaso
hacer su último esfuerzo: duerma en calma
para siempre después, si en tanto gira
su postrer nota convertida en alma...

¡Coge otra vez tu lira: la que yace
empolvada tal vez, pero no rota:
en sus cuerdas de ayer duerme el sonido!
Desata el broche a la primera nota
y verás como en notas se deshace...
Olvidada en la fiesta en que has vivido,
serás hoy como un Fénix, que renace
de las cenizas de su propio olvido.

Así lejos del torpe desenfreno
estar debes. ¡No en blandos y sensuales
cánticos gastes más la fantasía,
sino, con voz de trueno,
en pregonar los hechos inmortales
del paladín, que supo en la porfía,
esgrimiendo el acero sin desmayo,
mostrar con espartana bizarría
pensamiento de sol, alma de rayo!

¡Sí! busca a un héroe y cántalo. Su gloria
gloria tuya será, si es que lo cantas
y lo haces perdurar en la memoria,
como el bronce dichoso en que esculpido

el héroe tiene, ante sus firmes plantas,
postrado de rodillas al Olvido.

¡Si tornase a vibrar la vieja lira
del poeta de Ilión! Así las santas
fruiciones del ideal que al vate inspira
lograsen el laurel, digno tan sólo
del héroe, no del vate, que suspira
por el triunfo, no dél, sino de Apolo.
El héroe de la Iliada vive hoy mismo;
porque es en la apoteosis de su acero,
doblemente inmortal: por su heroísmo;
y por la lira que pulsaba Homero.

¡Ah! cuán feliz el vate
si alcanzara a imitar en cada estrofa
la agitación nerviosa del combate;
y a fijar el perfil del héroe, al modo
del duro bronce, de que no hace mofa
el fugaz tiempo destructor de todo.
¡Mas ya que todo al fin, todo ha pagado
tributo al tiempo burlador, no sea
menos que el polvo ruín, la madre idea
cabalgadora sobre el verso alado!

¡Musa: el héroe está ahí! Bésale y rompe
el canto al fin; que si no es bronce, el canto
no se oxida tampoco ni corrompe...
Así está el héroe: besa sus heridas;
enjúgale el sudor; contén el llanto;
y al vibrar tus estrofas conmovidas,
justo es que en sacra inspiración te exaltes,
para cantar las luchas encendidas
entre ese héroe inmortal—como Leonidas—
y la Suerte traidora—como Efialtes...

## I

## EL CANTO DE LOS HEROES

¿Será el progreso un bien?
¿Será un tormento?
¡Ay! más parece torcedor impío;
implacable aguijón del pensamiento,
que impulsa a caminar, como el judío,
sin tregua, sin descanso, sin aliento.

¿Hacia dónde se va? ¿Dónde la clave
que descifre el misterio de esta huída
hacia un eterno porvenir? ¿Qué mano
del inviolable arcón tiene la llave?
¿qué ojo penetra el fondo de la vida?
¿qué lengua canta el porvenir humano?
¡Ah! ¡desbocado el lóbrego torrente
corre, corre veloz, eternamente,
sin poder encontrar el oceano!...

¡Eternidad, eternidad hermosa,
cuando es la paz que duerme y que reposa:
eternidad, eternidad sombría,
cuando sólo es la lucha fragorosa,
inacabable de brutal porfía!

El progreso sin fin de las edades
desata en las alturas de la mente
el dolor de las negras tempestades:
la Humanidad atormentada siente
triste desdén hacia el pasado oscuro,
hastío al fin en el mejor presente
y eterna angustia por el bien futuro...

Y en esta marcha de dolor que empuja
al mundo, fatigado caminante,
sin rumbo fijo ni imantada aguja,
por la infecunda arena del desierto,

como el fantasma de otro mundo muerto
condenado a marchar hacia delante;
en esta variación de hombres y cosas
—hoy asombro, mañana indiferencia,—
se alzan, a las regiones luminosas,
desde la eternidad de la conciencia,
los héroes todos, de contraria suerte
y diverso ideal, como pendones
que la vida en sus grandes ascensiones,
clavó sobre las cumbres de la muerte.

¡Ah! morirán las cosas y los hombres;
mas siempre entre las vastas mortandades,
flotará en las futuras soledades
una inmortalidad: ¡la de los nombres
de los héroes de todas las edades!

En medio de la noche, en que camina
el mundo, hacia la aurora del mañana,
cada héroe, coronando cada ruina,
es como cada antorcha que ilumina
las noches de Nerón. ¡Antorcha humana:
llamarada infernal, lumbre divina!...

El héroe que conquista las alturas
para espaciar la fúlgida mirada
y ensanchar de la vida el horizonte,
loco en sus sueños, sano en sus locuras,
levanta al sol su frente castigada
por furioso huracán cual la del monte.

Cualquiera que se llame su tormento,
aunque no sea su ideal sagrado,
el héroe sí lo es: el pensamiento
es de origen divino. ¡Torpe intento,
quitarle al hombre lo que Dios le ha dado!

¡Hasta los anarquistas, que en su empeño
quieren violar el porvenir oculto,
siquiera son apóstoles de un culto,
centinelas perdidos de un ensueño!

¡Sacras son las furiosas tempestades
que fecundan la vida con la muerte:
deben serlo también, ya que igual suerte
tienen siempre las hórridas peleas,
las ideas de todas las edades
y los héroes de todas las ideas!

Pronto, pronto, mañana,
la idea de una patria solamente
la eterna unión para la especie humana,
ha de rayar desde las altas cumbres,
sobre la triste y abatida frente
de las encadenadas muchedumbres.

La patria vieja cambiará de nombre;
y el nuevo nombre que soñó la mente
triunfará al fin en la batalla ruda
¡Oh! ¡Patria Universal! Patria del hombre:
todo un siglo... *¡muriendo le saluda!*

Y entonces surgirán potentes brazos,
que el yugo desigual hagan pedazos
y la bandera universal levanten:
y vendrán otros héroes; pero entonces
esculpidos serán en otros bronces
y habrá otras liras que también los canten.

Hoy canta, ¡oh musa! al último patriota
que suspenso en la cumbre, ante el abismo,
hizo la redención de la derrota
abriéndose en la cruz del heroísmo;
al que supo morir cual sol poniente
que en su manto de sombras se recata,
con la actitud de un César que se siente
altivo bajo el golpe que lo mata;
al que fulgió sobre la lucha fiera,
desgarrando la noche de la Historia;
al que cayó, pero al caer siquiera
se vengó de la muerte con la gloria.

Digno es del canto el héroe que su espada
fulminara en Junín y en Ayacucho;
mas lo es también el que a su patria amada
defendiera ante el cielo y el oceano:
si tu esfuerzo fué el *último cartucho*,
BOLOGNESI fué el último espartano.

Hoy canta, ¡oh musa! cual cantara un día
la musa de Simónides la suerte
de los que hallaron, en la lucha impía
de las mismas Termópilas, la muerte.
Y di también como ella, ante la fría
tumba del héroe que escalara el cielo:
«—¡Su tumba es un altar; y su memoria
vive en la patria con perenne duelo;
y su duelo es un canto de victoria!»

¡Todo puede morir! La fe se trunca,
el amor pasa, la esperanza ceja:
no peligran jamás, ni mueren nunca,
sólo los héroes de la historia humana.
¡Hoy canta al héroe de la patria vieja
y al de la Patria Universal mañana!

## II

## EL CANTO DE LA GUERRA

El ejército es músculo de hierro,
que tempestades de vigor desata
sobre los grandes pueblos de la Historia.
¿Quién rompe el triste y ominoso encierro?
¿Quién la cadena de los pueblos ata?
¿Quién violenta las puertas de la gloria
y descerraja el calabozo oscuro,
arrojando los ídolos a tierra,
conjurando las albas del futuro
contra las noches de hoy? ¡Sólo la guerra!

Y guerrear es vivir,—la vida es lucha.
Aun, como el torrente que los campos
furioso asalta, rebramar se escucha
al pueblo rey, que en su marcial camino
iba rompiendo con sangrientos lampos
la tempestuosa noche del Destino.
Aun, entre las clásicas lecciones
del docto pueblo heleno, se oye el canto
de Homero a las belígeras legiones
de los dos lustros de fragor y espanto.
Aun la voz del luchador, que en donde
se enseñaba a pensar, alta corona
alcanzaba con su olímpico deseo:
¡voz de victoria a la que aun responde,
como eco eterno que vigor pregona,
la ehronquecida voz del Coliseo!...

La guerra es tempestad que se desata
a las plantas de Dios; y que al pigmeo
hasta las plantas de su Dios encumbra:
¡Júpiter vibra el rayo con que mata;
Jehová vibra el rayo con que alumbra!

Grande es morir; mas con la frente enhiesta
en heroica actitud, interrogando
al Destino con labios de protesta:
más vale el pueblo que murió luchando
que el que sólo vivió, de fiesta en fiesta,
en la enervante paz del ocio blando...

El pueblo que sus cóleras sepulta
en vil resignación, turba es de abyectos:
no, no es esa la paz; ¡esa que oculta,
bajo del mármol frío, hervor de insectos!

Cuando la sacra idea
de paz universal vibre sus palmas,
mil otras liras vibrarán sus notas,
a cuyos ecos vibrarán las almas.
Hoy canta, ¡oh musa! la feral pelea
y a BOLOGNESI como ayer a Aquiles;

que en el mar de visiones en que flotas,
no asoman ni siquiera los perfiles
de esas nuevas Américas remotas...

Digno es el héroe que la vida exhala
por la patria, que cantes su querella.
Canta la guerra, sí; ríndete a ella:
¡¡justo es que la condenes, porque es mala;
y justo es que la cantes, porque es bella!

La guerra con que Chile, el cóndor fiero,
acosara al Perú, que aunque vencido
deslumbró como el héroe a la Victoria,
no ha sido por blasón de caballero,
por la mujer de Menelao no ha sido:
ha sido por sentencia de la Historia.

Conquistador impulso abrigó el pecho
de Chile siempre; el del Perú la gloria
de sostener al débil contra el fuerte.
Diga Dios de qué parte está el derecho:
¿lo está del Heroísmo o de la muerte?

La espada napoleónica que un día
—relámpago de sangre en noche umbría—
trazó linderos ensanchando zonas,
conquistadora fué; porque a su paso,
si ignorándolo acaso
libertó pueblos, conquistó coronas.
¡Ah! la Prusia después, como un torrente,
violó la sepultura del coloso;
y con voz de cañones elocuente
turbó del héroe el último reposo,
para decirle que no valen nada
las conquistas jamás, y que el glorioso
pueblo, en que un día relumbró su espada,
veía al fin por extranjera gente
hasta su propia tierra desmembrada...

¡Mas no el ardor de apostrofar inflame
el alma de la musa; y que, serena

como el cielo purísimo, derrame
luz y no sombras en el ancha arena;

La Guerra del Pacífico es proeza
que apenas pudo Marte haber soñado,
ya que es sueño la vida de los hombres...
Con el arrojo de ESPINAR empieza;
concluye con la fe de LEONCIO PRADO;
y se llena con GRAU; ¡bastan tres nombres!

El Perú de ESPINAR corre a la cumbre:
es el que a coronar la cumbre aspira;
el que busca la gloria; el que no mira
cómo rueda a sus pies la muchedumbre;
y sube, y sube, hasta que al fin expira.
El Perú del estoico LEONCIO PRADO
es el que se sonríe de su suerte:
es el que apura el néctar, sosegado,
hasta hacer la señal, cual buen soldado,
con que marca el instante de su muerte (1).

¡Oh GRAU! Tu «Huáscar», redentor despojo
que envuelve el patrio pabellón parece.
El mar, que con la sangre se enrojece,
bandera bicolor finge en las brumas:
la sangre pone el rojo;
y el mar pone el albor de sus espumas.

Como el eco a la nota,
iba la Gloria misteriosa y grave
siguiéndole do quier, siempre atraída:
era cual una celestial gaviota
que seguía la marcha de tu nave,
a través de las brumas de la Vida...

---

(1) El comandante Ladislao Espinar murió coronando la cumbre de San Francisco en desigual batalla. (1879).

El coronel Leoncio Prado fué fusilado, después de haber caído

El coronel Leoncio Prado fué fusilado, después de haber caído
prisionero en la batalla de Huamachuco: bebió una taza de café ante el pelotón de soldados que lo ejecutara, y dió el mismo la señal de la descarga al concluir su predilecto néctar. (1883).

¡Oh GRAU, la musa que el ardor celebra
de BOLOGNESI, el último espartano,
postrado ante el altar en que te mira,
como vestal que quiebra
la sacra leña con robusta mano,
muda de admiración, rompe la lira!

¡Oh musa, canta! ¡Pero no... detente;
que tu labio, marchito
de sed y de dolor, apenas siente
la horrorosa ansiedad de dar un grito!...

## III

## EL MORRO Y EL HEROE

El escarpado Morro que la frente,
por los marinos vientos azotada,
yergue con orgulloso continente,
parecía inclinarse reverente
bajo el peso glorioso de una espada...
Más que todos los siglos de su historia,
más que todas las rudas tempestades,
más que todo el fragor de las edades...
el peso lo abrumó de tanta gloria.

¡Pero no! Bajo el héroe se sentía;
y cual corcel, que altivo caballero
con ágil rienda diestramente guía,
el Morro,—que mil veces cabalgado
por el negro Huracán mostróse austero,—
al sentir sobre sí la bizarría
del inmortal soldado,
ansiaba como nunca entusiasmado
subir más a los cielos todavía.

¡El Morro, frente al mar, en sus anhelos
de dominarle todo, parecía
nave, que, entre horrorosos cataclismos,

hundióse para atrás en los abismos,
levantando la proa hasta los cielos!...

¡Ya lo azotaba el huracán rugiente,
ya el irritado mar inútilmente:
el Morro, rechazando los embates,
desgastados los pies, rota la frente,
era como un titán sobreviviente,
como un héroe inmortal de cien combates!

Pedestal del glorioso sacrificio,
se alzaba con el ansia que enardece
en la batalla el pecho del soldado:
porque él era el Satán del precipicio,
que ante la boca del peligro crece
y se alza, como un pueblo, sublevado.
¡Ansia sentía de escapar del suelo;
y abajo el pie del varonil soldado,
parecía, en las brumas, el crispado
puño de Ayax amenazando al cielo!

Y ya el Morro, la Suerte
señalado el futuro le tenía
con el dedo sombrío de la Muerte.
Entre su corazón, guardado había,
los mortales despojos de una oscura
raza infeliz que lo poblara un día;
y así predestinado, en la futura
noche del tiempo, a la batalla impía,
era el Morro ¡una inmensa sepultura!

¿Por qué quiso la Suerte que en la cumbre
del Morro fuera la feral batalla?
¡Ah! ¿La vivaz y cegadora lumbre
del rayo matador, en dónde estalla?
¿En donde rasga de la sombra el seno
el puñal del relámpago furente?
¿En dónde bate su atambor el trueno?

La batalla radió sobre la frente
del Morro, que eminente

se destaca en las vastas soledades;
porque ¡para las cumbres solamente
han hecho su fulgor las tempestades!...

Y el héroe estaba allí.
Cual roble erguido
en campo de verdor; cual brava cumbre
en voluptuosa y lánguida llanura;
cual grito de cañón entre ruido
de batalla campal; y cual vislumbre
de un rayo en medio de una noche oscura,
sobresalía el héroe entre las tropas
que lo rodeaban: su marcial figura
por do quier esparcía resplandores,
como licor de rebalsadas copas,
como perfume las abiertas flores...

Cien héroes más a su rédor, a modo
de mariposas en constante gira
al redor de la luz,—colmaban todo,
el campo, el cielo, el mar, de los reflejos
del héroe erguido ahí, como una pira
refractando su lumbre en cien espejos...

Grandes eran las almas,
merecedoras de eternales palmas,
e inmarcesibles lauros, que la Suerte
quiso ante el mar y el cielo unir entonces
como regalo que ofreció a la Muerte
hablando por la boca de los bronces;
pero, ¡ah! si no brillara, como faro
de ensangrentada gloria, el héroe altivo
que iluminó con el postrer disparo
la negra noche del peñón cautivo,
menos valdrían, menos, tal vez nada,
cual nada valen las figuras bellas
que ornamentan el puño de una espada,
si la espada también no es digna de ellas.

¡El héroe! ¡él es! La musa consternada
fija su triste y húmeda mirada

en el héroe inmortal: le reconoce;
y tiembla, al modo de la novia amada
que sufre en medio de su propio goce...

¡El es! Y está vestido
con el traje de Aquiles en la Iliada:
es un griego y ¡es él! De su pisada
y de sus armas el enorme ruido,
dice: poder y orgullo; de su aliento
el calor, con que empaña
las vaguedades húmedas del viento,
dice: arrojo y salud; y de su extraña
musculatura de titán, el fuerte
molde en que fué vaciada, dice: gloria.
¡El es el vencedor! Su gran victoria
es rodar abrazado de la Muerte,
por la candente arena de la Historia...

Ciñe a su pecho fúlgida coraza,
que siempre indiferente a la amenaza
e impenetrable para el golpe ha sido;
y a su indomable frente,
ciñe crinado yelmo reluciente
de abundoso penacho enriquecido.
Bruñidas grevas cubren sus rodillas;
lanza pujante y poderosa espada,
que saltarán al choque hechas astillas
de la diestra crispada,
esperan el fragor apetecido
que truena en las estrofas de la Iliada.
Rotas lanza y espada, el héroe entonces
fiará su broquel; ¡ese que ha sido
hecho con siete pieles, revestido
por tres ingentes láminas de bronce!

¡Es el héroe! Es el último espartano,
es BOLOGNESI, es el viril guerrero,
que, suspenso ante el cielo y el oceano,
resucitó la gloria del acero
que gozaba al sentirse entre su mano.

Mas... la visión del héroe no es aquella
que le muestra de Aquiles heredero,
cuando no tuvo su feliz estrella;
no estaba, como Aquiles, tan armado.
Sin armas casi combatió; mas pudo
caer sobre su escudo de soldado:
¡sobre su corazón, que era su escudo!

Es el titán... ¡Cómo en su pecho late
más que el odio, el amor hacia la gloria,
fuera más que su empuje en el combate,
su generosidad en la victoria!
Aunque en la lucha fiera
vibra su acero, segador de vidas,
¡rasgaría en girones su bandera,
para vendar con ella las heridas
del enemigo que a sus pies cayera!...

En su alma bulle generoso fuego,
que es luz de glorias en la noche oscura;
¡y también como su alma, su figura,
de viril expresión es la de un griego!

Sobre el negro caballo
de ancho tórax y de anca reluciente,
qué asienta firme su chispeante callo,
y tiembla, relinchando en sus ardores,
con esos sutilísimos temblores
que recorren la piel rápidamente,—
destácase el anciano,
sentado a plomo en él, alta la frente,
fija la rienda en la siniestra mano
y la espada en la diestra. El kepis de oro,
tres veces galoneado, cubre aquella
frente, como un blasón sobre un tesoro;
bajo él se adivinan las ya vanas
reliquias de un pasado, que destella
con plateados fulgores; son sus canas...
el semblante arrugado,

de afilada nariz y grandes ojos,
es reliquia también de ese pasado;
pero en el fondo de su pecho late
un corazón jamás envejecido,
que cuando siente el hielo del olvido
vuela a buscar el fuego del combate.

Tal el hermoso anciano,
que siempre tuvo en el feral embate
—más valiente que Aquiles, ya que el griego
gozaba de los dioses el socorro—
frente de cumbre y corazón de fuego;
que no por cierto en vano
¡nació al pie de un volcán, murió en un morro! (1).

## IV

## EN ESPERA

Sólo quince centenas de soldados
escoltan al titán; son la semilla
cogida en los graneros a puñados,
para las grandes siembras de la Historia...
¡Fingen un nubarrón, en el que brilla
aquel anciano como un sol de gloria!

Al frente de los breves batallones
resaltan capitanes denodados,
¡qué ejemplo son de militar civismo:
parece que esos grandes corazones
fueran sólo pedazos de uno mismo!
ARIAS, UGARTE, INCLÁN y MORE, y tantos,
se yerguen impasibles en la altura,
cual víctimas que miran sin espantos,
bajo sus pies, cavar su sepultura...

---

(1) Aseguran varios biógrafos que el coronel Francisco Bolognesi nació al pié del Misti.

La tropa desgreñada, hecha pedazos
la tosca vestidura,
esperando su cruz se abre de brazos;
y así la muerte, en su furor salvaje,
sentirá sin querer, los regocijos
de la viajera que al llegar del viaje
va a caer en los brazos de sus hijos.

El héroe es como el ídolo encumbrado
de un templo fabuloso: le son gratas
las ofrendas del último soldado;
y aquellos capitanes con su ejemplo
sostienen como fieras columnatas
esa tropa, que es bóveda del templo.

La tropa hambrienta, pero siempre erguida,
no implora una limosna de la Suerte;
es como una avanzada de la Vida
que presenta sus armas a la Muerte...

¡Ay! ella sufre, pero no se abate:
ufana de sus viejas cicatrices,
otras tantas banderas de combate
hace, desnuda, de sus rojos trapos,
como huelga de obreros infelices
que tienen la altivez de sus harapos.

¡Son tan pocos!... Y en vano la mirada
espacia el héroe por do quier: no llega
refuerzo alguno. Soledad callada;
cúspide muda; silenciosa vega;
campiña sin rumor... ¡En vano, en vano,
se esfuerza por oir otro murmullo
que no sea el murmullo del océano!

¡Ah! parece el silencio con que el fuerte
desprecia al débil, desde su alto orgullo.
Ni un vago, inquieto son, ni un leve ruido:
es el hondo silencio de la Muerte,
¡es el sueño profundo del Olvido!...

La ola apenas en los pies estalla
del Morro; que hasta el mar sobrecogido
ahoga sus fragores de batalla
y expresa su dolor en un gemido...

La campiña, a las plantas extendida
de la imponente y erizada roca,
es ancha mesa que al festín convida,
sábana abierta que al placer provoca.
¡Por ahí llegarán!... Mas el acento
con que el titán a sus hermanos llama,
cual copa de sonidos, se derrama
sólo en la hinchada vanidad del viento...
¡Nadie responde a su clamor! La impía
Suerte, que en ira y en dolor lo inflama,
está sorda también... Tal en un día
el loco, que las calles recorría
de la sacra ciudad, sin hallar eco
—¡Ay de Jerusalén! ¡Ay!—repetía...

¡Súbito ancho rumor pobló los campos!...
El mar, de pronto, retumbó en el hueco
del socavado Morro; nube oscura
vibró su trueno entre siniestros lampos;
y un viento de furor silbó en la anchura...

El héroe, sus gloriosos capitanes,
la tropa entera en pie, clavan los ojos
en el vago confín de la campiña.
¡Al fin están colmados sus afanes!
¡Llega el refuerzo al fin! ¡Y ya despojos
no serán de las aves de rapiña!

¡Oh placer engañoso! ¡Oh espejismo
de perpetua ilusión, que finges palmas
donde hay tiniebla y soledad de abismo!
¡Oh sarcasmo cruel: tú eres el mismo
el mismo en los desiertos que en las almas!

El ruido aquel—¡ay!—no era
de guerreros amigos... Los corceles

alzan, en sus belígeros tropeles
el ronco son de la veloz carrera...
Los infantes los siguen: el estruendo
de sus aceros lo ensordece todo;
y en rápida invasión corren a modo
de un torrente de cólera rugiendo...
Arrastrados los lóbregos cañones
entre nubes de polvo, cada rueda
cruje y lanza al girar ásperos sones...
¡Un eco de fragor rodando queda,
por detrás de esas bárbaras legiones!

¿Quiénes son? En sus rígidos semblantes
de cóndores adustos, se adivina
el ansia con que acaso los gigantes
provocaron la cólera divina...
¡Los invasores son! Es la de Chile
huracanada hueste... ¡Que ya es hora
que el Cóndor triunfador su garra afile
en las sienes del Morro; y que destile,
bajo esa garra, sangre redentora!

El héroe, sus gloriosos capitanes,
la tropa entera en pie, cogen sus armas;
porque sienten nacer otros afanes,
al oir el clarín de las alarmas
que truena con la voz de cien titanes...

Todos piensan igual. Todos la copa
beben de igual dolor hasta las heces:
el héroe anciano y la revuelta tropa.
Cinco veces mayor el acampado
enemigo es al fin... ¡Y cinco veces
crece dentro de sí cada soldado!

Triunfaron los aquivos: los aquivos
eran diez veces más que los troyanos.
Vencidos fueron por los persas luego;
mas no quedaron en la lucha vivos
los únicos trescientos espartanos.
¡Aunque igual bosque de laureles brota

en ambos campos de heroísmo griego,
vale más que aquel triunfo esta derrota!

¡Ah, ya está todo en el lugar que quiso
señalarle la Suerte desgraciada!...
El invasor al pie, cual replegada
ola pronta a saltar; en la alta cumbre,
el héroe cual relámpago indeciso
que anuncia tempestades, con la lumbre
de su vibrante espada;
el mar sembrado de enemigas naves
súbitamente, que al volar semejan
las arrancadas plumas de las aves
que por los vientos arrastrar se dejan;
y arriba, arriba, el cielo alargado
como un bostezo eterno: es cual la losa
suspensa de un sepulcro. ¡La amorosa
madre naturaleza ha bostezado
porque presiente el sueño de la fosa!

Resaltando en la cumbre, el héroe se halla
en serena actitud: la Suerte impía
le amenaza a la vez por mar y tierra.
¿De qué sino de blanco a la metralla
el débil «Manco-Capa» serviría,
mísero cascarón armado en guerra,
que es sólo escarnio de la mar bravía?

El griego en las Termópilas tenía
la defensa del áspera quebrada;
y pudo ver al golpe de su espada,
veinte millares de hombres en un día
rodando por la arena ensangrentada...

Bolognesi en la cumbre suspendido
hállase ante la escuadra fragorosa,
como ante un cazador pendiente un nido.
Y bajar de la cumbre fuera en vano,
ya que innúmera hueste al pie lo acosa.
¿Mas qué le importará, si otro es su anhelo?

No podrá el héroe descender al llano;
pero podrá subir: ¡subir al cielo!

Parece ¡ay! el titán de las montañas
que las iras de Júpiter provoca:
atado se halla a la pelada roca
y el Cóndor le devora las entrañas;
pero también, como en la vieja historia
del rebelde titán que así sufría,
ha de arrancarle al cielo, en su agonía,
una chispa inmortal: ¡la de su gloria!

Expuesto en las desnudas soledades,
no de un desfiladero en las guaridas,
soporta las sangrientas tempestades:
¡por eso es que la voz de las edades
lo aclamará más grande que Leonidas!...

## V

## EL ULTIMO CARTUCHO

¡De pronto un mensajero!
Es que la Suerte
quiere a veces jugarse con la Muerte,
entre esperanzas de irritante gozo,
como juega el albor de la mañana
de un lóbrego y profundo calabozo...

Cinco veces mayor, el enemigo
quísole enviar al héroe un mensajero
de prometida paz. ¡Ah! ¿Cómo al fiero
huracán resistirse del castigo,
iba el puñado aquel? ¿Y la esperanza
cómo iba a desdeñar, cuando el acero
suspenso estaba de feroz venganza?

Escoge el enemigo a un denodado
capitán de pulquérrimos blasones

é insospechable fe: joven soldado
que en su raudo corcel, avanza, avanza,
por entre las intrépidas legiones,
hasta llegar al héroe; y conmovido
—¡SALVO es el nombre—dícele—que tengo;
y expresar con mi nombre os he querido
esta misión de paz en la que vengo!—

—¡Seguidme!—dice el héroe; y lo adelanta
lleno de majestad, por breve senda,
con porte airoso y con segura planta...

¡Ya están los dos en la cerrada tienda!

Y no a befarse del anciano vino
el mensajero aquel; y de su lengua
no cayeron insultos como gotas
de sangre del puñal de un asesino.
¡Ah! no le habló de irritadora mengua,
sino de las estériles derrotas
que ni afligen ni ablandan al Destino.
Su palabra mostróle la ya cierta
derrota luego; y le enseñó el camino
de honrada salvación: dejar la plaza.
Y breve, breve fue, como un alerta,
¡no como una amenaza!....

Después que lo escuchó, la ligera mano
pasóse el héroe por el ancha frente;
las cejas enarcó súbitamente;
pero, al pensar que se enojaba en vano,
díjiole así tranquilo y sonriente:
—Tengo apenas un grupo de soldados;
pero tengo a la vez los más sagrados
deberes que cumplir: la voz escucho
de mi conciencia que morir me manda;
y moriré... después que en la demanda
*¡haya quemado el último cartucho!*—

Sencilla así y sublime, como el verso
con que el poema de Moisés empieza

su frase fué. Fué el dorso, fué el reverso
de aquellos elocuentes y famosos
discursos de pletórica belleza,
con que hablan los belígeros colosos
de la Iliada inmortal. Grabar debía
la Patria en su marmóreo cenotafio
esa frase de heroica bizarría,
que, como el sacrificio presentía,
¡tuvo la brevedad de un epitafio!...

El sorprendido SALVO pudo apenas
balbucear frases de pesar: veía
que ancho sepulcro ante los pies se abría
de ese héroe en cuyas venas
la misma sangre circulaba acaso
que en las del hijo de Peleo un día.
Y sintió... ¿Qué sintió? Lo que se siente
ante el sol, cuando se hunde en el ocaso,
como en la tumba ensangrentada frente...

En silencio los dos, así un instante
contémplanse a la vez. Luego el anciano
tiende la mano al joven anhelante,
y estrecha en ella la rugosa mano
del tranquilo gigante...
—Aguardad—dice el héroe,—yo os lo ruego:
no estoy solo, en verdad; y es deber mío
consultar mi respuesta. Volved luego;
o mejor... esperad, poque ya ansío
de una vez concluir. Venga la junta,
aquí mismo, ante vos; y que decida
si supe contestar vuestra pregunta
y si supe escoger. ¡O muerte, o vida!—

Prontos instantes luego
empezaron del héroe a la presencia,
a llegar sus gloriosos capitanes:
MORE el primero fué, con el sosiego
del que marcha, serena la conciencia,
a la coronación de los afanes;
y luego UGARTE, con la faz tranquila,

de plena juventud en los deseos,
fulminando la luz de su pupila
por entre el resplandor de los arreos;
e INCLÁN después, con la modestia suma
de un astro casi oculto; y el anciano
ARIAS, que al peso de la edad se abruma
y en la espada viril sienta la mano;
y O'DONOVAN gallardo y sonriente,
BLONDELL dominador. ZAVALA ufano...
¡Todos peruanos son! Y solamente
entre el clásico grupo, un argentino
yergue a los cielos la preclara frente:
¡es SAENZ PEÑA! En su febril mirada
de ardiente juventud, brilla el destino
que en los grandes espíritus chispea;
hijo de San Martín, su misma espada
¡es la espada inmortal de Necochea!

Rinda parias el Arte a la hermosura
de ese grupo de excelsos capitanes,
en donde, con hierática apostura,
BOLOGNESI destaca su figura,
como un Dios en un grupo de titanes...
Prenda el Arte la lámpara del numen
en el mejor altar, y cante gloria:
¡ese clásico grupo es el resumen
de los trescientos de inmortal memoria!
¿A dónde el bronce colosal, a dónde
que apologice el alma que se esconde
en el reto lanzado a la victoria;
que interprete el afán de la respuesta
de esos desesperados paladines;
y que expreso el vigor de esa protesta,
más alta que la voz de cien clarines?...

El grupo, en torno sus miradas gira;
y un solo bronce que lo copie no halla:
¡y ese grupo es el grupo en que se mira
el nubarrón que en el combate estalla!
¡Ah! para cuando reservar entonces
¿el verbo ensalzador de la batalla?

Sólo la lira canta; ella se inspira;
ella es la redentora de los bronces,
¡ya que es de bronce el arco de la lira!...

Y ahí también, a un lado,
SALVO ese grupo respetuoso admira;
y se siente crecer ante el ejemplo,
como bajo el castigo el buen soldado:
su cabeza inclinada y descubierta
como la del idólatra en el templo,
recibe el sol por la ventana abierta;
y su mirada, a veces, busca el campo,
que fulmina altivez y vuibra enojos;

¡El héroe en medio! De su nívea barba
aprisiónase el ampo
con mano nerviosísima; en su frente,
cual labrador que la campiña escarba,
surcos ahonda el ímpetu furente
que enardece su espíritu; en sus ojos,
hay un rayo de sol resplandeciente,
que fulmina altivez y vibra enojos;
en su actitud airada,
se ve el deseo que en su pecho late;
y en su cintura, la ceñida espada
¡tiene estremecimientos de combate!...

En amplio semicírculo, a su frente
los bravos capitanes... Es el coro
que forma Homero, de la aquiva gente
en la junta inmortal, en que el sonoro
rayo vibra de Aquiles impaciente.

Habla el héroe:—Ha venido un mensajero
de la enemiga tropa: en una mano
trae la oliva de la paz; y al mismo
tiempo en la otra vengativo acero...
Dejar la plaza me ha exigido en vano:
en nombre del rebelde patriotismo
que siempre alienta el corazón peruano,
le he respondido que la lucha quiero

y no la rendición... Fuera egoísmo,
egoismo de gloria, en un anciano,
sacrificar vuestras sagradas vidas
sin oíros primero.
¡Vosotros escoged! ¡No hubo espartano
que no siguiera el rumbo de Leonidas:
os lo recuerdo; mas quién sabe acaso
si no es bueno seguir, cuando están llenas
de juventud las almas, al que un paso
le resta dar hacia la tumba apenas(l...—

Mientras así decía,
como en una patriótica ironía,
por sus hinchadas juveniles venas
¡en copioso raudal la sangre hervía!
Cesó su voz vibrante,
como una tempestad de amargas quejas;
y se enarcaron las viriles cejas
en su rostro de Júpiter Tonante.

—¡Vuestra opinión es mía!—dice entonces
el majestuoso MORE; y todos.—¡Mía!—
prorrumpen a la vez: la vocería
es cual si echasen a volar los bronces...

Y no ardió discusión ni surgió enojo
entre el Poder, la Ciencia y el Arrojo,
como en la junta que de Homero el numen
en exámetros canta varoniles;
porque el gran BOLOGNESI era el resumen
de Agamenón, de Néstor y de Aquiles:
así encarnaba el héroe americano
la majestad de Agamenón de Atreo,
la experiencia de Néstor el anciano
¡y el arrojo del hijo de Peleo!

SALVO, siempre en suspenso, ve la airada
tempestad estallar, con cejijunto
rostro de horror. Clavando una mirada
en esa extraña faz, el héroe al punto
desnuda con estrépito su espada,

y señalando el campo, que la puerta
deja entrever, con la actitud del guía
que muestra un rumbo en la extensión desierta
—¡Ya sabéis—dice—la respuesta mía!
Yo rendirme no sé, yo siempre lucho
a vencer o morir; decid que es ésta
mi irrevocable y única respuesta:
*¡Quemaremos el último cartucho!*—

No expresó más ese viril deseo
que arde en los heroísmos sobrehumanos,
el epitafio que el cantor de Ceo
consagró a los trescientos espartanos.

El epitafio aquel del pasajero
que va a decir a Esparta cómo el fiero
Leonidas cumple su deber—se abate,
se humilla, palidece, ante este grito,
que parece retar al infinito
¡con el último estruendo del combate!...

Salvo, al oir tan varonil respuesta
abrió los ojos, de sorpresa mudo;
y ante el grupo inmortal, apenas pudo,
viendo del héroe la figura enhiesta,
doblegar la cabeza en un saludo:
¡Y fué ese arranque de sorpresa el mismo
con que después, tras el combate rudo,
saludó la Victoria al Heroísmo!...

## VI

## ANTES DEL ASALTO

¡Y luego habló el cañón! More el primero
que lleno los espacios con el grito
del ronco bronce fué. La inmensa flota
de invulnerable corazón de acero
ensordeció, al tronar, el infinito;
y tal como rebota

desgalgado peñón de la alta sierra,
rebotaba la voz, que de eco en eco
iba a perderse, como un ¡ay! de guerra,
de los abismos en el sordo hueco...

Ya la hueste acampada
al pie del Morro ametrallaba fiera
la rebelde actitud, en que do quiera
el héroe, cabalgado, discurría,
fija en la diestra la desnuda espada,
seguido de un jirón de su bandera;
por aquí, por allá, por donde había
un grupo de soldados en espera,
sintiendo del ardor el acicate,
o abocando el cañón, que parecía
brújula gigantesca del combate...

Y así acabó, por fin, ora tras ora
todo aquel primer día:
la Suerte se gozaba en la demora;
o acaso era cobarde todavía
para asestar traidora
el postrer golpe de su saña impía.

No tan fácil tampoco a los mortales
la Gloria ser podría:
preciso era sufrir con los delirios
de la ansiedad, entre cruentos males.
La Gloria está rodeada de martirios,
como un huerto cercado de zarzales...

El grupo aquel de capitanes fieros
decidió sucumbir, pero en fulgores
bañando los aceros:
morir así, vibrando sus espadas,
hasta caer en la batalla ruda
cegados por sus propios resplandores,
no como hato de ovejas devoradas
por famélicos lobos, sin que acuda
la jauría de canes salvadores...

Eco halló entre los míseros soldados
la voz de los gloriosos capitanes;
y así tras de esa lid no fatigados,
en torno de los símbolos sagrados
de sus patrias banderas, juramento
hicieron de luchar como titanes
hasta ser polvo y esparcirse al viento.
Como el licor de la volcada copa,
habíase esparcido, desde el alma
del héroe altivo hasta la humilde tropa,
el mismo sacro afán. En el paisaje,
BOLOGNESI era el tronco de una palma,
y la tropa el ramaje...

En la comida luego de aquel día,
apuraron los tétricos solados
su alimento postrer, fríos callados,
con profunda atención; y no se oía
risa profana que a turbar viniera
aquella calma de dolor sombría,
que se cierne en las almas y en las cosas,
cuando próxima está la nube fiera
a desatar sus iras tempestuosas...

¡Ah! ¡no fué más siniestra la comida
de Priamo y Aquiles! De esta suerte,
su tributo pagaban a la Vida
para después pagárselo a la Muerte.
El griego y el troyano
al fin comieron sobre el cuerpo inerte
de Héctor ¿qué iban a hacer? era lo humano...
Pero ¡ah! los héroes de esta cruda guerra
desdeñaban los póstumos tributos;
y antes de ser abono de la tierra,
le exigían el pago de sus frutos...

Apartado hacia allá, viendo el oceano,
de aquella tarde al vívido reflejo,
un joven capitán, la arqueada mano
puesta en el entrecejo
como en defensa del fulgor que ardía

del ancho mar en el movible espejo,
bañado el cuerpo en la rojiza lumbre,
una estatua de bronce parecía
que se alzaba de pie sobre esa cumbre.

¿Quién era? ALFONSO UGARTE, que a la hora
y cuando el alma de la tierra sube
en que un beso de paz rompe su broche
de vaga luz, cuando encendida nube
finge barco con rumbo hacia la aurora
a través de los mares de la noche,
al cielo entre perfumes y oraciones,
quiere buscar a su febril pupila
mudas contemplaciones,
que allá en la vasta soledad tranquila
le hablen de sus pasadas ilusiones...

Ahí mirando el mar, cuyo horizonte
álnese como se abre la esperanza,
el joven capitán, que así sentía
bajo sus pies la cúspide del monte,
amparaba al amor, que sin tardanza
a su ardoroso espíritu acudía
como ave de alas rotas...
A manera
del viejo, que sentado en los umbrales
de su tumba, recuerda lo que era
en sus años de ayer primaverales,
el joven capitán, que entre la fiera
batalla ha de encontrar segura muerte,
pone el recuerdo del placer mundano
en el risueño amor; y altivo, y fuerte,
lleno de juventud... ¡se siente anciano!

Venus, de azules ojos
lo adora como a Paris: y Minerva,
de ojos verdes, lo adora como a Aquiles.
Venus placeres y Minerva enojos
le brindan a la par. Nada lo enerva,
nada lo abate: es fuerte en sus abriles;

y enlazando los lauros a las rosas
en torno de sus sienes juveniles,
es digno del amor de las dos diosas.

Mas... fíjase de súbito en la escuadra
que a lo lejos se tiende amenazante;
y cual la ola, que protesta y ladra,
a las plantas del Morro estremecido,
ruge él también, y en el confín distante
el trueno repercute ese rugido.
Vuelta la espalda al mar, mira la tierra
en que duerme la sombra sosegada:
sólo un reflejo por las nubes yerra
cual de un cadáver la postrer mirada...
y entonces jura que en el mar...

¡El grito
del vibrante clarín, pregona al viento
que la silente paz del infinito
ha bajado también al campamento!...
Aquí y allí esparcidos los soldados,
en sus improvisadas fortalezas,
quédanse en vago ensueño aletargados,
pensando en los amores ya pasados;
y cual repletas copas de tristezas,
rebosan una lágrima escondida
que cólera feroz enjuga luego,
porque esa gota al corazón caída
es una gota de ácido en el fuego...

Por entre la tiniebla silenciosa
que envuelve el campamento,
prolóngase el alerta,
como una voz oscura y temblorosa,
como la voz con que se queja el viento,
como la voz de la extensión desierta
llorando en profundísimo lamento...

Y entre la paz del campamento inerte,
de pronto, en su corcel, con raudo vuelo,

cruza a escape la Muerte,
como una blanca ráfaga de hielo...

¿Y el relámpago aquel hermoso y puro
alma errante del cielo desprendida,
que en carrera de luz hiende lo oscuro
como un ensueño de la Eterna vida?
¿Esa visión, que los espacios puebla
de otras mil en fantástico derroche,
y arroja desde lo alto de la noche
semillas de astro en campos de niebla?
¡Es la Gloria inmortal, que cruza el cielo,
atronadora, mientras todo calla,
con dominante y anchuroso vuelo
por encima del campo de batalla!...

Bolognesi no duerme. Incorporado
en el intacto lecho,
fija un dulce recuerdo en el pasado;
y siente encima de su noble pecho
sus gloriosas medallas de soldado.
Entre la oscuridad, la fantasía
finge el combate aquel, en que valiente
a la Victoria arrebatara un día
eterno lauro con que orlar su frente.
Oye la atronadora vocería
que alza en Tarapacá la tropa fiera,
semejante al rebote de un torrente,
de peñón en peñón, por la pradera...

Parece que alguien le hable o que algo mira.
A veces la pupila incierta toma
repentina fijeza; frunce el ceño;
siente que a su redor la sombra gira;
y allá en el fondo, una visión se asoma
que le hace preguntar:—¿Pero es un sueño?

¡La visión de la Patria!
En desconcierto,
se atropellan visiones y visiones,

como los espejismos del desierto
rasgándose en nerviosas vibraciones.
Ante su fantasía, a las miradas
que hunde en aquella oscuridad de fosa,
muévense esas visiones reflejadas,
como sobre las aguas agitadas
se retrata una imágen temblorosa...
¡Es la Patria; ella es!

Procesión rauda
de heroicos hechos y gigantes hombres
pasa, arrastrando la gloriosa cauda
de mil y mil inolvidables nombres...
¡La visión de la Patria! Es ella misma
que copia entre las sombras su reflejo;
y no al través de un ilusorio prisma,
sino en la Historia como un fiel espejo...
¡Es la Patria; ella es!

Fija y segura
queda su imágen sola,
mientras la procesión finge una ola,
que al fin se pierde por la playa oscura...
Viste negro crespón; y su mirada
busca sólo la abierta sepultura
que le espera tal vez, en la crispada
mano, la empuñadura
tan sólo muestra de su rota espada;
está pronta a morir... Pero, ¡ah! fulgura
en sus ojos el toque con que empieza
la conquista del cielo el nuevo día;
que a veces, sin querer, Naturaleza
toma por nacimiento la agonía.
¡Y quién sabe si al fondo, en las conciencias
del Hoy y del Ayer y del Mañana,
nada vienen a ser las apariencias
siempre engañosas de la vida humana!...
¡Ah! Por entre la negra vestidura,
su desgarrado corazón chispea,
como una estrella titilante y pura

por entre el nubarrón que la rodea...
¡Y sin dejar la espada, con la mano
empapada en su sangre todavía,
muestra su corazón, como al cristiano,
en las visiones del dolor humano,
también le muestra el corazón María!

Y así la noche entera...
Otro sol vino
del grupo heroico a contemplar la gloria;
de ese grupo divino,
que en la escarpada cumbre de la Historia
lucha contra las huestes del Destino...

Volvió el cañón a hablar.
Y así indecisa
la Suerte estuvo nueva vez. La brisa
agitaba en el Morro la bandera,
sin que el furor de la enemiga flota
desgarrarla pudiera
al soplo de huracán de la derrota;
acariciada por la brisa, era
el supremo desdén de la arrogancia,
hasta que al tercio sol la hueste fiera
cubrió rápidamente la distancia...

¡Llegó el primer minuto del asalto!
El grupo lo esperó con la segura
idea de morir... Sereno y alto,
destacaba entre todos su figura
el héroe en su corcel, sobre basalto.

Cinco veces mayor, el enemigo
todo lo arrollará, todo... ¡qué importa!
Cinco veces mayor será el renombre
que cada héroe llevará consigo
al sepulcro también. La Vida es corta
para que pueda apetecerla el hombre...
¡Y a la manera de ese grupo fiero
que ante innúmera tropa no se abate,

ni empaña el lustre de su limpio acero,—
siempre acosada del dolor, la Vida
es sólo un grupo de años que combate
contra una Eternidad desconocida!...

## VII

## EL ASALTO

Allá lejos, muy lejos,
el verbo de las broncas tempestades
lúgubre fondo y cárdenos reflejos:
en gloriosa explosión rompe iracundo,—
y se apaga en las hondas soledades;
el relámpago cruza vagabundo
como una inmensa mariposa extraña;
y el trueno llora su dolor profundo
en el altar mayor de la montaña...

¡Eco parece del enorme ruido
que hicieron, derribados desde el cielo,
al rodar para siempre en el olvido,
los olímpicos dioses! ¡Voz de alarmas
que sembraba pavor, pavor de hielo,
estremeciendo las colgantes armas
en el raudo corcel, que hallaba el suelo
de la trémula Roma decadente,
a donde el fiero bárbaro quería
agua encontrar para lavar su frente
salpicada de fangos todavía!
¡Grito enorme de horror que el furibundo
torrente da al saltar! ¡Ay de agonía,
con que se rasga el corazón de un mundo!...

¡Mas no es la tempestad: es la batalla,
que en la cúspide estalla
del Morro que se siente estremecido,
cual si hubiera del cielo descendido,
en un bólido enorme, la metralla,
para saltar del choque de la tierra,

en horroroso y trágico estallido,
como un pregón de atronadora guerra!...

Blanca, espesa neblina
la frente envuelve de la brava cumbre,
en que el drama sangriento se adivina,
del cañón ronco a la rojiza lumbre
que desgarra las brumas repentina...
Blanca, espesa neblina opaca el cielo;
y hasta el altivo sol rinde tributo
a la tristeza del heroico duelo,
y se viste de luto...
Así también, cuando los dioses quieren
acabar con los héroes en la Iliada,
los circundan de nieblas... ¡Y así mueren
bajo los golpes de invisible espada,
sin llegar a saber cómo los hieren!

Por imposibles sendas, por estrechos
bordes de precipicio, por do espacio
encuentra el pie, las invasoras gentes,
con la fe de los triunfos en sus pechos,
con el sol de las iras en sus frentes,
lánzase a la altitud, cual los torrentes
saltando por encima del reacio
valladar que embaraza sus corrientes...
Finge un río, que en ancha catarata,
en vértigos de espuma se arrebata
al chocar con las peñas: invertido,
sube en vez de bajar. Las muchedumbres
son las aguas de un mar desconocido...
¡Tal el Diluvio Universal ha sido:
tal subieron las aguas a las cumbres!

¡Y el héroe está en el Morro; y está cierto
de que se acerca el trágico minuto
en que ha de rodar muerto;
y está cierto a la vez de que su gloria
ha de rasgar la oscuridad del luto,
como un tajo de sol sobre la Historia.
Es breve su estatura;

pero en su alto corcel crece y espanta,
cual si fuese titánica figura:
el héroe toca con su frente el cielo,
mas siempre tiene su corcel la planta
afianzada en el seguro suelo...

Llueve el plomo, se rasga la bandera,
se destempla el clarín; y roncamente,
la invasión adelanta y adelanta;
y caen los soldados, a manera
de las espigas cuya altiva frente
el granizo quebranta...
Se acerca el choque ya. ¡La lucha fiera
va a enconarse por fin! Sigue el torrente...
y todo es confusión súbitamente;
y se mezclan soldados con soldados;
y luego... ¡se derrama por do quiera
ancho rumor de vientos encontrados!
Mas... ¿Quién es el jinete misterioso
que en carrera veloz hacia la cumbre,
del torrente invasor sigue las huellas;
y corre, y corre, de llegar ansioso,
mientras sus armas de chispeante lumbre
van lanzando relámpagos y estrellas?...

¡Es la Muerte; ella es! Su rostro fiero,
de luminosas cuencas, se destaca
bajo de un casco de luciente acero:
ciñe, como suntuoso coracero,
ingente cota de bruñida placa.

Se ve que avanza triunfadora y fuerte
—con una nube en su semblante pálido
y un rayo de dolor en su mirada—
la dantesca figura de la Muerte
cabalgadora en su corcel escuálido,
que es un arpa de huesos destemplada...

Cual relámpago el látigo chasquea;
y se lanza a la cumbre, a la pelea:

todo, todo lo arrolla y lo aniquila;
que el corcel de la Muerte acaso sea
¡el mismo espectro del bridón de Atila!
¡Arranca chispas al sentar el callo
en el recio peñón; clava la espuela
en el hundido ijar de su caballo,
que se para en dos pies; y luego... vuela!

En su diestra, resplande la guadaña
insaciable de vidas, que a ambos lados
va sembrando el terror. ¡Es una extraña
visión, un huracán de la montaña
que arremolina nubes de soldados!...

Como el experto nadador que a solas
juega en el ancho mar, y ya sepulta
su cabeza en las olas,
ya la saca otra vez, ya la hunde luego,
así la Muerte en misterioso juego,
súbito ya parece, ya se oculta,
ya vuelve a aparecer; y entre las filas
deshecha de soldados cruza rauda,
cual un cometa de pavura ciego
que huye espantado de su propia cauda,
o cual fiera que corre en la espesura
revolviendo sus fúlgidas pupilas
entre las sombras de la selva oscura...

A cada rudo golpe, a cada embate,
los batallones,—aves que en su nido
quiebran las alas por sondear la altura,—
van dejando rodar en el combate
soldado tras soldado, hoja tras hoja,
a manera de un árbol sacudido
que de todas sus galas se despoja.

Soplo de tempestad ruge iracundo...
Allá un soldado cae, otro se levanta;
aquél hunde su corvo en la garganta
del débil moribundo,
que, soltando el fusil, rodó a su planta:

aquel héroe sin nombre, con su sola
calada bayoneta, al fin rechaza
a un grupo, que le envuelve y le amenaza
como a la peña la ceñida ola;
ese, como hoja que arrebata el viento,
de peña en peña va, por el barranco;
ese otro lanza horrible juramento,
los ojos pone en blanco,
deja caer el arma, con la diestra
cubre la sangre que en su pecho asoma
y rápido, en mitad de la palestra,
gira sobre sí mismo... y se desploma;
éste, el corvo homicida
clávale por la espalda al que entre tanto
expone, ante cien muertes, una vida;
éste, de cara al sol, muerto soldado,
como expresión de póstumos enojos,
muestra al cielo el combate reflejado
en el cristal de sus abiertos ojos;
y éste otro, que dispara
su arma antes de caer, rápido rueda
y en su alarde postrer, de espaldas queda,
vuelta hacia el suelo con desdén la cara...

Charcos de sangre lo enrojecen todo;
y así la sangre, lustración de horrores,
resbala en cauces de revuelto lodo
cual por la sien del labrador sudores...
¿Qué Verónica santa enjugaría
el sudor de la sangre en ese suelo,
si sólo alcanzaría
a retratarse la batalla impía
en el lino del bíblico pañuelo?...

Entre la sangre, en grupos, confundidos
se amontonan al par muertos y heridos;
vibran las armas rotas sus destellos
temblorosos, como esas sensaciones
que recorren la piel hasta que inerte
el cuerpo queda al fin. Y sobre aquellos
grupos, en su corcel, salta la Muerte;

y salta a modo de una cabra fiera
que empezara a correr, por los montones
de segadas espigas en la era...

Y a manera del Dios de los cristianos
que por do quiera se halla, o a manera
del sol que esparce generosa lumbre
sobre el amplio hemisferio, por do quiera,
BOLOGNESI verter con amplias manos,
sueña, gloria y fulgor desde la cumbre:
blandir la espada al frente
de aquel grupo que avanza denodado;
él solo resistir aquel torrente
del invasor jadeante y furibundo;
bajar de su corcel, y al buen soldado
que cayó levantar sobre sus hombros;
y luego, nuevamente arrebatado,
buscar el choque provocando asombros;
y ser en medio de las luchas, fieras,
una llama entre todas las hogueras
y una cruz sobre todos los escombros...

A un mismo tiempo, las gloriosas vidas
de ARIAS o INCLÁN, que al golpe de la Suerte
vanamente resisten, extinguidas
desípanse en las sombras de la muerte.
ARIAS, bajo su espada que resplande
con luz eterna, es siete veces grande,
ya que muestra en el pecho siete heridas...
INCLÁN llena el afán desesperado
que expresó un día, con modestia suma,
de morir «como el último soldado...»
Y brilla el sol con súbitos reflejos,
haciendo resaltar, entre la bruma,
la venerable faz de los dos viejos
con sus cabellos de rizada espuma...

Fué entonces... cuando mano temeraria
de heroica abnegación, prendió la mina
de uno de aquellos fuertes... Repentina

retumba en la llanura solitaria,
bronca, inmensa explosión, desde la cumbre;
y se rasga la pálida neblina
al parpadeo de rojiza lumbre...
Soldados, armas, piedras, como informe
masa que un monstruo destrozó, se lanzan,
y hechos un grito de dolor enorme
a las alturas resonando avanzan...
Fiera columna se levanta al cielo,
con fragor de horroroso torbellino,
como protesta con que el mismo suelo
se quiere sublevar contra el Destino...
Y luego... aquí y allá, desparramados,
aceros por mitad, muertos soldados,
corceles moribundos; y en montones
banderas y cureñas de cañones,
miembros rotos y cuerpos desmembrados...
¡Oh! qué escena de horror...
Y allí, risueña,
una muerta mujer se abre de brazos,
como sobre una cruz, en la cureña
de un tronado cañón. Hecha pedazos
la vestidura, sobre el pecho enseña
de ensangrentada herida el rojo sello
como flor que brotara de una peña...

Al rodar desgreñado
por sus hombros y en torno de su cuello,
el revuelto caudal de su cabello,
simula sobre el pecho ensangrentado
negro plumón de buitre; y entre aquello,
¡ay! se destaca el corvo del soldado
fijo del seno en las desnudas pomas,
como el pico de un cóndor, enclavado
en medio de dos cándidas palomas... (1)

¡Una mujer! ¡La dulce compañera
no quiso separarse de su amado,

(1) Este es un hecho histórico a que alude el escritor chileno Vicuña Mackenna, en su narración del asalto a Arica.

sino quedarse oculta en la bandera
de la patria inmortal, cual escondida
perla en el mar, para que así la Suerte,
que hizo de esas dos vidas una vida,
las cortara también con una muerte!
¡Y esa mujer, de carne desgarrada
por infame puñal, con la mirada
de un sol de gloria en la pupila incierta;
esa, sobre el cañón crucificada,
esa... es la imagen de la Patria muerta!

¡Y otra mujer en la celeste altura
de pronto apareció!... ¿Quién es? Su diestra
arma no blande; y temblorosa y pura
se sonríe con tétrica amargura
al mirar el horror de la palestra...
Arma no blande, no; pero fulgura
entre sus manos bellas
y delicadas, sobre nube oscura,
misteriosa corona hecha de estrellas.
Ciñe a su sien otra corona; y ciñe,
con ígneo cinturón, túnica roja
que de los héroes en la sangre tiñe...
Su seno tiembla como leve hoja;
su boca es una rosa sonriente;
y sus pupilas de húmedas miradas
parecen, al brillar tranquilamente,
dos perlas de rocío salpicadas
por el ala de cisne de su frente...
¡Es la Gloria inmortal que desde el cielo
el héroe busca en la sangrienta zona;
porque verle morir quiere en su anhelo,
caer ante sus pies con raudo vuelo,
y ceñirle su espléndida corona!

Ante sus ojos, MORE, el digno hermano
del héroe, erguido está. Si en su ansia loca
rompió su nave un día
contra una roca de la mar bravía, (1)

(1) El heroico More, comandante que era de la «Independencia», había visto encallarse a su nave en un desconocido arrecife de los mares del Sur.

vengarse quiere del Destino insano:
morir sobre la cumbre de otra roca
y ante el asombro de ese mismo oceano.

MORE acordóse de la frase aquella
del viejo Mariscal, (1) cuando gritaba
en medio de la tropa que luchaba
por asir la victoria; frase bella
y terrible a la vez; discurso parco,
pero de singular, mágico hechizo:
—*¡Aquí un charco de sangre! pronto un charco...*

¡El no lo repitió; pero lo hizo!...

Al abrigo del Morro,
en tanto el «Manco-Cápac» se debate
en pérdida segura y sin socorro:
y la espesa neblina, agujereada
por los ígneos disparos del combate,
deja ver sobre el líquido elemento
la palpitante flota desplegada,
que a golpes de cañón fatiga el viento...

Y el combate prosigue todavía...
¡El combate es eterno;
porque para los héroes cada hora
es un siglo de afán y de ironía:
ya que morir desean, la demora
es un suplicio más, es el infierno,
es la perpetuidad de la agonía!...

¡Oh! ¡qué horrible es el ver en ambos lados
caer unos tras otros los soldados,—
hierbas en que el corcel hunde la planta
o frutos por las piedras arrancados!
¡Oh! ¡qué horrible es saber que en la contienda
el que cae, al caer sólo adelanta
un paso más por nuestra propia senda!
¡Menos horrible fuera, si es segura

(1) El Gran Mariscal don Ramón Castilla.

la muerte al fin, el que a la vez caídos
hallaran una sola sepultura
todos, a un tiempo y para siempre unidos!
¡Qué vil es el deseo del tirano:
hacer una de todas las cabezas

para cortarla con su propia mano;
mas siempre es menos vil que las vilezas
del Destino inhumano,
que a sus débiles víctimas inmola
unas ante otras sin piedad alguna:
no hace de las cabezas una sola,
pero las va cortando una por una!...

## VIII

## LA MUERTE DEL HEROE

Bolognesi, vibrante y encendido
en patriótico ardor, buscaba acaso
que pronta muerte le saltara al paso;
y como hubiera sido
corto ese día para tanta gloria,
si Josué paró el sol en su carrera
hasta alcanzar la bíblica victoria,
¡ah! también él lo hubiera detenido
para seguir en la batalla fiera,
hasta haber muerto... ¡ya que no vencido!

¡Y tal lo ve la historia todavía!

En su negro corcel, avanza, avanza
al peligro mayor. Vibra en sus ojos
el sol eterno del Eterno Día;
porque bulle en su pecho la esperanza
de hacerse un pedestal con los despojos
de la propia invasión. Así la espuela

que el héroe retenía entre la mano:
y preparóse a defender armada
el cadáver del último espartano...
¡Y fulguró esa espada de tal suerte
entre las sombras del dolor humano,
que se espantó el caballo de la Muerte!

Volvió la Muerte los abiertos ojos;
y como por do quier que la mirada
espació, apenas encontró despojos,
al verse en triunfo sobre tanta vida,
se sintió de sí misma horrorizada
y fugó en su corcel despavorida...

La Gloria entonces con nerviosa mano
clavó la espada en el purpúreo suelo;
se arrodilló ante el último espartano;
quitóse la corona, y fijó en ella
una estrella mayor... ¡Después, al cielo
pudo elevarse con tranquilo vuelo,
porque el alma del muerto era esa estrella!

Y en tanto que la Gloria sosegada
subía al cielo con el alma aquella,
los fúnebres despojos en el suelo
esperaban la póstera morada:
¡y largo tiempo, huérfana y clavada
al pie del héroe, como cruz de duelo,
quedó temblando la vibrante espada!

Tal como, en aras de su amante ruego
ofrendaba a sus dioses, el pagano
de pretérita edad, el corderillo
de sus mejores hatos, en el fuego;
lo deshuesaba con su propia mano;
le arrancaba la piel con su cuchillo;
lo rociaba con vino generoso
y de olientes naranjas con el zumo;
y, luego, en profundísimo reposo,
su oración elevaba envuelta en humo...

La muerte en su corcel llegó de lejos
y en la frente del héroe iluminada
que va certera al blanco, su mirada
envolvió al héroe en lívidos reflejos;
y la frente del héroe iluminada
siniestramente así, doblóse mustia,
con la dulce expresión de un sol marchito
que se hunde en su crepúsculo de angustia.

No se oyó un solo grito...
Sólo se oyó un ruido atropellado:
estrépito de cuerpo que ha rodado;
metálico rumor de armas de guerra;
y del corcel, al punto disparado,
al trote que hizo palpitar la tierra...

Tendido estaba el héroe; ahí, tendido.
Las canas, envolviendo la cabeza
como pálidas nieves de tristeza;
la macilenta faz en un extraño
fulgor bañada; el corazón, herido...
Breve espacio ocupaba sobre el suelo;
¿mas que su breve corporal tamaño,
si su alma sola llenaría el cielo?

La Gloria descendió desde la altura
y le ceñó su espléndida corona:
al abrirse las nubes, por la anchura
un trueno, como un grito de amargura,
repercutiendo fué de zona en zona...

Y la Gloria ante el héroe parecía
cauteloso guardián, a la manera
del alba que precede al nuevo día.
La Muerte en su caballo amenazóla,
como en la orilla rocallosa y fiera
al Morro enhiesto la quebrada ola:
quísola atropellar, pero fué en vano;
porque la Gloria, aunque mujer, es fuerte.
La Gloria se inclinó, cogió la espada

clava al ijar de su corcel, que vuela
relinchando de horror; y así entre el fiero
batallar de la tropa amontonada,
en su diestra viril, brilla el acero
cual si fuera un relámpago hecho espada!

De pronto, por su mente enardecida
cruza en rápido vuelo heroica idea:
si ha de morir, que sea
vendiendo cara su gloriosa vida.
Oprimirá el botón que precipite
el fin de la tragedia: la corriente
eléctrica provoque; y prenda luego
la subterránea mina. Así el desquite
alcanzará de la invasora gente,
que morirá con él... Y corre ciego,
atropellando en su ímpetu furente
mil invasores, que de sangre beodos,
ruedan a discreción. Sobre su frente
brilla el deseo que en su pecho siente:
¡morir, como Sansón, matando a todos!...

Mas ¡ay! que hasta la Muerte apetecida
es a veces también indiferente...
Y falla el hilo eléctrico; y entonces
triste, desesperado de la vida,
vuelve a buscar entre los roncos bronces
y los filos de acero,
el golpe que abra con mortal herida
su pecho de cruzado caballero.

Y fué entonces también cuando el combate
arreció en torno al héroe; y cuando fiero
clavando en su bridón el acicate
embistió el héroe con mayor embate...
En medio de la horrenda vocería,
cada cual fulminaba entre el tumulto
tanto golpe, que al fin no se sabía,
porque en la confusión quedaba oculto,
quién lo daba, ni quién lo recibía.

Bolognesi también, por la victoria
de su Patria infeliz, quísole al cielo
rendirle el homenaje de su gloria;
y cual si hubiera en su dolor infausto
adivinado de la Patria el duelo,
quiso ofrecerse él mismo en holocausto.

El, que era digno de la excelsa palma;
él, que tenía su sitial de oro
en imperante altura;
él, que amparaba al sol dentro del alma;
él, que huyó siempre del festín sonoro,
con ambición menguada y prematura;
él, que pudo escribir en sus blasones
la sacrosanta frase de Pavía,
porque nunca perdió la honra sagrada
que de sus padres heredara un día;
él, que cuando el clarín llenó el espacio,
abandonó, para coger la espada,
la dulce vida del *Varón* de Horacio;
ese hombre, ese hombre justo, en su heroísmo,
quiso ofrecerse al Dios de sus mayores
por salvar a la Patria;—y así el mismo
que en su vida ejemplar de varón fuerte
tranquila senda recorrió de flores,
cóleras de volcán tuvo en su muerte...

¡Tal el héroe cayó!
Y al rudo embate
cien héroes más entre el feral combate
siguieron luego esos gloriosos rastros,
que fulguraron en la lucha fiera...
¡No vencerá la sombra aunque el sol muera;
que, cuando muere el sol, nacen mil astros!

En torno del cadáver, la apretada
tropa, en círculo estrecho,
rechazó al invasor desesperada,
como embota la punta de una espada
la recia cota sobre el firme pecho;

y en torno del cadáver, el hirviente
combate creció más, como una airada
ráfaga que girase repentina...
¡Cuando cae un peñón en un torrente,
el agua de la rápida corriente
en torno del peñón se arremolina!...

## IX

## FIN DEL ASALTO

De pronto, en su corcel, entre el tumulto
que arrolla el invasor, rápido avanza
ALFONSO UGARTE, cual fugaz meteoró:
tal en las sombras del dolor oculto
brilla a veces un rayo de esperanza...

Es blanco su corcel, con cascos de oro
y pupilas de sol; rasga la bruma
con su flecha veloz; y sobre el alta
cumbre, erguido en dos pies, salpica espuma
con relincho de horror... ¡y luego salta!

El joven capitán está vaciado
en homérico molde: al ver su tropa
desgranarse, soldado tras soldado,
ya la esperanza de vivir perdida,
apura de una vez la amarga copa
en el brindis heroico de su vida...

¿Cómo cantar el pavoroso instante
que separa su vida de su muerte?
Ahí, sobre la cumbre, es un gigante
que se empina ante el mar, con la mirada

fija en el cielo; entre su mano fuerte,
hecha un rayo de luz vibra la espada;
y de su espuela al golpe temerario
el corcel en dos pies mide el abismo:
¡es así como un bronce legendario
que se yergue asombrado de sí mismo!

¡Y luego llega el pavoroso instante
en que cae por fin, tal como roto
se desplomara un bronce hacia adelante
en medio del fragor de un terremoto!

Y al ver así cayendo su figura,
con la espada desnuda entre la mano,
en su blanco corcel, creyó el oceano
que era un Angel bajando de la Altura.

Estrellóse por fin en la ribera;
y la ola al besarlo lastimera
lo envolvió en la mortaja de su espuma:
mientras un solo instante, uno siquiera,
detuvo su fragor la lucha fiera;
que todos, todos, con sorpresa suma,
parecían mirar entre la bruma
el rayo aun de esa veloz carrera...

Brilló en la Historia para siempre el nombre
de ALFONSO UGARTE; y en el ancho viento
un trueno repitió con ronco acento
la consagrada frase: *¡Ese es un hombre!*

¡Y se le ve en la Historia todavía!...
¡Cae, cae veloz, rápidamente,
del alto Morro hasta la mar bravía:
ya que lo hace caer la Suerte ingrata,
como su empuje ha sido de torrente
su caída es también de catarata!...

El débil «Manco Cápac», que ese mismo
heroico ejemplo ve, se rasga el seno;

y antes de ser del invasor chileno,
se hunde también en el profundo abismo.

En tanto, sobre el Morro, en el postrero
fuerte del norte, un grupo denodado
resiste altivo al vencedor, que fiero
en su innúmera hueste lo ha cerrado,
como un compacto círculo de acero.
¡El asalto invasor rompe la valla,
que cede al fin; y el grupo prisionero
es el punto final de la batalla!

Y luego, sobre el campo,
que sembrado de fúnebres despojos,
invitaba al dolor, su vivo lampo
fulminó el sol: acaso en sus enojos,
disipando el crespón de la neblina,
quiso ver de quién era la victoria;
y vió en ruina a su Patria, ¡pero en ruina
que era como la tumba de la Gloria!

De las quince centenas de soldados
que escoltaban al héroe, diez centenas
por la tierra quedaron esparcidas:
esos héroes desnudos, desgarrados,
ostentaban apenas
la púrpura imperial de sus heridas...

Y ahí mismo, dispersos invasores,
como banda de buitres iracundos,
cebáronse en sus últimos rencores
sobre los indefensos moribundos;
y como el avariento en su tesoro,
gozáronse con sórdidos afanes
en despojar de sus galones de oro
a los mismos gloriosos capitanes...

Así el salvaje cazador, que pudo
herir la noble puma, que maltrecho
rodó a sus pies, le clava la rodilla;

con una mano oprímele el membrudo
cuello; y con otra en la mitad del pecho
húndele su cuchilla.
El generoso puma, que ha logrado
ver al salvaje cazador deshecho
ante sus pies, lo deja abandonado:
pero el salvaje con presteza suma
lo descuella cruel: ¡y es que ha luchado
para vestirse con la piel del puma!

Agrupados y estrechos,
y mezclando la sangre generosa
de sus rasgados pechos
con la de los heridos invasores,
sólo ansiaban los héroes una fosa
en que dormir un sueño sin rencores.

¡Todo el que ahí cayó, cayó con gloria!
Aquel, cualquiera de ellos, es un hombre,
un hombre, y eso basta; y si la Historia
héroe sin nombre lo llamara un día,
aquel, cualquiera de ellos—*Tengo un nombre:*
*yo me llamo Perú*—protestaría.

Aunque sobre el fragor, cual voz de trueno,
pregonó paz a la revuelta tropa
el ronco grito del clarín chileno,
la cólera inundando la ribera
y el rencor rebalsando de la copa
no se saciaron con la lucha fiera;
y en grupos, a los bravos paladines
que aprisionado había, despiadada
la tropa quiso asesinar. ¡En vano
se enronqueció la voz de los clarines!

Un capitán chileno, con la espada
en la viril, castigadora mano,
impuso paz entre la tropa airada
y la vida amparó de los cautivos,
que así pudieron, tras el odio insano
de la hueste furiosa, quedar vivos.

El mismo SALVO fué. ¡Quiso la Suerte
dejar con ello su misión cumplida;
y así el que fué emisario de la Muerte,
fué después mensajero de la Vida!...

Semilla heroica de una raza fuerte,
esos sobrevivientes, que entre el ronco
trueno de los cañones, a su paso
tropezaron mil veces
sin llegar a caer, fueron acaso
las más amargas, dolorosas heces,
lejos, lejos de ser los más felices;
¡así al golpe del hacha rueda el tronco;
pero quedan clavadas las raíces!...

Súbito el fuerte aquel, en que rodeado
preso cayó el puñado
de héroes que en su altivez amenazantes
lucharon sin piedad, saltó en inmenso
estrépito de horror; porque en él, antes
del fin siniestro, preparada mina
retumbante tronó, y el humo denso
fingió crespones sobre tanta ruina.

El fragoroso ruido
puso pavor do quier: el humo, un velo
ante ese sol de cólera encendido,
que fulgiera en Junín y en Ayacucho
y que en Arica ensangrentara el cielo...
¡Era el grito final, era el traquido
con que estallaba el *último cartucho!*

En esa voz, que desgarró la calma
del silencio mortuorio, en ese estruendo,
en ese ¡ay! de protesta, había un alma.
Era el grito doliente en que gimiendo
claman a Dios el huérfano y la viuda,
la madre abandonada, el padre anciano,
que ven tronchado en la batalla ruda
el báculo, ¡ay! en que apoyar la mano;

era la voz de la Conciencia, herida
por la injusticia de la aviesa Suerte:
era el postrer suspiro de la Vida
entre la carcajada de la Muerte:
era el gemido de dolor y espanto
del viejo que a la tumba se desploma,
repercutiendo la explosión de llanto
del tierno infante que a la vida asoma:
era el grito primer, que aun no asomados
a este valle de lágrimas y males,
dan los póstumos hijos ignorados,
saltando en las entrañas maternales
como resurrección de esos soldados!...

¡Ay! y luego... las ruinas por do quiera.
El clarín pregonando la victoria
y en la altitud la tricolor bandera;
el sol vertiendo su esplendor de gloria,
a través de los lóbregos crespones
del humo denso; la lejana flota,
con las bocas de horror de sus cañones
fijas hacia la cúspide remota;
y en el fuerte postrer de ronco estruendo,
temblorosas, danzantes, serpentinas,
llamas rojas y azules relamiendo
el informe tumulto de las ruinas...

Mañana... de los fúnebres despojos
el rastro quedará; y ante los ojos
del viajero, que ansioso de impresiones
abra la tierra, saltarán opresos
bajo las duras piedras, en montones,
descarnados al fin los blancos huesos...

Cuando pasó la guerra,
esparcidos dejó sobre la tierra
astillados fragmentos de armadura,
limpias hojas de acero diamantino,
como el corcel que deja su herradura
abandonada en medio del camino.

¡Quedaron como al viento la ceniza,
los despojos mortales por do quiera
esparcidos también! Tal se desliza
un raudal, salpicando la ribera...

Luengos años después, como arca santa,
el ataúd de esos despojos vino
a buscar amantísimo reposo
en la tierra natal. ¡Oh musa, canta
esa vuelta al hogar! No fué el camino
por dó el pródigo hijo licencioso
llega al festín paterno: fué la senda
de heroicos y de injustos sacrificios,
que señaló a través de la contienda,
en el desierto de infecundos vicios
de la esperanza la segura tienda.

¡Ah! fué la vuelta del pendón rasgado
a las manos del último soldado,
que a no morir en el combate alcanza;
y fué un soplo que vino del pasado
a avivar el ardor de la esperanza!...

¡Y volvieron, al fin, esos despojos!
Como el cadáver de Héctor en la Iliada,
los salió a recibir el pueblo entero...
La voz trémula y húmedos los ojos,
ya Casandra no fué la que inspirada,
de la altitud los saludó primero,—
sino la Patria misma que, la espada
rota la diestra y con crespón de luto,
cual una reina viuda y desolada
que en su propio dolor se dignifica,
buscó en la confusión, tal como un fruto
entre mil flores, al Titán de Arica...

Y arrojándose a él en su desvelo,
lo estrechaba con hórrida agonía;
y, como Hécuba a Héctor, le decía:
—¡Tú eres de cuantos hijos me dió el cielo
el que más adoraba el alma mía!—

## X

## CONCLUSION

Y la noche primer del cautiverio
sobre el Morro cayó.
¡Lumbre sangrienta
iluminó ese vasto cementerio:
y de entonces, el Morro, entre el misterio
tenebroso y profundo del pasado,
es así como un túmulo que ostenta
el cadáver de un pueblo embalsamado!...

El noble pueblo, que en feral combate
se desplomó sobre sus propias ruinas,
orgulloso de glorias, no se abate;
pero recorre, a golpes de alicate,
quebradas de dolor, cuestas de espinas...
El pueblo, que en la faz del heroísmo
envolviera la cúspide eminente,
tiene hoy nubes de horror sobre su frente
y entre su corazón lutos de abismos.

Tal del griego en el símbolo sagrado,
el corcel vencedor en la carrera
de los juegos olímpicos, orlado
del clásico laurel; el que en la fiera
batalla, lejos de aplacar su brío,
mostróse como nunca denodado;
el que anduvo por sendas de zarzales,
y aventuróse por el bosque umbrío
sin temblar una vez; el que la gloria
alcanzó de los cánticos triunfales,
está a veces, cual sombra de sí mismo,
que nada dice de su vieja historia,
condenado por fiero despotismo
a vivir dando vueltas a una noria.

¡Pobre pueblo, que sigue con tristeza
de su ostracismo la sentencia airada,
ciñendo con orgullo a la cabeza
sus ínfulas de víctima sagrada!
¡Pobre pueblo, que sigue en su amargura
el sendero erizado de dolores!
Al verlo ni se aflige, ni se cura
el doloso Destino en sus rigores...

¡Oh! pueblo, empuña el hierro; álzate fuerte;
despósate otra vez en el combate
con la Gloria. No importa que la Suerte
vencer te logre, si jamás te abate.
Lucha hasta sucumbir, para así verte
resucitar en la futura Historia:
¡y entonces la elegía de tu muerte
será el epitalamio de tu gloria!...

Pero acuérdate, ¡oh pueblo, como Niobe,
tras de tanto dolor, del alimento.
Justo es que el sufrimiento,
largas horas te robe;
mas si quieres honrar esa memoria
que más que lustre de un heroico nombre
es lustre de tu historia,
imita el alto ejemplo de aquel hombre:
¡si con gloria murió, vivió con gloria!

¡Oh! pueblo, si hasta Dios como tú ha sido
también ayer sobre la cruz clavado,
no exceres el dolor que hayas sufrido:
¿qué importa el infortunio del pasado
cuando cada esperanza es un olvido?
Ya que echar flores no podrías, deja
que en el tronco del árbol carcomido
su panal forme laboriosa abeja...

Si alguien duda de ti, muestra tus manos
que el clavo agujereó. No te corones
de pámpanos jamás... Y ojalá entonces

el himno que en los pueblos soberanos
canta el Juicio Final de los tiranos,
en la Resurrección de las naciones.

Fuerte con la gloriosa fortaleza
del que sus lauros arrancó a la Muerte,
busca un nuevo horizonte a tu grandeza:
sé desde hoy pensador, si has sido fuerte...
¡Fuiste ayer corazón, hoy sé cabeza!

La roca altiva que azotó la ola,
siempre será señora de la playa...
Patria que en su avidez halla su aureola,
puede enorgullecerse de estar sola:
¡tiene la soledad del Himalaya!...

Y sola así la Patria dolorida,
en lo alto del Morro, con las ramas
ya quebradas del árbol de su vida,
hacer debe una hoguera:
así el héroe inmortal se apareciera,
como Dios a Moisés, entre las llamas
de la zarza encendida...

Y como ofrenda al héroe, arroje luego,
a la hoguera también, vicios pasados,
viejas leyes y sórdidas costumbres,
para que en ese fuego
los dolores por fin, purificados,
brillen como el incendio de las cumbres:
a la luz de la hoguera, el seno oscuro
del horizonte se abrirá rasgado;
y consumiendo en llamas el pasado,
de las cenizas surgirá el futuro:
¡y el patrio pabellón, teñido en rojo,
cuando se apague la gloriosa hoguera,
flotará sobre el último despojo
como una llamarada hecha bandera!

# EL CANTO DEL SIGLO

## POEMA FINISECULAR

No zarpará en mi cántico sonoro
la nave de Jasón, que Orfeo un día
siguiera en pos del vellocino de oro,
sino la nave de pavor, que a solas,
escapando sin velas, se diría
un caballero andante de las olas.

No la sierpe Pitón será vencida
en el himno sagrado, que de Apolo
hace un perpetuo símbolo de vida,
que va, enfrenada por un hombre sólo,
sino en el riel la audaz locomotora,
a la conquista de la eterna aurora.

No, como canta Hesiodo, ya en la nube
serpenteará de Júpiter el rayo
sobre la frente del titán que sube,
sino la chispa eléctrica, que luego
pulsa el alambre y vuela sin desmayo,
prestándole a la idea alas de fuego.

No el escudo de Aquiles que Vulcano
laminara de bronce por tres veces,
ni aquel arco de Ulises que en la mano
apenas de su rey vibrar solía,
serán las armas que al rezar sus preces
cuelgue la musa en el altar del día,
como una ofrenda al bienestar humano,
sino el sable—relámpago de acero—
que palpitó en la mano
de un hombre solo contra el mundo entero.

Sobre la cumbre impávida se yergue
la épica musa, que al volver los ojos
halla luz, siempre luz; mas como albergue
fueron sus ojos de la sombra, oscila
negra noche de lúgubres despojos,
que arden como un incendio, en su pupila.
Aguila que pasea la mirada
por los hondos abismos, y do quiera
sorprende, entre derroches de alborada,
amenazante resplandor de hoguera,
de súbito se siente deslumbrada;
pero, agitando los sonoros remos,
parte, como una flecha disparada
por la fe de los ímpetus supremos,
y vuela, y vuela, más allá del monte,
más allá de la nube...
y siempre encuentra luz en su horizonte,
y va viendo más luz cuanto más sube.

Desde las telescópicas alturas,
clava la musa los abiertos ojos
en la ancha escena que a sus pies se agita:
rómpense las cerradas sepulturas,
se estremecen los fúnebres despojos
y el cadáver del Siglo resucita;
porque también la trompa resonante,
con voz apocalíptica, convoca
la pretérita lucha que es distante,
el aplauso del mar sobre la roca,

el viejo triunfo de laurel glorioso
que ciñe el hielo de las frentes canas,
los soles inhumados, el reposo
de la noche que incuba las mañanas,
todo lo que renace de lo oscuro,
todo lo que en la cúspide flamea,
todo lo que es pasado y es futuro,
todo lo que es Eternidad e Idea.

¡Y cómo de la musa en la mirada
arde el épico numen! Se diría
que las sombras más negras de la nada
queman sus alas en la luz del día...
La musa con sus ojos de inspirada
penetra en los arcanos más profundos
y hace comparecer vivos y muertos,
como Dios en el juicio de los mundos
hablando con la voz de los desiertos;
y así, cual un compás que en la medida
de sus brazos abiertos
mide un siglo de vida,
la musa ve al jinete desalado
con el águila fija en la cimera,
que a este Siglo asaltó desde el pasado
como sobre un abismo en su carrera,
y ve el torneo universal de aureolas
que París en su sueño ha forjado,
para que el siglo agonizante vaya
creciendo, a la manera de las olas
cuando van acercándose a la playa...

La musa baja desde el alto cielo,
a cantar en el polvo de la tierra
cuanto mira que es ala para el vuelo,
cuanto mira que encierra
una esperanza para el bien humano
como una selva invívita en un grano;
y así, envuelta en los últimos fulgores
del siglo de las luces, se destaca
la musa ante los ojos del vidente,

como mujer que con laurel y flores
ciñe la sien y el seno con la placa
de una coraza de oro reluciente,
dando al soplo del viento fugitivo
la voladora falda, el pie desnudo
sobre el áspera cumbre, el ojo vivo
desflorando el misterio, el labio mudo
pero ajustado a la marcial trompeta,
sintiéndose de súbito crecida
como un fantasma que soñó el poeta,
universal imagen de la Vida,
bajo de cuya planta estremecida
cruje y se rompe el eje del planeta...

En la ciega espiral de un torbellino,
la musa nuevamente desprendida
escapará tal vez a las alturas,
deshojando en su rápido camino
la guirnalda de todas las locuras,
hasta quedar en las celestes salas
serena, como un ave suspendida
con una tempestad bajo las alas...

Sonará entonces la broncínea trompa;
y al escuchar su voz en el espacio,
surgirá el siglo con la augusta pompa
de un rey que oye llamar a su palacio.
—¿Quién es?—preguntará.
¡Soy tu Conciencia!
responderá desde la altura un grito;
y, al soplo huracanado de la ciencia,
quizás el grito de ese grito lleve
con desatado vuelo a lo infinito,
resonando en las hondas soledades
la confesión del Siglo XIX
en el Juicio Final de las Edades!...

# I

## EL AGUILA IMPERIAL

*Napoleón: el gran hombre del siglo.—Fiat Lux.—Alejandro y César ante Napoleón.—Al frente de las legiones.—En Egipto y Marengo.—Napoleón cónsul.—Napoleón emperador.—El águila de Austerlitz.—Lágrimas de Cristo.—La paz de Presburgo.—La batalla de Jena.—Napoleón ante la tumba de Federico el Grande.—La invasión a España.—El heroísmo hispano.—Zaragoza.—Las victorias de Pirro.—El primer desengaño.—La invasión a Rusia.—La entrada a Moscou.—El incendio de Moscou.—La retirada de Polonia.—A través de los hielos.—¡Era bastante!—El campo de Waterloo.—Hacia Santa Elena.—El beso de la Muerte.—La última conquista.*

Al comenzar el Siglo era la noche.

Caravanas de nubes, que en su vuelo
simulaban cortejos funerarios;
huérfanos astros de sangriento broche,
que acribillaban el crespón del cielo
como ojos de atrevidos visionarios;
negro huracán que con su ronca lira
clamaba en los desiertos solitarios;
luto, en que sólo de fulgentes huellas
un relámpago pálido de ira
les daba un aletazo a las estrellas...

Era preciso un Dios, un alma fuerte,
que dijese el *fiat lux.*
La noche triste,
esa máscara negra de la muerte,

necesitaba sol: ¡y tú naciste!
¡Oh Napoleón! Los báratros profundos,
que tú con tu palabra redimiste,
se asombraron al brillo de tu espada;
porque Dios de la nada hizo sus mundos
y tú mismo te hiciste de la nada...

¿Qué Alejandro? ¿Qué César?
En su frente
ciñó Alejandro la imperial corona
que heredó de Filipo: el elocuente
triunfo del padre ante sus ojos fijo
señalábale rumbo. El padre abona
con sus ejemplos la raíz del hijo...

César siente correr entre sus venas
sangre de dioses; y en su fe palpita
la fe que lo hace recordar a Atenas,
porque siente la sangre de Afrodita.
Noble nació: risueña la Fortuna
fué a visitarlo hasta en la misma cuna;
y creciendo orgulloso y temerario
entre el fausto de elogios y canciones,
tuvo para envolver sus ambiciones
la protectora túnica de Mario...

¿Y tú? Tú a nadie le pediste nada:
no tuviste la suerte del heleno,
ni otro guerrero te ciñó la espada.
Naciste sin herencia y sin apoyo...
Ellos, que hoy te reciben en su seno,
nacieron ríos; tú naciste arroyo.
Es por tu propia fuerza que eminente
surgiste entre la inmensa muchedumbre:
para llegar de arroyo hasta torrente
es preciso nacer sobre la cumbre...

Tú sólo con tu espada, a la manera
de Moisés con su vara milagrosa,
venciste al pueblo, que a tus plantas era

un mísero escabel, como una fiera
que ante los pies del domador reposa.

Todo hervía en la sombra, y a lo lejos
se escuchaba el rugido de la nube
que se incendiaba en cárdenos reflejos;
todo era espanto y negación y encono:
el odio del esclavo a veces sube
hasta Dios mismo porque tiene un trono...

Y tú cogiste entre la firme diestra
el haz de acero de los odios santos,
como héroe vencedor que en la palestra
coge todas las armas homicidas,
y merece en su honor todos los cantos,
y se apropia después todas las vidas.

¿A dónde irá la turba en sus furores,
sin un dedo de luz que le señale
un rumbo al porvenir? De los vapores
de la ira del pueblo también sale
fuerza de que aprovechan los motores;
pero precisa que la docta mano
regule el curso del progreso humano,
que es como el de la hélice en los mares,
cuando crujen los huesos de un tirano
entre las maquinarias populares.
Por eso tú, como ninguno fuerte,
grande como ninguno, ante la Suerte
ceñiste lauros y vibraste palmas:
te alzaste entre una tempestad de muerte;
y fuiste el pararrayos de las almas...

Al frente de tus épicas legiones
hollaste cumbres y salvaste honduras:
recorriste en tus magnas ambiciones
nevados montes, cálidos desiertos,
quebradas de fragor y arduas alturas,
vírgenes selvas y arenales muertos,
cortando en cruz el curso de los ríos,

pasando en triunfo el arco de los puentes,
rompiendo los obstáculos sombríos
y arrastrándolos luego en tus corrientes,
cual si hallaras también todo pequeño,
al sentir de tu impulso el acicate,
para trazar los planos de tu ensueño
en las arquitecturas del combate.

Como una tempestad entre una copa,
tu mente desatada,
que soñaba en el cuadro de una Iliada,
encontró estrecho el marco de la Europa;
y fuiste el Miguel Angel de la espada...

Atravesando tormentosos mares,
guiado habías a tu invicta tropa
hasta las seculares
tumbas de los dormidos Faraones,
que, de su extinta pompa en lo profundo,
temblaron al oir de tus cañones
aquella voz que ensordecía el mundo;
y ya en el aire, como a veces flota
el último recuerdo de una nota,
flotado había el retador saludo
con que, ante las Pirámides serenas,
hiciste en medio del asombro mudo
agitarse la túnica de arenas,
mostrando entre su abierta sepultura
las momias de los reyes a tu vista,
ya que en la crueldad de la aventura
a través de esos áridos desiertos,
para agregar un lauro a tu conquista,
no perdonabas ni a los reyes muertos.

Vencedor en la lucha trasalpina,
que en Marengo selló tu nueva gloria,
volaste luego hacia la Patria en ruina
para darle tu aliento de victoria:
ella misma, de asombros en asombros,
hasta encontrarte fué; te echó los brazos;

sintió que florecían los escombros
entre su corazón hecho pedazos;
laureó tus sienes con triunfal guirnalda;
y no colgó la túnica en tus hombros,
mas cónsul te aclamó como al romano...
¡Ah! tú, entonces, sentiste que a tu espalda
proyectabas la sombra de un tirano!

El Siglo te encontró soñando un día
con la imperial corona.
Envanecido
como un Luzbel del pueblo, el preferido
de ese Dios que confiado se dormía,
tú, el más hermoso de sus hijos, ciego
te rebelaste, y más feliz que el mismo
Luzbel, entre tu espíritu de fuego
envolviste a tu Dios, y como él luego
también lo encarcelaste en el abismo...

Quien defendió la Libertad a modo
que defendía en ínclito torneo
el paladín la honra de su dama,
cuando vió que era conquistable todo,
sacrificó esa honra a su deseo;
y por coger la flor, quebró la rama.

En la diestra viril la copa de oro,
ebrio de triunfo y con la sien laureada,
te levantaste en el festín sonoro
y buscaste los ojos de tu amada:
la Libertad, temblando, ruborosa,
se deslumbró ante el brillo de tu espada
y cedió al fin a tu pasión mezquina.
Podía ser la Libertad tu esposa;
y sólo llegó a ser tu concubina.

Mas no te engrandeciste porque hicieras
alas de águila a todas tus banderas,
ni porque de los hombros suspendida
la túnica imperial te diera abrigo...

¡Ah, si pudieses desdoblar tu vida,
cómo tuvieras que luchar contigo!
Grande eras de verdad: ¿para qué el dolo?
Así opacaste el sol de tu grandeza,
y todo en vano... La corona es sólo
un grillete clavado a la cabeza.

Cesáreamente grande hasta en tus faltas,
escalaste las cúspides más altas
para desde ellas proclamar tú mismo
tus sangrientos decálogos de guerra,
disputándole al Angel del Abismo
el imperio del Mal sobre la Tierra.
Tal cuando en Austerlitz sacudió el ala
tu águila vencedora, y los cañones
con voces de caverna hicieron gala
de huracanadas cóleras; en tanto
que al vuelo recorrías tus legiones
y gozabas en medio del espanto
escuchando ya el ¡ay! del moribundo,
ya el vítor del heroico combatiente,
ya los truenos de bronce en lo profundo,
ya los gritos de asalto en la pendiente,
ya el metálico estruendo en la llanura
de armas cruzadas con vibrante choque
como un zarzal de aceros sacudidos,
ya la afilada queja de amargura
con que gime el clarín, ya el marcial toque
con que ronca el tambor suma de ruidos
en que cifrabas la mejor orquesta,
para halagar espíritu y sentidos
como los invitados a una fiesta;
tal cuando en Austerlitz rápido el eco
arrebató la postrimer descarga,
se oyó de pronto como un golpe seco
entre el silencio de una noche larga,
y luego, con estrépito de insulto,
un llanto de titán... Sobre una roca
sentado estaba Cristo: con los codos
en las rodillas; el semblante oculto

entre las manos; la melena loca
danzando al aire; y el dolor de todos
reconcentrado en la sedienta boca,
que hablaba con la voz de los desiertos
desatada en sollozos convulsivos...
¡Cristo resucitaba entre los muertos,
para llorar la infamia de los vivos!

¿De qué sirvió su sacrificio? En vano
dió a los piadosos aires sus lecciones,
que ataban con amor los corazones
y consolaban al linaje humano;
porque siempre a través de las edades,
su nave zozobraba en el oceano
al golpe de las mismas tempestades...

Y ahí quedóse Cristo, cabizbajo,
llorando siempre en su dolor profundo,
al ver con las fatigas del trabajo;
su arado roto y sin labrar el mundo;
y hoy, sigue ahí, sobre ese campo en ruina,
a manera de un Dios meditabundo
que ve marchita su mejor guirnalda:
es un titán que la cabeza inclina,
con diecinueve siglos en la espalda.

Como la de Austerlitz fué la primera
campal batalla de la nueva era,
Cristo al llorar en ese campo yerto
llora en todos los campos; y así hace
en su lamentación por cada muerto,
la elegía de todo lo que yace...
El buen Cristo, que ruega a las alturas
la paz de las humanas creaturas,
no cesa de llorar en su elegía,
sin esperanzas de que al fin acabe
la guerra entre los hombres. ¡Y quién sabe
si llorará otro siglo todavía!...

Otra vez triunfador y otra vez grande,

¡oh Napoleón! si con tu firme espada
fijaste lindes al impulso fiero
que en la batalla sin querer se expande,
sobre la propia carta desplegada
ante tus ojos, donde el mundo entero
retrataba su faz, tú, hecho un coloso,
al apoyar el índice severo,
volviéndote a Francisco temblloroso,
le pudiste decir:—¡Hasta ahí quiero!

¿Quién no te vió después, desde la altura
dominar Jena y con audaces ojos
desafiar al Sol, que en su bravura
rompió sobre tu frente haces de enojos?
Nada importaba el número: sabías
que tú por otro ejército valías;
y te bastaba un grupo de soldados
para robarle un lauro a la victoria,
ya que el anuncio de los faustos días
vibraba en tus oídos inspirados
como un grito de lucha ardiendo en gloria.

Revuelta ante tus ojos la batalla,
te iluminabas de placer mirando
las curvas que en el aire la metralla
con alas de meteoro iba trazando,
cuando se desataban los granizos
de los plomos mortíferos y cuando
sobre encrespado mar, la acometida
era una ola de flotantes rizos
que rodaba en las playas de la vida...

¡Con qué placer contabas los despojos
del enemigo, hundiendo el acicate
en tu caballo con veloz carrera!
¡Cuánto no abrías los alegres ojos,
para ver en lo recio del combate
serpenteando en los aires la bandera!
¡Qué hacinamiento y qué fragor!
Tu espada

no podía trazar la divisoria
línea entre los ejércitos rivales.
Apenas tú, por intuición de gloria,
podías con la luz de tu mirada
seguir el curso de los dos raudales,
por entre aquella selva enmarañada...

Selva de entrechocadas armaduras,
a donde se revolvían las legiones
a modo de las sombras más oscuras
del dantesco terror; tal parecían
aquellas fragorosas confusiones
de hombres que contra hombres combatían
en inflamada lid, mientras rugían
como fieras hambrientas los cañones...

Se oye aún el estrépito de espanto
con que tembló la pávida llanura,
cuando rabioso de esperar ya tanto
súbito desataste de la altura
el raudal de tus bravos caballeros,
que, como catarata de quebranto,
saltaron sobre todos los aceros,
que intentaron quizás ponerles valla,
para caer entre el tumulto mismo
y arrojarlo del campo de batalla,
mientras, al grito de tus mil clarines,
se oía relinchar en el abismo
ese huracán de palpitantes crines...

Entonces tú con planta vencedora
llegaste altivo hasta la misma tumba
de Federico el Grande: aun retumba
la voz de tus cañones que sonora
saludó al héroe, cuya noble espada,
temblando de rubor te fué entregada
por el débil Guillermo, cual se entrega
el alma a Dios, cuando la muerte llega
y nos hace palpar que todo es nada...

Ciego de vanidad en tu deseo

osaste trasmontar el Pirineo;
porque soñaste en tu ambicioso instinto
alcanzar, como un último trofeo,
la corona imperial de Carlos Quinto.

¡Nunca, jamás te hubiera aconsejado
la falaz tentación tamaña ofensa!
No había un soberano que opacara
en España tus glorias de soldado,
ni que llegase hasta tu altura inmensa
para poder mirarte cara;
mas todo un pueblo varonil sí había,
que, adiestrado en las luchas seculares,
hallábase con ansias todavía
de arrancar otra América a los mares...

La ambición te cegó: quiso perderte;
y te lanzaste sobre España en vano;
sólo ella pudo detener tu suerte;
y así venció tus ímpetus de muerte
como enfrenó las furias del océano.
Quien robó de la sombra un hemisferio,
quien estrelló la noche de la nada,
quien se bañó en las aguas del misterio
pudo medir su espada con tu espada;
y así otra vez oyeron los espacios
el grito retador de los titanes
luchando contra Júpiter severo...
Abrièronse cabañas y palacios,
y todos con patrióticos afanes
se arrebataron en tropel guerrero;
y, como en el milagro de los panes,
todos lucharon con un mismo acero...

Nunca encontró tu paso en su camino
obstáculo mayor que aquella roca,
en que chocó el raudal de tu destino
que se desvió por la pendiente loca...
Donde menos tal vez creyó tu orgullo
vacilar en vencer, fué detenido:

y es porque en tus laureles ya dormido,
ver no quisiste que si el pueblo hispano
oponerte no pudo a un soberano,
pudo sus fuerzas oponerte a solas;
¡porque el cetro no estaba en una mano,
sino en todas las manos españolas!

...¿Qué doliente mujer es la que, envuelta
en desgarrada túnica, te mira,
sacude al aire su melena suelta
y la pálida faz en torno gira?
¡Ah! ¿qué idea veloz cruza su mente,
que así ahonda los surcos de la frente
y el agitado seno oprime en vano?
Tuya va a ser...

¡Jamás!... Entre su boca
estalla el trueno de una risa loca;
y un desnudo puñal muestra en la mano.
antes que dar su honor, dará su vida;
y como la Lucrecia del romano
blande el acero del puñal suicida,
porque al mirarte trasponer su puerta,
preferirá, caída por caída,
a caer deshonrada, caer muerta.

Esa mujer de altivo continente
que acosada del hambre, enferma y triste,
resistióse al afán de tu impudicia;
esa mujer que supo sonriente
morir, bajo los golpes que le diste,
y no imploró piedad sino justicia;
esa mujer que en épico delirio
las maternas entrañas se destroza;
esa mujer que impone su martirio
sobre la Eternidad... es Zaragoza.

¡Ah! tú también venciste en aquel día;
tú también has podido
decir lo que otro vencedor decía:

—¡Una victoria igual; y estoy vencido!
Tu sol, tu fausto sol, cuyos destellos
ceñían a tu Patria excelsa aureola,
empezó a declinar. Y en tus cabellos
blanqueó una cana, todavía sola...

Rechazado te viste; y como Anteo
cobrando mayor fuerza en la caída,
desataste el caudal de otro deseo,
pero sobre otra Patria desvalida.
Moscou te vió bajar de tu caballo...
Encontraste en Moscou muerte, no vida:
calles de asolación, plazas desiertas.
Desde el emperador hasta el vasallo
te dejaron las llaves de sus puertas;
y por única vez sobrecogido,
solo entre tus legiones te sentiste.
¡Cuánto silencio! Tú buscabas ruído...
¡Y entraste a la ciudad pálido y triste,
como quien entra al seno del Olvido!

Siniestra llamarada,
alargando su lengua amenazante,
serpenteó como trágica bandera:
y, por el septentrión abanicada,
creció... creció... creció como un gigante
envuelto en una túnica de hoguera.
Mano enemiga destruyó tu intento
sepultándolo en llamas; y así en ruinas
todas tus ambiciones peregrinas
fueron cenizas que arrojaste al viento...

Cuando en la oscura noche sorprendido
tu viste entre las llamas en un salto
quizás te imaginaste haber caído
al fondo del infierno desde lo alto;
y compartiendo con Satán el trono
sentiste que corrías por las salas
donde perpetuamente arde el encono,
y que en los hombros te crecían alas...

Despierto a la verdad, fué tan profundo
el dolor que sentiste como un día
el placer de Nerón, mientras veía
arder también la Capital del Mundo.

El fuego te venció. Con tus legiones
volviste por tus pasos; y a manera
de un Moisés extraviado en el desierto,
recorriste las trágicas regiones
del Norte frío, en cuyo rostro muerto
dibujó una sonrisa tu bandera,
que batía sus últimos jirones
al soplo helado de la racha fiera...

La nieve te venció. Solemnemente
hollaste las blanquísimas alfombras,
y arrastraste a tu ejército de frente:
era una negra procesión de sombras
sobre un atrio de mármol transparente...

¡Cómo se proyectaba tu silueta
en el cristal de la bruñida nieve
Cada actitud de tu figura breve,
cada destello de tu espada inquieta
y cada gesto de tu faz altiva
se duplicaban en el ancho espejo
de aquella nieve que saltaba viva
con la palpitación de tu reflejo...

El hambre... El hielo... El buitre pavoroso
y el árbol seco... El viento de la muerte,
silbando entre el silencio del reposo...
La nube replegada como fiera
en asechanza... Soledad inerte...
Limbo de nieve que en el sol espera...
Cuaresma de color que un Dios confía...
La peregrinación de una bandera
entre las brumas de una noche fría...
Allá, un hambriento que devora cruda
la enjuta carne de un corcel que ha muerto;

allá, un ebrio que canta, se desnuda
y se tiende a morir sobre el desierto;
más allá caballero encapotado
rueda de su corcel... y no levanta;
ahí sobre el cadáver de un soldado,
pasa la tropa con segura planta;
aquí, en torno de hoguera, que improvisa
hálitos de calor, fórmase rueda,
y el grupo alegre que prorrumpe en risa
helado y mudo para siempre queda;
y hasta en la carpa donde tú de noche
te refugias como águila entumida,
cuando la aurora desatando el broche
canta en la nieve el salmo de la vida,
¡ah! ¡cuántas veces el calzar la espuela
que iba sembrando estrépito y alarma,
encontrabas helado al centinela
que se moría presentando el arma!...

El incendio y el frío, fuego y nieve,
se conjuraron contra tí; y el grito
que Europa dió bajo aquel golpe aleve
que tantas vidas apagara en breve,
fué a despertar a Dios en lo infinito.
Dios, entonces, pensó que era bastante...
Pero tú en Dios clavaste la mirada;
y seguiste, y seguiste hacia adelante,
cuando más adelante era la Nada...
¿A qué seguirte más? ¡Preciso fuera
que la musa en tus glorias inspirada,
se envolviese también con su bandera
y cambiase su lira con tu espada!

Después de Waterloo, después del día
en que, ansiando el socorro, combatiste
hasta que cuando el sol tocó agonía
entraste al fin en tu agonía triste;
después de Waterloo, quedó en el campo
tu veterana tropa hecha despojos,
que se envolvieron en el tibio lampo

del Sol, que antes de huir... abrió los ojos:
¡ah! ¡tú también, antes de huir..., los viste!
Aquel, de altiva faz, de espalda al suelo,
mira con insolencia hacia la altura,
como quien se resiste
a no ver más el resplandor del cielo
y a perderse en eterna sepultura;
aquel, aun en actitud de guerra,
vuelto contra la Tierra en su agonía,
abre los brazos, porque acaso ansía
entre sus brazos abarcar la Tierra;
ese, mostrando en el desnudo pecho
atravesado acero; abre la boca
con el gesto de un grito; ese otro, hecho
un bulto informe, a modo de una roca
que rodó de la cumbre, amontonado
sobre otro, se retuerce y se disloca
como el remordimiento de un pecado;
éste, sobre un corcel agonizante
que cayera en la fuga, yace herido;
este otro, desplomado hacia adelante,
hunde las manos en el rojo guante
de la encharcada sangre que ha caído...
Allá, una rueda de cañón; más lejos,
otra rueda; más lejos todavía,
una cureña sola... Sables viejos,
mellados en cien épicas batallas;
lanzas; hierros; casacas de soldado:
aquello ante tus ojos parecía
campo invadido por veloz torrente,
que al volver a su cauce ha abandonado
todo lo que arrastraba en su corriente...

Te aprisionó el britano;
y preguntóse luego que de dónde
venido habías por triunfal camino.
—¿De dónde?—se pregunta.
—¡Del oceano!
la voz de la justicia le responde:
—¡Y regrésese al mar, si del mar vino!...

¡Ah! cuando luego en la velera nave
surcaste el mar, hacia la isla aquella
donde la noche del silencio grave
iba a caer al fin sobre tu estrella,
pensaste que hasta el nombre que tenía
la misma nave te auguraba gloria,
desde que a la Quimera venció un día
«Belorofonte»; mas tu suerte fiera
quiso que fueses, contra aquella historia,
devorado esta vez por la Quimera.
En Santa Elena un día
soñaste que una extraña mensajera
una nueva corona te traía:
llegar la viste, envuelta entre la nieve
de la más blanca túnica.—¿Quién era?—
¡La Gloria!—En vano a disfrazar se atreve:
conoces tú su majestuoso paso;
y su rostro adivinas tras el breve
antifaz negro que lo envuelve en raso.
La llamaste hacia ti; y ella, en exceso
de apasionado ardor, besó tu boca,
que sintió palpitar en ese beso
todos los sueños de tu mente loca.
Ansioso de placer, rogaste en vano;
mas te sentiste como nunca fuerte,
y le arrancaste con crispada mano
la máscara del rostro...
¡Era la Muerte!...

¡Después de ti, qué escolta! Emperadores,
guerreros y tribunos los que han sido
guías de pueblos, sólo han sido flores
que sobre tus despojos han crecido;
y eternamente tu imperial bandera
en triunfo flotará sobre el olvido...
Todos, todos aquellos son tus rastros;
todos deben llorarte, a la manera
que en la tumba del Sol lloran los astros.
Hasta después de muerto, levantaste
un trono para ti sobre la Historia:

tu muerte fué tiniebla de contraste
que hizo en la tumba resaltar tu gloria;
y así lanzando un grito de victoria
que siempre un eco encontrará mañana,
hasta después de muerto, conquistaste
la Eternidad de la Conciencia Humana...

## II

## LA INDEPENDENCIA DE AMERICA

*Un mundo libre: el gran acontecimiento del siglo.—Los nietos de Pelayo.—España conquistadora.—La hora de la independencia. — San Martín e Hidalgo. — Bolívar en el Chimborazo.—El delirio de Bolívar.—La última campaña. —Después de Junín.—La cesión del mando hecha por Bolívar a Sucre.—Junta de jefes.—La espada de la Libertad.—El espíritu de Bolívar.—Sucre acosado.—Víspera de la batalla. — La batalla. — La Mar, Miller, Córdoba. — El triunfo.—La sombra de Bolívar.—La bandera nacional.— América a España.*

No canto de rencor ni voz de ira
ha menester la musa de la Iliada:
ella sobre la cúspide se inspira;
y, majestuosa, la cabeza gira,
envolviéndolo todo en su mirada.
¿A qué herir al vencido en su desmayo?
¡Quién la trompa sonó, deje la espada!
¡Quién ansíe irradiar clásica lumbre,
aunque lo hiera fulminante rayo
debe tener serenidad de cumbre!...
No increpa Homero, no apostrofa Ercilla:

ni el griego turba el afligido lloro
del troyano que piensa en lo que ha sido
ni el español intrépido mancilla
al pueblo que hace a los sedientos de oro
beber la muerte en el metal fundido...
Si América venció, fué su victoria
orgullo maternal para la España:
árbol que empieza a dar frutos de gloria
se los debe al torrente que lo baña.
¡Oh musa! vuela en alas del deseo
a la Patria del Cid; abre su historia;
y aprenderás, en su épico heroísmo,
que, después de vencer en el torneo,
quien honra a su rival se honra a sí mismo.

Canta la libertad de un mundo entero
que al desatar los coloniales lazos
no renegó del corazón ibero:
sólo cambió los yugos por los brazos;
y así, al cantar las glorias del acero
que en las faldas vibró del Condorcunca,
cantas la herencia del valor que nunca
desmentirán los nietos de Pelayo,
que de sus padres al seguir la huella
robar supieron de su gloria un rayo.
Si nos dió España corazón bravío,
nuestra gloria mayor también es de ella;
porque va al mar lo que se arroja al río...

Como en el mito en que Hércules membrudo,
que no igualó en vigores ni en deseo
al rebelde Bolívar, sólo pudo
ultimar a sus pies el león nemeo,
blandiendo, cual un arma entre su mano,
las rotas zarpas de la misma fiera,
todo para vencer sería en vano,
si el heroico Bolívar no tuviera
tanta bravura como el león hispano.

¡Culpa del tiempo fué!—clamó Quintana
su belígera trompa resonando,

al ver charcos de sangre americana
bajo los pies del épico Fernando:
la «*virgen inocente*» del poeta
es siempre virgen, pero no inocente;
y si en la libertad soñando inquieta
hasta con sangre salpicó su frente,
necesario le fué. Tal la conquista
y tal la libertad: si en la palestra
sangrienta nube oscureció la vista,
culpa de ellos no fué, ni culpa nuestra.

Tiempo conquistador fué cuando España
surcó otro océano y alcanzó otra tierra.
Si la roca es del mar porque la baña,
la civilización es de la guerra,
,que la envuelve, la empuja y la acompaña.
Justo es que tras ejército bravío
halle el progreso rumbo señalado:
justo es para las tierras de sembrío
soportar los castigos del arado;
y así de la invasión conquistadora
olvídense las bárbaras matanzas,
arreboles de sangre en plena aurora.
Los soldados, que a golpe de peleas
descuajaron el monte abriendo pista,
trajeron en la punta de sus lanzas
como lenguas de fuego las ideas
en el Pentecostés de la Conquista.

¿Cómo pedirle precisión al nauta
que explora los oceanos virginales?
¿Cómo puede tener la plebe incauta
marcados en el orden sus ideales,
cual los sonidos en la fija pauta?

Desatada la ciega muchedumbre
con fe de glorias y ambición de palmas,
tajó las peñas y escaló la cumbre.
El sangriento relámpago era lumbre
única en esa noche de las almas...

Y como era de noche, no podía
brillar el Sol. Las épocas aquellas
desbordáronse en loca fantasía;
y así brotaron en la noche umbría
las ciencias puras y las artes bellas,
no como nace lentamente el día,
sino como aparecen las estrellas...

Ha pasado ese tiempo, el hierro mismo
alzó a la libertad desde el abismo,
y la ungió el óleo del ideal eterno:
el hierro fué el Satán que condenado
cayó al infierno, y desde el mismo Infierno
volvió a salir ya puro y sin pecado.
¡Ah! tras el golpe seco de las mazas
y el vibrante ¡ay! de las espadas rotas,
halló la Libertad las amenazas
y venció *«de derrotas en derrotas:»*
sangre corrió; pero el oceano todo
fuera la más pequeña de las gotas
en el Diluvio Universal del lodo.

Ha pasado ese tiempo. Truene y vibre
la marsellesa varonil del tajo;
que hoy hasta el buey rendido de trabajo
pudiera protestar:—¡Dios me hizo libre!
¿Quiénes son los menguados labradores,
que uncen hoy a los pueblos como bueyes
y abren surcos de rabias y dolores,
en donde en vano sembrarán sus leyes?
No extraña ya que, reventando el broche,
de la misma quizás ley opresora
nazca la Libertad, como la Aurora
de las negras entrañas de la Noche...

Tal América siente
abrirse luminosos horizontes,
una aureola ciñéndole la frente,
un nuevo sol encima de sus montes;
y así, blandiendo vibradora espada,

dando al viento la túnica rasgada
corre, y, aunque la angustia le taladre
el corazón, no se doblega mustia,
porque su angustia es la inefable angustia
que siente una mujer que va a ser madre.

Cuando sonó la hora
de rebelión, un viento huracanado
resopló por las pampas argentinas;
y el ala de la fe libertadora
se abrió a ese viento, en vuelo desatado
que se posó en las cúspides andinas.
A modo de extraviado caminante
para orientar su rumbo en el desierto,
San Martín escuchó sobrecogido,
a lo lejos, el grito retumbante
del huracán, que desde el campo abierto
venía a refugiarse entre su oído.
¿Qué hablaba el huracán?
El lo sabría;
él que empuñando vengativo acero,
ágilmente saltó sobre el caballo...
Luego, a la luz del anunciado día,
partió, corrió, voló como un pampero
con crin de azotes y chispeante callo.
¿A dónde San Martín?
Va contra el río;
y por la orilla del undoso Plata,
encamínase a la alta cordillera,
donde flamea el huracán bravío,
que sobre su cabeza se desata
como un largo girón de ancha bandera.

No en vano ante los ojos inspirados
del argentino audaz, fingen las cumbres
ejércitos también petrificados,
copia de atropelladas muchedumbres,
que alguna vez la cólera del cielo
invasión de graníticos soldados,
que alguna vez la cólera del cielo

detuvo en su soberbia caravana,
para que eternamente sobre el suelo
fueran ejemplo de la especie humana;
y así, desde la cúspide del Ande,
el héroe de la pampa arranca un vuelo
hacia más dilatados horizontes,
porque se siente como nunca grande
ante aquellos ejércitos de montes.

Allá, en el norte, donde antiguo imperio
rodó bajo la planta vencedora
del que para vencer quemó sus naves,
la noche funeral del cautiverio
sabe que va acercándose la aurora
porque ya se oye el canto de las aves...
Hidalgo abierto en cruz sobre su espada
es digno de Jesús en el Calvario;
porque el púlpito fué su barricada
y una cadena su mejor rosario.

El, una vez, en el profundo asilo
del silencio claustral, por la ventana
que daba al campo, cuyo intenso aroma
penetraba a su celda, ve el tranquilo
anuncio de la tímida mañana
que allá, en la vaga lejanía, asoma;
y en un jirón flotante de neblina
ve temblar el perfil de Galileo,
que acercándose a él, con voz de mando
le dice como a Lázaro:—¡Camina!—
Entonces él, con redentor deseo,
se va por esas tierras caminando...

Predica aquí y allá: sus oraciones
entusiasmando van los corazones;
y cuando un día vuelve la mirada,
escoltado se ve por cien legiones:
se envuelve, entonces, en la ucha fiera;
y, señalando el cielo con su espada,

levanta en el Calvario una bandera
sobre el madero de la cruz clavada.

Y Bolívar, de pie, con la aquilina
frente contra los cielos sublevada,
sobre la cumbre del volcán se empina
para ver más allá, para ver luego
lo que habrá de venir, para que en roca
estampado el decálogo de fuego
pueda mostrarlo ante la turba loca,
y desde el Chimborazo escucha el grito
con que clama la América doliente,
interroga después al Infinito
y alza hasta él la pensadora frente...

¡Oh! ¡qué visión ante sus ojos brota,
como un apocalipsis delirante
que va a perderse en la extensión remota!
Al golpe de su pie, mira que rota
la nieve salta en chispas de diamante;
y escucha el hervidor desasosiego
con que rebulle el fondo del abismo,
donde palpita un corazón de fuego
como el que siente palpitar él mismo...
En un delirio, entonces, por sus ojos,
desfilan las homéricas figuras
entrabadas en hórrido combate;
y el héroe en sus coléricos antojos
ve cortas a sus plantas las llanuras
para volar a un golpe de acicate,
bajas las cumbres para ser barrera
de su ímpetu veloz, secos los ríos
para atemorizarlo en su carrera,
humillados los bosques más bravíos
a su paso triunfal, sin que haya nada
que detenga su vuelo hacia el futuro:
sólo delante dél va su mirada,
iluminando el porvenir oscuro.

La eternidad fecúndase: en su seno

palpita como un trueno
el nombre de Bolívar: en su boca
un nuevo grito de victoria estalla,
y del volcán de la horadada roca
se oyen rugir hervores de batalla...

¡Oh qué excelsa visión! ¡oh qué espejismo
de profética luz! ¡El odio ciego
desata un huracán en el abismo;
y el héroe, al ver la tempestad airada,
salta sobre una nube... y clava luego
una estrella en la punta de su espada!

Al descender de las excelsas lumbres,
torna el héroe a la lid. El león hispano
baja también de las andinas cumbres;
y Bolívar audaz tiende la mano.
y lo llama hacia él. Tal la figura
de airoso domador, que en sí confía
y por entre las selvas se aventura,
lleno de majestad y de osadía.
El león sacude su melena al viento;
clava en él su mirada; da en su acento
a la pávida anchura hondos rugidos:
escarba el suelo que a sus pies palpita;
los dientes choca en ásperos crujidos;
hácese atrás cual replegada ola;
y en carrera veloz se precipita,
desenroscando la flexible cola.

Y Bolívar aguárdalo en acecho
cual firme gladiador, la frente erguida,
uno tras otro pie, salido el pecho:
es un titán que en épica apostura
representa la lucha por la vida,
en la perpetuidad de una escultura.

El choque fué. Las manos del coloso
entreabrieron las fauces de la fiera,
que hizo, al lanzar un grito doloroso,

estremecerse la montaña entera.
En vano se esforzó, ya sacudiendo
la cabeza viril, ya revolviendo
el cuerpo sobre el polvo estremecido,
ya dando al aire el formidable estruendo
de un trueno de dolor hecho bramido:
Bolívar la venció. Cayó la fiera
estrangulada entre los férreos lazos
clamando en una nota lastimera;
y sobre su cabeza doblegada
puso un pie el vencedor, cruzó los brazos
y clavó en las alturas la mirada...
La Gloria entonces descendió del Cielo,
a completar el cuadro de la historia:
la cabeza del león, fija en el suelo;
el héroe erguido, con un pie sobre ella;
y sobre el héroe, un beso de la Gloria
palpitando en el centro de una estrella.

¡Oh cabeza de león! Ruidos de bronces
rompieron como voces de martirio
el silencio en olímpico rechazo:
y el héroe creyó entonces,
arrebatado en épico delirio,
que bajo el pie tenía el Chimborazo.

Cuando llegó la hora de agonía,
después que, de Junín en la llanura,
Bolívar vió que, al descender el día,
el Sol de Carlos Quinto se ponía
bajo el imperio de la noche oscura,
el león hispaño en hórrido despecho
precipitóse con veloz carrera
de Ayacucho a través, en donde era
que, dejándole libre un campo estrecho,
desdoblábase en dos la cordillera
cual si hubiese preparado un lecho.

Sucre y La Mar y Córdoba y los tantos
que al redor de Bolívar, como venas.

de un solo corazón, a un tiempo mismo
sentían regocijos y quebrantos,
compartían al par glorias y penas,
se alzaban con Bolívar a la cumbre,
bajaban con Bolívar al abismo,
eran mil rayos y una sola lumbre,
mil héroes a la vez y un heroísmo.

Tal, rodeando a Bolívar, los colosos
que a su hombro llegan, con vivaz empeño
ruéganle que no exponga ante la muerte
el vigor de sus ímpetus gloriosos,
para que alcance a realizar su ensueño
aunque lo quiera combatir la Suerte.
Bolívar pugna por correr al campo
de la encendida lid, tras la victoria;
pero en su mente repentino lampo
le hace pensar:—
¿Qué es más, para la Historia:
la libertad de América o mi gloria?
Si me vencen, América es perdida:
si quedo yo, la salva mi heroísmo...—

¡Y nunca fué en su vida
más grande que venciéndose a sí mismo!

Entonces, desciñéndose la espada,
llama a Sucre: dijérase que escucha
la voz de Aquiles, que en la eterna Ilíada
manda a Patroclo al campo de la lucha...
¡Con qué soberbia majestad la frente
empina por el sol iluminada!
Sucre se acerca a él solemnemente;
y por más que también crecer se siente;
¡con qué modestia inclina la mirada!

La espada de Bolívar no es el arco
que sólo Ulises sostener podía:
con tocar esa espada era bastante,
para que en el espíritu más parco

se incendiase la heroica bizarría
que incendiaba ese espíritu gigante.

Luego un abrazo. El grupo se estremece.
—¡Gloria!—grita una voz atronadora.
Sucre sonríe, se transforma, crece;
Bolívar se deslumbra, queda ciego,
y de sus ojos de águila avizora
se desprenden dos lágrimas de fuego
en que se cuaja el llanto de la aurora...

Desde el umbral de su entornada puerta
vió después alejarse aquella tropa,
que fué a perderse en la extensión desierta;
y sintió no la cólera de Aquiles
que rebasa en espumas de la copa
por más que rompe la vibrante lanza,
sino la luz de todos sus abriles
floreciendo en un rayo de esperanza:
indomable, sereno, majestuoso,
miró el desfile de su hueste fiera,
que envuelta en las miradas del coloso
iba haciéndole adiós con su bandera.

El también, como Aquiles, aunque ausente
en tantas luchas de la Iliada, llena
con su espíritu todos los vacíos:
se le oye, se le palpa, se le siente,
se le ve dominar el ancha arena,
porque ese héroe es la cúspide serena
de que nacen los otros como ríos...

¡Ah! Cuando Sucre, que delante mira
el león hispano, en noche desvelada
entre la sombra sin querer se inspira
y la pupila visionaria gira,
mientras oprime la sonante espada,
oye una voz que le habla misteriosa
y abisma entre lo oscuro la mirada:
ni un fulgor, ni un perfil, ni una apariencia.

Todo en profunda soledad reposa;
¡porque la voz que le habla es la conciencia!

¿Y qué le dice la conciencia?—¡Lucha!
¿Y ha de luchar contra el rival hispano
doblemente mayor que le amenaza?
Sí, luchará; porque la voz que escucha
no puede hablarle al corazón en vano,
que ello sería desmentir su raza...

Sísifo, con la roca sobre el hombro,
inclinando la frente: tal fingía
el viejo Capitán, mudo de asombro
y pensativo, entre la noche umbría,
doblando la cabeza bajo el peso
de la idea que en él se estremecía.
No después como Sífico flaquea
y de exceso en exceso
en vano pugna por cantar victoria,
sino que con la roca de su idea
llega a la misma cumbre de la Gloria.

Cuando, al saludo de la alegre diana
con que claman tambores y metales,
ve Sucre el resplandor de la mañana
desgarrando las sombras funerales,
antójase de ver cómo, al derroche
de sus fuerzas, las fuerzas coloniales
han de ceder, cual cede en sus desmayos
la más espesa sombra de la noche
al más tímido y suave de los rayos...

¿Cómo cantar después, el elocuente
abrazo en que oprimiéronse los pechos
aquellos generosos adalides;
caballeresco abrazo en que se siente
palpitar ya la fe de los derechos,
ya la altivez de los heroicos Cides?

Ahí se alcanzó a ver a dos hermanos,
estrecharse las manos,

arrojando a sus pies armas rivales;
y después, cual gentiles caballeros,
recoger nuevamente sus aceros
y pugnar otra vez por sus ideales.

Del uno y otro bando escapa luego
tempestuoso clamor. Desata el fuego
siempre entre los hálitos de bruma
que tiemblan bajo el Sol; cunden los sones;
se empenachan con humo los cañones;
los cercelés salpícanse de espumas;
y los parches en golpes redoblados
palpitan como grandes corazones...
Aquí y hallá revuélvense soldados,
hierros que vibran, gritos de amenaza,
vítores resonantes; y entre aquello,
como la voz eterna de la raza,
habla Sucre. En sus ojos un destello;
en su diestra la espada fulgurante:
sobre el alto caballo se endereza
en los estribos; y épico y gigante,
echa hacia atrás la varonil cabeza
y grita así:—«¡Soldados!
De los esfuerzos de hoy pende la suerte
de la América entera!»—
Y fué bastante,
para que esos heroicos esforzados
vieran que tras de Sucre iba la Muerte,
pero la Libertad iba delante!

¿A qué seguir del uno y otro bando
el empuje viril? En vano fuera
que la musa quisiera
luchar también, pero luchar cantando,
y hacer de cada estrofa una bandera.

Ahí La Mar, que en Zaragoza pudo
seguir de Palafox la clara huella
cayendo sobre el bronce de su escudo,
supo llegar a Sol si antes fué estrella;

ahí Miller, rompiendo en una ola
y dando al suelo los vibrantes callos,
desató en la llanura inmensa y sola,
el crinado huracán de sus caballos;
ahí Córdoba, irguiéndose gigante,
díjole a sus soldados, que entre el fuego
se lanzaron con ánimo triunfante:
—¡Armas a discreción!—Y gritó luego:
—¡Paso de vencedores: y adelante!—
Ahí se oye una voz, que desde lo alto
entre el ancho clamor dijo:—¡Victoria!—
Bolívar fué, que en atrevido salto
desgarró al fin el velo de la ausencia
y, fecundando el alma de la gloria,
envolvióse en la voz de la conciencia;
ahí vió Sucre, entre los humos densos,
que eran como los clásicos inciensos
quemados en los épicos altares,
a Bolívar también, que sobre el carro
atravesó por el sangriento barro
hacia las altas cumbres tutelares,
sacudiendo en la diestra,
al remontarse a las celestes salas,
con un vuelo triunfal en la palestra
cinco banderas como cinco alas.

Luego sobre la cumbre
del Condorcunca, entre la viva lumbre
de aquel heroico Sol, flotó a los vientos
la bandera patriótica del vate,
que en alas de veloces pensamientos
desafía el fragor de ese combate.

Cuando la madre ha muerto,
los hijos guardan con amor el traje
que la envolviera un día,
porque encuentran en él para el desierto
de su dolor idílico paisaje,
dulce oasis de fresca poesía:
así también tras época nefasta,

muerta la Patria en la batalla fiera,
colgada como un traje, hoy en el asta
sólo nos ha quedado una bandera...

¡Oh musa, calla! ¡Oh Patria, te daría
más que halagos de verso, amor de espada;
y yo no te amo a ti porque eres mía,
sino porque eres grande y desgraciada!...

¡Oh madre España! oculta tus enojos;
que odio y maternidad hacen contraste.
No digas que los pueblos que criaste
—cuervos al fin— te sacarán los ojos.
Vence tu noble vanidad: no sea
que tengas que inclinar tu frente altiva;
y que en el cuadro triunfador se vea
sobre la garra muerta el ala viva...

¡Oh vieja España, abuela de naciones,
deja cumplir la ley—la única hermosa—
que hace estallar las rosas en botones
y de cada botón hace otra rosa!
Tú que diste a la América
ejemplo maternal de orgullo siente
de haber cedido tu bravura homérica
a los pueblos de todo un continente.
Quererlos castigar en tus furores
es querer arrancarte las entrañas;
porque esos mismos héroes legendarios
tienen sangre heredada a sus mayores,
de todos sus Quijotes visionarios
y de todos tus Cides campeadores.

¡Oh noble España! Acógeme en tus brazos
y, al compás de mi cántico sonoro,
renueva el nudo de los viejos lazos;
porque un anillo de oro hecho pedazos
ya no es anillo, pero siempre es oro...

## III

## EL TRIUNFO DE LAS CIENCIAS

*El progreso científico: la mayor gloria del Siglo.—El hombre tras de la Verdad.—Idealismo.—Hegel y Krause.—Positivismo: Comte.—Pesimismo: Schopenhauer.—Nietzsche y Tolstoy.—La naturaleza de las cosas.—Laplace.—Faye.—La creación según la Ciencia.—Cuvier evocando el pasado.—Treviraño fijando las leyes biológicas.—Darwin indagando el origen del hombre.—Transformismo.—Spencer.—El hombre ante la Naturaleza.—Psicofisiología.—Bernard y la anatomía.—Anestésicos y el dolor.—Pasteur: células y microbios.—Brown Sequard: la perpetuidad de la vida.—La muerte según la Ciencia.—La conquista de la Química.—La fotografía.—La carta celeste.—El análisis espectral.—Desde el cielo a la Tierra.—La conquista del vapor.—El buque a vapor: Fulton.—La locomotora: Stephenson.—Túneles y canales: Lesseps.—El viaje de la idea: telégrafos.—Luz eléctrica, teléfono y trasmisión de fuerza motriz.—Telégrafo sin alambres.—Edisson: Fonógrafo y Cinematógrafo.—Fotófono y rayos X.—Magnetismo.—El*

La vida es un sistema de ecuaciones,
con incógnitas mil: por donde quiera
problemas debe resolver; y fuera,
desde las más fugaces sensaciones
hasta los pensamientos más profundos,
una red de algebraicas expresiones
resueltas sólo en la mortuoria calma;
si no viniese a redimir los mundos
la salvadora hipótesis del alma.

El quijotesco afán que el hombre siente,
corriendo en pos de la Verdad, flaquea;
porque para el Quijote de la idea
la Verdad—espejismo de la muerte—
es como una imposible Dulcinea.
La Verdad es la X del Destino,
en que se va a estrellar con un rebote
la lanza de este loco peregrino:
el hombre eternamente es un Quijote
y las equis son aspas de molino...

¡Ah! qué triunfo mayor para la vana
naturaleza humana,
que sujetar con músculos de acero
una sola verdad, siquiera una,
como en su negra noche un prisionero
ve en la ventana un rayo de la luna...
Una sola verdad; porque así sola
será en la tempestad del pensamiento,
que trata en vano de dormir en calma,
piadoso auxilio al que arrastró la ola,
cabo de repentino salvamento
para todos los náufragos del alma.

¿Quién es aquel que con cerrados ojos
lo cree todo ver, entre sí mismo?
¿Quién es aquel que ante la más oscura
antinomia de Kant, arde en antojos
de perfilar el clásico idealismo,
que apenas esbozó la Razón Pura?
Hegel—como un Colón que se aventura,
a través de las sombras de un abismo,
persiguiendo una América soñada—
rasga la ola en ímpetu fecundo;
y, entre la diestra la invencible espada,
como el Descubridor del Nuevo Mundo,
doblando la rodilla sobre el lodo,
clama desde su espíritu profundo:
—«¡Lo racional es real!» ¡La idea es todo!

¿Y aquel que entre las redes de un lenguaje
impenetrable al vulgo, a la manera
que entre lo más espeso de un boscaje,
guarece la Verdad como una fiera?
Krause envuelve en su límpida mirada
las más tupidas lobregueces; blande
su hacha contra la selva enmarañada;
y con pie explorador y paso lento,
en pos de la Verdad se siente grande,
armado de su mismo pensamiento.

Luego, ¡qué cacería! Hirsuta y fiera
la Verdad hunde en él los claros ojos;
y él la acomete. La montaña entera
aplaude al vencedor; mas él, que espera
verla viva, sólo halla sus despojos...
Vístete con la piel; y así vestido,
tras la «Unidad del Sér», rompe la austera
frialdad del espíritu dormido:
alza una cumbre; y clava una bandera.

Súbito se oye un grito,
que parte como un hacha el tronco viejo
en que abría sus flores lo infinito;
y entonces la Verdad ya no es un mito,
un prisma de ilusión, sino un espejo.

Comte rompió el ideal, como la nieve
de una cumbre: la cumbre está debajo;
y, antes de resbalar, el que se atreve
a subir hasta ahí, descarga el tajo.
Firmes los pies sobre la misma cumbre,
pero sobre la cumbre verdadera,
ya puede sin cegarse, ver la lumbre
que refracta en la nieve y reverbera.
Cual la nieve también, el idealismo
desprendióse del monte a la pradera
como sudor de pensadora frente:
y lo que estéril en las cumbres era
se hizo fecundidad, y fué torrente...

Sano positivismo el del maestro;
mas ¡ay! después el corazón roído
por el dolor siniestro
y el cerebro tal vez oscurecido
por el denso vapor de sus locuras,
hacen de la materia un Dios caído
más bajo que sus mismas creaturas.

Schopenhauer desata sus corceles,
que en piafante huracán rompen su fila,
hollando los más cándidos vergeles
en carrera que todo lo aniquila;
y la hierba del bien por él tronchada
ya no vuelve a nacer: ¡es un Atila
que azota a Dios en nombre de la Nada!

El mal es positivo: él es la fuente
única de verdad. Quien abre y cierra
los ojos y repara brevemente
en la lid de dos fieras desgarradas,
ya sentirá también cómo se aferra
esa filosofía a sus miradas;
porque en aquella pugna aterradora,
podrá encontrar, como en la humana guerra,
que el mal ahoga el bien, si ha comparado
entre el placer que siente el que devora
y el dolor del que muere devorado.

Y Nietzsche tras de él, como si fuera
el Quijote del mal, va por el mundo,
envuelto en el crespón de su bandera,
predicando exterminio: se dijera
que Luzbel ha salido del profundo
en pos de filosófico renombre,
y, del bíblico Dios a la manera,
ha querido también hacerse hombre...

Pero ¡ah! Tolstoy en épico heroísmo
cruza sobre las crespas tempestades,
enfrenando las iras del abismo,

cual si fuese en el mar de Tiberiades;
y con su barba patriarcal y el ceño
de evangélica paz, entre la insana
noche de tanto horror, busca su leño,
para morir como Jesús risueño
por una Eterna Religión Humana.

¡Cuánta inquietud agita
al hombre en pos de la Verdad Suprema!
Sordo a las voces de la fe bendita,
en vano ansía triunfadoras palmas,
embarcándose audaz en el problema
de la naturaleza de las almas...
Si rompió con las sombras del pasado,
olvide las penumbras misteriosas:
baste a su vanidad haber luchado
con la naturaleza de las cosas.

Ya no Lucrecio en rumbo vacilante
la selva cruzará que está rozada:
hoy el explorador marcha adelante
esparciendo la luz de su mirada.
Así, irguiéndose el hombre, pudo un día
ensanchar su horizonte entre sí mismo:
y él, que nada sabía
del origen del mundo en que vivía,
arrancó sus secretos al abismo.

Compareció Laplace ante el espanto
de la tímida fe: dijo su ciencia;
levantó la Verdad, le arrancó el manto
y la mostró desnuda a la Conciencia.
Faye envolvióse con la misma ola
que sacudió Laplace entre la bruma;
y, al ceñirse ambos con la misma aureola,
uno el ímpetu fué y otro la espuma.

Al principio era el éter animado:
como el éter vibró, la luz se hizo;
y fué la vida. Entonces ¡qué tormenta

la que agitó lo eterno, lo increado,
como hierve entre sueños el hechizo
de una imaginación calenturienta!

Moléculas que en giros
de inquietas mariposas,
se revuelven como alas de suspiros
quemadas en flamantes nebulosas.
Nebulosas que, en torno
girando de sus ejes, siempre esquivas,
envuelven en sus hálitos de horno
evaporadas nubes pensativas;
y en su voluble danza
van rasgando su túnica flotante,
de jirón en jirón, en mil pedazos,
tal como flores a los aires lanza
con sueltas manos rápida bacante,
que por mejor bailar rompe sus lazos...

Así los soles fueron
centros de los planetas que engendraron;
y si en su propia vida los vivieron,
con la luz de su amor los fecundaron.
Los planetas al sol por siempre fijos,
pedazos de su vida palpitante,
te enamoraron como fieles hijos;
y el Sol, girando en ansias fugitivas,
era como una virgen delirante
que se arrancaba las entrañas vivas...

El Sol, como en las clásicas leyendas
Nerón, cuando, cargado de laureles,
entraba a las olímpicas contiendas,
sujetando a la vez las ocho riendas,
era un equitador de ocho corceles...

La Tierra fué. Cual brujo del pasado,
que entre el tumulto de osamentas rotas
abre el gran libro que el misterio encierra,
Cuvier ha proyectado

la luz sobre las épocas remotas,
escritas hoy en páginas de tierra...

¡Que procesión de raros esqueletos,
que el polvo de la muerte han sacudido,
la que va desfilando ante los ojos
del sabio escrutador! ¡Cuántos secretos
se escapan de las tumbas del olvido,
en la resurrección de esos despojos!

Ya no como Jesús ante la fosa
del discípulo muerto: el sabio altivo
se encamina al pasado que reposa:
le dice:—Ven a mí;—rompe la losa;
y lo levanta para siempre vivo...

Fósiles que, en las rocas incrustados,
parecen jeroglíficos sombríos
y teoremas geométricos; perfiles
de árboles en la piedra amortajados,
como líneas geográficas de ríos;
polvillos y cenizas que sutiles
se escurren entre láminas de roca,
cual se ve en el reloj correr la arena;
cavernas que abren desdentada boca,
donde el fresco chischás del agua suena;
y capas sobre capas, en colores
de caprichosa y fugitiva escala:
ya son vetas de zebra, ya fulgores
de meteoro vivaz, ya roces de ala,
ya pinceladas de brioso empuje,
ya arrugas sobre frente pensadora.
¡Oh tumba inmensa, horrible aterradora!
El sabio dice:—¡Ven! Y el fósil cruje,
la piedra se abre y hasta el agua llora...

De pie sobre esa tumba, Trevirano,
con la frente inclinada ¿en qué medita?
Oye la voz no en vano
de la Naturaleza que le grita:

y, entre las osamentas insepultas,
va explorando las leyes más ocultas
con que la vida universal palpita.

¿En dónde está el principio, el fin en dónde,
en las leyes biológicas? Acaso
va saltando una vida que se esconde,
a cada nuevo paso
al través de la gran naturaleza;
y nadie alcanza, en su ambición altiva
y a la luz de su mente exploradora,
decir en dónde a transformarse empieza
la inercia material en masa viva,
la masa viva en alma pensadora.

¡Ah! ¿quién sabe si es sólo un organismo
el Universo, inmóvil en esencia,
y que, aunque de apariencia en apariencia
transformándose va, siempre es el mismo,
y quién sabe si Dios es su conciencia?

¡Cuánto organismo bulle en una gota
de agua, de sangre, de sudor, de llanto!
¡Cuánta grandeza flota
en una pequeñez! ¡Oh Vida, cuánto
se multiplica tu inmortal reflejo
que en cada gota de agua reverbera,
como una eucaristía del espejo
que en mil pedazos te retrata entera!

¡Dentro de cada vida hay tantas vidas!
¿Ni quién podría refrenar la ola
que en otras nuevas olas se convierte?
Las chispas de una hoguera desprendidas
hogueras pueden ser: cada corola
en un bosque tal vez; y de esta suerte,
la vida universal es una sola.

Si hay seres que reposan miles de años,
razas muertas y especies olvidadas,

¡ah! también vencerán en lo futuro
otros seres extraños,
razas fuertes y especies no soñadas,
que surgirán desde el abismo oscuro
quizás de un nuevo sol a las miradas...
Eterna evolución, que marcha lenta,
sin despertar en su profundo sueño
al germen secular, hace de un grano
una montaña enorme que se asienta
en los abismos, de un embrión pequeño
un banco de coral en el océano,
de una flor otro flor y así un boscaje,
de una luz otra luz y así una aurora,
de un gusano de seda un amplio traje
para la desnudez más tentadora;
y cual la griega en su labor de araña,
va tejiendo las vidas a su modo,
porque, del corazón a la montaña,
todo varía y se transforma todo...

¡Ah! mientras la materia se transforme,
salud al sabio enorme
que eterno brillo como el sol derrama;
¡salud a Darwin, que en probar se empeña
y a la asombrada muchedumbre enseña
que todo cuanto vive, piensa y ama!

El hombre, cual torrente que quisiera
saltar de la ribera,
imponer sueña su grandeza vana,
y tú, viejo titán de los combates,
al solo beso de tu libro abates
todo el orgullo de la especie humana.

La Igualdad que en la cruz tiene los brazos
y el tiránico yugo hace pedazos,
halla viva expresión en tu palabra;
y así a la vez que nos arrojas lodo,
lo purificas; sin quererlo todo,
porque el hierro que lucha también labra.

¡Oh Darwin, duerme en paz sobre tu idea;
que, a pesar de su orgullo, tu enemigo
eternamente llevará consigo
la propia humillación de su raleal...

Spéncer con amplísima mirada
sigue al hombre en su rumbo de progreso;
y el hombre se une al hombre: el trazo mismo
de eterna evolución, que de la nada
hizo surgir al hombre, deja impreso
en cada sociedad un transformismo.
La sociedad evoluciona a modo
de viviente organismo;
y en su marcha veloz respeta al fuerte,
amortajando en lodo
a la debilidad que infunde en todo
sus contagiosos hálitos de muerte.

¡Oh la filosofía
de la Naturaleza!
El hombre, que es ensayo todavía
de algo mejor, delira en su grandeza
entre una atormentada fantasía:
cinco sentidos tiene y atesora
cinco modos de sér; pero ¿quién sabe
si la Naturaleza soñadora
entre esas cinco cárceles no cabe!
¡Cuánto habrá más allá de los sentidos!
¡Cuántos mundos le son desconocidos
al hombre, que, encerrado tras la reja
de cinco hierros se revuelve en vano!
¡Cuánto dolor o cuánto gozo deja
de impresionar al corazón humano!

¡Cuánta sombra oscurece la conciencia!
¡Cuánto misterio tiembla en cada paso!
¡Cuánta existencia mézclase al acaso
con la humana existencia!
¡Cuánto suena, en la voz de otras edades,
la voz que pone sobre toda ciencia
la eterna vanidad de vanidades!...

Todavía las cinco sensaciones
incompletas le son al ser humano;
porque al sobrepasar las vibraciones
que lo impresiona, su poder es vano.
Lo que es oscuridad para los ojos
del hombre, es viva luz para el gusano:
lo que es silencio para él profundo
es formidable tempestad de enojos
tal vez para la hormiga. ¡Así es el mundo!

¡Cómo se engaña el hombre que en sí fía!
Cree que mira un astro, allá, a lo lejos;
y el astro ha muerto en la región sombría
cuando llegan al hombre sus reflejos.
Cree que escucha un trueno, allá, en la altura;
y el trueno para siempre se ha callado,
y es el eco el que corre por la anchura.
El Presente en el hombre es ya Pasado.

¿Qué razón no adivina
que el silencio está sólo en el oído
y la sombra está sólo en la retina?
¡Ah! ¡todo es vibración: luz o sonido!

También el hombre encierra
dentro de sí misteriosos semejantes
a los que halla en su paso por la Tierra:
microcosmos al fin, une el abismo
con la cumbre y la cumbre con el cielo.
¡Cuánto anhelo a la vez vibra en su anhelo!
¡Cuánto organismo alienta en su organismo!
¡Cuánta profundidad y cuánto vuelo
se encierra en el *Conócete a ti mismo!*

Bernard con su escalpelo
va rasgando el misterio de la vida,
sobre el mudo despojo de la muerte;
y arranca con la mano estremecida
fibra tras fibra el músculo más fuerte,
traza en la piel geográficos perfiles,

lamina el corazón, abre las venas,
se extravía en los nervios más sutiles,
y persigue la vida en las entrañas,
como un minero que con manos llenas
va robándole su oro a las montañas.

Y como en el cadáver, ya el acero
rasga las carnes en el cuerpo vivo
sin que salte el dolor. Sueño profundo,
con la inmovilidad del postrimero,
suele aplacar el nervio sensitivo,
apagando el sollozo gemebundo:
y así del anestésico, que aduerme
los dolores, el hálito de sueño,
queda en el vivo la materia inerme
y el alma boga en el azul risueño.
Ya no más del herido en el combate
ha de escucharse el ¡ay! cuando la ciencia
le arranca un nervio que se crispa y late,
ya no más el dolor hasta las heces
hará apurar la docta indiferencia;
¡que, como el corazón, también a veces
tiene su caridad la inteligencia!...

El lente de Pasteur triunfa a manera
de un ojo de titán. Es ley suicida
que la vida se nutra con la vida:
y así entre cada sér, otro hay que espera,
para poder vivir, que aquel se muera.
Células y microbios en batalla
perpetuamente están. ¡Qué sabio Homero
cantaría esa cólera que estalla
como en las epopeyas del acero!
¡Qué poema ensalzara el heroísmo
con que pugna la célula, ante el fuerte
ímpetu del microbio,—alma de abismo!
¡Qué Iliada más excelsa que la Iliada
en que luchan la Vida con la Muerte,
el Sér con el No Sér, Dios con la Nada!...

Empedernido soñador a veces
a fuerza de soñar realiza el sueño.
Si Brown Sequard soñó, ¡loado sea!
Tras de apurar la copa hasta las heces
nuevamente llenarla. ¡Oh noble empeño
de darle a todo eternidad de idea!
El arrancó su jugo misterioso
al árbol del amor; él atrevido
quiso robar con mano de coloso
el fuego de los dioses, a manera
de inmortal Prometeo; él ha querido
darle a la débil condición humana
perpetua juventud de primavera,
como un Sol que detiene su carrera
y eterniza la luz de la mañana...

Mas ¿qué importa morir? Todo se mueve,
todo es sonido y luz, todo palpita;
y justo es que la vida se renueve
en la escala del sér, que es infinita.
La nube que saliera del oceano,
vuelve en agua al oceano cuando muere;
y otra vez se hace nube: así lo humano.
El hombre ya no tiembla temeroso
ante la tumba: la Verdad es fuerte.
¡Así como no hay sombra, ni reposo,
ni silencio jamás, tampoco hay muerte!...

Buscando otro camino
para las viejas Indias orientales,
Colón, que va con ímpetu fecundo
desgarrando la noche del Destino,
ve de pronto las costas virginales
no de las Indias ya, sino de un mundo.
Tal la sabia ambición, que laboriosa
la química descubre milagrosa,
ensayar supo, en el crisol ardiente,
piedra filosofal que buscó en vano,
que es la Ciencia un nuevo continente
donde se ensancha el horizonte humano.

Ella ha arrancado de la muerte fría
nuevo calor vital. Ella ha rehecho
el despojo, ha avivado la conciencia,
que extenuada de fósforo yacía,
ha infundido el oxígeno en el pecho,
ha vuelto a su color la transparencia
de la anémica faz, ha enriquecido
de albúmina las venas de la hermosa
y de hierro los músculos del fuerte;
porque ella el hada redentora ha sido,
que de cada hojarasca hace una rosa
y una resurrección de cada muerte.

Transformándolo todo, a la manera
de aquella vara de Moisés que un día
arrancó el agua de la estéril roca
sabe también, como la luz ligera,
fugaz, sutil sobre una plancha fría
reproducir el Sol que reverbera...

La imágen que escapaba a la más leve
etérea vibración, hoy ya perdura:
una sola mirada que se atreve
roba la luz de la celeste altura.

El fotógrafo encierra,
de su mirada, bajo el amplio vuelo,
todas las pequeñeces en la Tierra
y todas las grandezas en el cielo...

Como un mendigo, que a mirar alcanza
desde un triste rincón festón de gloria,
y una mirada codiciosa lanza
sobre lo que no tiene otra esperanza
que la de conservarlo en la memoria,
el hombre, aquí, en la Tierra, estudia y sabe
lo que hay en cada estrella: él la analiza;
y en su análisis cabe
sol o luna, la hoguera o la ceniza.
Engreído tal vez cree ser dueño

de cuanto analizó; mas ¡ay! su sueño
se disipa también, al dar un paso
y encontrarse sin pan y sin abrigo.
¡Vanidad de rincón! ¡Como si acaso
el dueño del festín fuese el mendigo!...

Si el hombre con la luz la imagen fija,
con el fuego desata el movimiento,
ya que alado vapor vuelos le presta.
No la rienda será la que dirija
el carro tronador, que a paso lento
lleva un corcel por la empinada cuesta,
sino el férreo engranaje, que si mueve
la veloz rueda sobre el riel segura,
hace el carro subir con vuelo breve,
en un suspiro de humo, hasta la altura.
La nave en él ha de seguir confiada,
No dando al viento la insegura vela
sino al golpe de su hélice que airada
con alas de vapor rápida vuela:
si antes era la estela una sencilla
rúbrica de la quilla, hoy es la quilla
la que se mueve a impulsos de la estela...
La roca de los montes, traspasada
como un gran corazón por una espada,
abrióse el tren, que en marcha sin demora
voló de un horizonte a otro horizonte;
y fué el túnel. ¡La audaz locomotora
se hizo un arco triunfal de todo un monte!

Lesseps, cual el Moisés que abrió los mares,
para escapar de las infames guerras
en pos de sus ensueños seculares,
no abrió los mares, pero abrió las tierras;
y cuando un día al fin rodó a su peso,
fué el Milón de Crotona, que ya en ruina,
—él, que abrió tantos robles,—quedó preso
entre el partido tronco de una encina...

Túneles y canales, como abiertas
válvulas de vapor, diéronle al hombre

no soñados caminos. Las desiertas
extensiones pobláronse; y el nombre
de Stephenson escrito sobre el llano
fué a reflejarse en altitudes sumas,
y el de Fulton fingió sobre el oceano
la primavera de una flor de espumas...

¡Ah, más rápido viaje el de la Idea!

El vapor se hace humo, el humo luego
nube, la nube al fin relampaguea;
y lo que fuego ha sido es siempre fuego...
Si conquistó el vapor en las entrañas
de las profundas minas donde duerme
el sueño abrumador de las montañas,
que en carbón milenario convertidas
son monumentos de la vida inerme
en que yace el recuerdo de otras vidas,
también el hombre, que atrevido sube,
ya que ahonda atrevido, alzó los ojos
y, como quien le arranca el haz de enojos
al mismo Jove conquistó la nube.

En la electricidad el pensamiento,
por un hilo de alambre, así bucea
con el fondo del líquido elemento
que sobre la cúspide chispea,
escapa por desiertos infecundos,
salta enormes barreras de granito,
rasga los antros en el mar profundos,
vibra en medio de eternas tempestades
y canta con la voz de lo Infinito
el Himno Universal de la Edades.

Por el alambre eléctrico va el alma
en fuga tan veloz, que diera espanto,
si la apariencia con disfraz de calma
de la materia no ocultase tanto.
¡Ah! seguir con los ojos esa fuga,
cual la del mismo rayo, cegaría...

Júpiter fiero el ceño desarruga
al saber que, amansado en la porfía,
su rayo es como un ave mensajera,
que lleva sobre el ala por do quiera
el nuevo anuncio del Futuro Día...

Los postes arrancados a la selva,
esperando quizás que pronto vuelva
la Primavera a remozar sus galas,
son árboles de invierno desvestidos,
donde se oyen también rumores de alas,
choques de beso y vibración de nidos...
Los postes de la selva milenaria
son después centinelas del arcano,
¡mástiles de una flota imaginaria
en que navega el pensamiento humano!

Por el alambre vagan en la anchura
el sonido vivaz, la luz tranquila
y el raudo movimiento. Un día acaso
podrán todas las fuerzas de Natura
correr por el alambre: la pupila
verá brillar un Sol ya sin ocaso;
el tímpano oirá la voz profunda
con que habla el mismo Dios; la débil mano
enfrenará la actividad fecunda
que hierve en el volcán y en el oceano;
y hasta la idea, haciendo a la corriente
cruzar por dos cerebros en un choque,
saltará de la cumbre de una frente
a la profundidad de un alma en bloque...

Mas ¿qué importa el alambre? Ya la ciencia
lo cortó en el telégrafo. El sonido
la luz y el movimiento, en la experiencia
presto habrán de seguir. Tal en un vuelo
rompe su cable el globo retenido;
y, en plena libertad, escapa al cielo...

Edisson, como un buzo, se aventura
con sus redes de alambre; y aprisiona

entre esas redes misteriosas vidas.
El sabe donde está la fuente pura
en que el alma a la vida se eslabona,
dentro de las penumbras escondidas;
y hace del templo su triunfal proscenio:
el sonido y la luz que un tiempo han sido,
evocados al golpe de su genio
pueden ser otra vez luz y sonido.

El fonógrafo lleva hacia el Futuro
la voz con que habla el Siglo. ¡Oh claridades
las que el cinematógrafo en lo oscuro
proyectará a través de las edades!..

Y la luz cantará, porque el oído
sabe ya en el fotófono que el rayo
se desenvuelve en son. ¡Todo está unido!
El rayo X penetra de soslayo
hasta las más compactas solideces,
para fijar la imagen resguardada
en el fondo del sér. ¡Quién sabe, a veces,
donde más se buscó no se halla nada!...

¡Quién sabe si otra fuerza misteriosa
hoy para el hombre inédita reposa!
¡Quién sabe si en el mismo
apenas esbozado magnetismo,
duerme una nueva ciencia milagrosa!
¡Quién sabe si la bíblica serpiente
no ha logrado mentir; y así el Destino,
antes quizás de doblar la frente,
verá, con una póstera mirada,
descender al Espíritu Divino
sobre la Humanidad Transfigurada!...

## IV

## LA ULTIMA VISION

*Examen de conciencia.—El gran poeta del siglo: Víctor Hugo.—El gran pintor: Delacroix.—El gran escultor: Rodín.—El gran músico: Wagner.—Arquitectura.—Arco de la Estrella.—Catedral de Milán.—Puente de New York.—La torre de Eiffel.—Hacia lo porvenir.—Navegaciones aérea y submarina.—La Paz Universal.—Socialismo.—Intelectualidad.—Las madres.—Los niños.—Ciencia y Amor.*

¡Haga la musa examen de conciencia!
Cierro los ojos; y en la sombra oscura
del propió yo, desflorará sus rastros,
como un hondo lago en transparencia
se mira reflejar desde la altura,
la muerta imagen de los vivos astros...

¿Quién es aquel que en la saliente roca,
al dintel de un abismo, así medita,
sentado, con el índice en la boca
y la mirada en el profundo seno,
donde un río veloz se precipita
que va soplando en el clarín de un trueno?
¿Es ángel o demonio? Su mirada
las más espesas sombras desvanece
y en la profundidad se filtra suave.
Es un vidente; y piensa: su arrugada
frente a un golpe de idea se estremece,
como la flor en que se posa el ave...
Víctor Hugo, que ve bajo sus plantas

desatado huracán, rúbrica inmensa
que serpea en la faz de los abismos,
oye la voz de innúmeras gargantas
con que habla el río aquel; y entonces piensa
en el ¡ay de los grandes cataclismos!

¿De dónde el río aquel? Sus turbias aguas,
que van rompiendo en gritos de quebranto,
nacieron en los yunques, en las fraguas,
en los grandes trabajos y en las iras,
hechas con sangre, con sudor, con llanto,
mientras sonaban las celestes liras
al diapasón del amoroso canto...

¡Cómo! ¿No hubo un poeta que ajustara
a su lira la voz del negro río,
en cuya linfa, para siempre clara
desde entonces, el numen se bañara,
libre en su amor, soberbio en su albedrío?
Sólo él rompió los cánones deshechos,
como un titán sus férreas ligaduras,
trepó por los caminos más estrechos
y alcanzó la amplitud de las alturas;
y desde allí, clavando su mirada
en el río que corta la quebrada,
al recorrer las cuerdas de su lira,
se hizo el Homero que cantó la Iliada
de nuestra Libertad,—¡santa mentira!

De súbito, ya en pie, sobre la roca,
tiende la mano; implora al infinito;
y con un dedo que una estrella toca,
deja después, sobre la sombra, escrito
otro nombre:—Igualdad.
Y es porque sabe
que el grito de su pueblo es ese grito,
donde el Sermón de la Montaña cabe;
y porque, desde su ara de granito,
en comunión con las humanas vidas,
piensa que son, cual madres sin entrañas,

los abismos montañas invertidas
que un día surgirán de sus escombros,
ya que en sus curvaturas las montañas
son como abismos encogidos de hombros.

¿Qué ve en el río que contrae el arco
de sus cejas de Júpiter y luego
vibra como una flecha la mirada?
Por ese río de dolor un barco,
tranquilo entre el afán y sordo al ruego,
con la vela de púrpura entregada
a la brisa de lánguido murmullo,
avanza, al golpe de sus remos de oro
que el agua hienden con chasquido lento
mientras tímidas flautas en su arrullo
siguen la eses de un cantar sonoro
que una voz de mujer regala al viento...
¡Son los felices de la vida!
Entonces
el poeta, que siente
clamar al río con fragor de bronces,
aprisiona en sus manos una nube
que ha pasado rozándole la frente;
y, oyendo que hasta él mezclado sube
el ¡ay! del monstruo al canto del querube,
sacude aquella nube épicamente,
porque ansía mirar la blanca mano
de la dama gentil sobre la frente
ensangrentada del Dolor humano...

Salta sobre la barca, en lo profundo;
coge el timón en la segura mano,
y se lanza con ímpetus altivos:
su «Divina Comedia» es de este mundo;
porque sus condenados están vivos.

Aquiles de la estrofa, él con su acero
sabe, desde su púlpito sonante,
a cada golpe quebrantar un yugo...
El Paganismo clásico es Homero;

El Cristianismo redentor es Dante;
y el Pensamiento libre es Víctor Hugo...

¿De quién la mano varonil e inquieta,
que a toque de pincel mancha la albura
de los lienzos y traza los perfiles
de las visiones que soñó el poeta?
¿Qué Víctor Hugo mezcla en la pintura
cielos de libertad, magnos abriles
de floridas leyendas, horizontes
do porvenir, ensueños seculares,
sublevaciones ásperas de montes
y rebeldías de escarpados mares?

Delacroix, frente a frente de la tela,
que se estremece al golpe de su mano,
arroja de las alas con que vuela
el polvo de oro del ideal humano;
y épico y generoso jamás canta,
entre sus sinfonías de colores,
breves idilios, rápidos amores,
porque en tan altos vuelos se levanta
que ve las selvas cual si fuesen flores.

Tal como la Verónica en su lino
estampó el rostro de Jesús, el genio
halló a la Libertad en su camino,
enloquecida, sudorosa y fiera,
que iba a la barricada,—su proscenio:
y la envolvió en su lienzo, a la manera
que se envuelve luchando una heroína
en el amplio girón de una bandera:
la Libertad, que vuela retratada,
hacia un eterno porvenir camina;
¡y va de barricada en barricada,
en el Juicio Final de cada ruina!

¡Qué dulces tonos en el lienzo süave
diseñan al Orfeo, que se inspira
del argonauta en la velera nave;

y que, entre el grito de la lucha recia,
sembrando va con su tricorde lira
las artes de la paz sobre la Grecia!
¡Qué ásperas líneas en el lienzo toma
el fiero Atila que arrojó al desierto
sobre la vieja y decadente Roma:
y que, cruzando en su corcel la Tierra,
hundió las glorias de ese mundo muerto
bajo los huracanes de la guerra!

¡Ah! ¡qué inflamada en saturnal orgía,
se ve sobre otro lienzo, la agonía
con que el gran Sardanápalo protesta
del triunfo de la muerte, porque ansía
morir en medio de su alegre fiesta!
¡Y en qué plácidas tintas se colora
Lázaro que en la tumba resucita,
como la flor al beso de la aurora
y el alma al beso de la fe bendita!

Mas ni el infierno vivo, la matanza,
que en Chíos el pincel copia vibrante,
a las alturas épicas alcanza
como aquel barco en que navega el Dante.

Virgilio, coronado de laureles,
entre una vaga sombra se alza envuelto;
y las iras, que en vano otros pinceles
ensayaron copiar, soplan inflando
el manto al aire sacudido y suelto.
Lago turbio... Cadáveres flotando;
mujeres con el rostro dolorido,
que levantan la frente; hombres que fieros
se hunden, como en el fondo del olvido;
contracciones de gritos lastimeros;
vivas palpitaciones de alarido;
torsos que se levantan en la espuma;
bocas de asombro y espantados ojos;
mortajas desprendidas de la bruma
que va a inflamarse en los infiernos rojos;

y en los bordes del barco, que inclementes
aires arrastran con presteza suma,
músculos que en esfuerzos sobrehumanos
quieren vencer las rápidas corrientes,
brazos cogidos con crispadas manos
y cabezas prendidas con los dientes...

¿Y quién el Dante del cincel, que quiere
mostrarle al Porvenir la copia viva
de nuestro Siglo eternizado en roca?
¡Bajo el pie de Rodín, se dobla y muere
la Forma, que renace y expresiva
es ala en hombro y es clarín en boca!

Hugo del mármol, Delacroix del bronce,
él procura querubes y vestiglos,
todo lo que es vigor y gloria y ciencia...
Se oye a su paso rechinar el gonce
con que gira la puerta de los siglos,
sobre la eternidad de la Conciencia.

Él ha fijado, sobre el mármol frío,
todo el hondo calor con que su genio
va animando el espíritu sombrío
de la escéptica Edad; él en sus brazos,
como actor que recoge en el proscenio
el cadáver de su hija hecha pedazos,
ha oprimido con ansias de cofoso
la palpitante Inteligencia humana,
que de mármol tallada en el reposo
eternamente se alzará mañana;
y así, como un titán que osa en su anhelo
ir por las rocas escalando el cielo,
él con sus rocas cubrirá horizontes,
a manera del genio del abismo
que va, de cataclismo en cataclismo,
acumulando montes sobre montes...

Aquel tiene la frente doblegada
por la meditación; aquel se empina

con un reto a su Dios en la mirada;
aquel parece un corazón en ruina
que atravesó una espada,
ya que sonríe con amarga angustia
y cruzando los brazos sobre el pecho,
baja la frente pensativa y mustia;
aquel que se retuerce, a la manera
de un moribundo en su candente lecho,
es un alma sin fe, que desespera;
aquel que, con el codo en la rodilla
y con la barba en la cerrada mano,
plega los ojos, porque acaso brilla
dentro de ellos el Sol, es un vidente
que cree ver el Porvenir humano
y en lo futuro revivir se siente;
aquel que, con la boca contraída
suplica un pan al generoso anhelo,
es la perpetua imagen de la Vida
que va implorando una limosna al Cielo;
aquel que, con el índice en el labio
y en actitud mediativa, escucha
una voz misteriosa, ¿es loco o sabio?
y la mujer que una visión evoca,
y se hace Libertad y se hace Lucha,
y se hace redención, ¿es sabia o loca?
Allá, brazos de obreros como troncos
ricos de savias, entre exangües venas
de mujeres hambrientas y ateridas;
allá, naufragios en los mares broncos
de la Revolución, lecho de arenas
y naves entre rocas oprimidas;
aquí, nervios crispados en dolores;
allí, raros ensueños de otras vidas;
acá, explosión de rabias y de amores;
todo vibrando triunfadoras palmas;
porque el genio inmortal con sus cinceles
talló los cuerpos y esculpió las almas...,

¡Ah! si la Antigüedad tuvo poetas
de dominantes vuelos, y pintores

de fúlgidos pinceles, y escultores
de manos sabias a la par que inquietas;
si tuvo a Homero que embocó la trompa,
a Apeles que jugó con los colores,
a Fidias que vistió de egregia pompa
los pentélicos mármoles; si el Dante
rompe después su cántico divino,
Rafael traza sobre el albo lino
vírgenes nuevas con pincel vibrante,
y Miguel Angel vigoroso arranca
la estatua del Profeta al recio choque
de su cincel contra la roca blanca,
que duerme el sueño del intacto bloque,—
no tiene, no, quien su grandeza mida
con la del genio musical que en notas
fija, sobre el eterno pentagrama,
lo que es idea, libertad y vida,
jaulas abiertas y cadenas rotas,
aves que trinan en cualquiera rama.

Wagner revoluciona los sonidos
y abre hacia el porvenir sus regias salas;
él, como un cazador, coge los nidos,
y abre los picos sin herir las alas;
él, como un buzo, explora el oceano,
y en vez de perlas cuando vuelve trae
un puñado de notas en la mano;
él, como un viento desalado, cae
en el abismo de la sombra nueva,
que se estremece con temblor de asombros
sobre las blancas crines de un torrente:
él, cuando escapa hacia la cumbre, lleva
una nube colgada de los hombros
y un oscuro de sol sobre la frente...

Todo cabe en su música. A manera
de una áurea red de prodigiosa araña,
su música retiene prisionera
la mosca de oro de una idea extraña:
él sabe que son ritmos los colores,

y pinta con la música paisajes;
y sus notas perfuman como flores,
y sus notas se anudan como besos,
y sus notas se cogen de los trajes
que al aire baladí vuelan traviésos
en la danza de todos los encajes...

El sabe que los ritmos de la altura
pueden robados ser, y al cielo sube;
y, al descender de la celeste anchura,
prisionera en su red trae una nube;
así, volando desde humilde nido
hasta el trueno colérico y sonoro,
alza en el aire sus castillos de oro;
porque es el arquitecto del sonido.

La Arquitectura, el arte en que se suma
el vigor y la gracia, hecha por manos
de titanes gnomos, es el grito
del mar que, entre sus cóleras de espuma,
osa crisparse con esfuerzos vanos
para llegar de un salto al Infinito...

El Arco de la Estrella es ancho puente,
por cuyo ojo de cíclope en torrente,
¡oh pueblo de París, te precipitas!

El Templo de Milán, con sus derechas
y agudas torres, como un haz de flechas,
es una agrupación de estalacitas...

¡El puente de New York con su serena
y atlética actitud luce sus galas,
como una aparición, a la manera
de un ave colosal que abre las alas!...

Y la Torre de Eiffel, que se levanta
como un penacho de París, a modo
de un pararrayos trágico que espanta
y penetra en la nube desde el lodo,

tres veces colosal, que del Desierto
suma las tres Pirámides, tranquila,
sobre las nieblas pálidas perfila
largo compás apenas entreabierto...

Como una flecha que prepara el vuelo,
como una aguja con imán de altura
que atrae las miradas hacia el Cielo,
faro es la Torre, que en la noche oscura
ha de guiar el generoso anhelo
de la naciente Humanidad futura.

Desde esa Torre zarpará la nave
que con un vuelo majestuoso y grave
se pose un día sobre el nuevo mundo,
mientras del nuevo mundo un submarino
penetrando del mar en lo profundo,
la cruzará tal vez en el camino...

Entonces, cuando en triunfo sobre el viento,
con su máquina eléctrica navegue
el globo entre los cielos y la Tierra,
cuando el buque en el líquido elemento
con insólito empuje al fondo llegue
y rasgue los misterios que él encierra,
será, bajo celeste cataclismo
o entre explosión que salte del abismo,
la Guerra aniquilada por la Guerra,
aunque el afán de lucha sea el mismo,
la Guerra que se lance airada y loca
tendrá que suicidarse en la batalla,
cual submarino que en el fondo choca
o como globo que en el aire estalla...

Y alzándose con ímpetu fecundo,
la Paz, que un vuelo triunfador arranca,
clavará en esa Torre, sobre el mundo,
una bandera universal: ¡la blanca!...

Por esa Torre escalará el obrero
la épica redención.
Quiere justicia:
misericordia no: mientras el fuero
ceda cobardemente a la impudicia;
mientras el criminal logre baratos
títulos de honradez; y el rico pueda
comprar con oro el agua de Pilatos,
y lavarse las manchas de la frente,
para arrojar el agua que le queda
a la cara después de un inocente...
¡Oh Dios de la justicia! ¡oh Dios de acero!
Tiende la mano protectora al pobre,
descarga al rico el golpe justiciero:
¡y que nada nos falte, ni nos sobre!

Desde esa torre mirará el poeta
llegar el Porvenir.
La musa inquieta
sabe que, entre las sombras del futuro,
hierve la aurora del ansiado día,
que ha de imponer el bienestar seguro
no con falsa Igualdad: en Armonía.
Es justo que se lleve arrebatados,
la tempestad de las banderas rojas,
escudos señoriales abollados
y árboles genealógicos sin hojas;
pero es justo también fijar la brida:
¿qué alma no ansía ver, si no está ciega,
más que esta democracia corrompida,
la intelectual aristocracia griega?...

A los pies de esa torre, las esposas,
madres del nuevo Siglo, que entre rosas
arrullarán legiones de querubes,
sienten el porvenir de sus entrañas,
fecundas como el seno de las nubes
y como el corazón de las montañas...

A los pies de esa Torre, las cabezas
de bucles de oro asomarán mañana

dándole entre caricias y ternezas
amor de hogar a la familia humana.

—Niños, venid a mí,—clamaba el Cristo
que amaba el Porvenir.
Niños: ¡yo os amo!
Yo vuestras almas acudir he visto
de Jesús al dulcísimo reclamo;
y en vuestros bucles de oro se adivina
el trigal rubio que dará la harina
del pan y de la hostia. ¡Excelsas palmas
para vosotros, los que dais la Ciencia,
—que es el pan de la humana inteligencia,—
y el Amor,—que es la hostia de las Almas...
Venga desde las cumbres eminentes

y pase, por mi cántico sonoro,
sobre el tropel de las nevadas frentes
el huracán de los cabellos de oro;
¡y a los pies de esa Torre, que en su vuelo
desafía las roncas tempestades,
por obra del Amor, se hará mañana,
sobre la comunión de las Edades,
la Eucaristía de la Especie Humana!...

# EL DERRUMBE

# EL DERRUMBE

(POEMA AMERICANO)

*Al Exmo. Sr. Presidente de la República, Ing. don Eduardo L. de Romaña.*

## PRIMERA PARTE

### I

### El salmo de las cumbres

Allá sobre la cúspide, en el nido
del solitario cóndor, a la hora
en que la oscuridad sube sin ruido
y se ensancha después devoradora
como un bostezo de Luzbel caído,
ruge la tempestad, que, con extrañas
voces, pregona hacia el confín incierto
el secreto arrancado a las montañas
en las apocalipsis del desierto.

Cada monte es un libro: en sus no abiertas
páginas la indomable fantasía
de la Naturaleza, acaso un día
fijó los sueños de las razas muertas;
y biblia así de eterna poesía,
guarda la historia de una extinta lumbre,
de una ilusión que fué de un Dios que ha sido.
¡Cuántas frases abarca el atrevido
acento circunflejo de una cumbre,
solitaria y glacial como el Olvido!

¡Oh raros jeroglíficos de piedra!
¡Oh signos de ortográficos perfiles!
El insolente espíritu se arredra
ante el capricho de la cumbre; y baja
a los abismos hondos y serviles,
donde el sombrío génesis trabaja
del glorioso futuro,
que saldrá a luz intrépido y bravío,
como el planeta en un bostezo oscuro
que dió la boca abierta del Vacío...

Del fondo de los trágicos abismos,
al beso de la tarde, cuando el vago
crepúsculo reparte los bautismos
de su luz a las cumbres elevadas,
cuando el cielo tranquilo como un lago
bebe del sol las últimas miradas,
surgen vestiglos, trasgos, raras aves,
vampiros, que en fantástico derroche
ponen las cuerdas de las notas graves
en el arpa vibrante de la noche.

Vaciándose el abismo al sol que muere,
tras el sacramental abracadabra,
es la boca entreabierta que agua quiere,
sin poder balbucear una palabra...
Logra agua al fin. Cual si Moisés abriera
una senda a su ejército bravío,
súbitamente la montaña entera

se parte en dos, para dar paso al río.
Por entre la montaña, en la espesura
protesta el río con clamor de fraguas:
límpida raya en cabellera oscura,
a veces con la red de la verdura
cubre las desnudeces de sus aguas...

Esos que, sin llorar e indiferentes,
sonríen del dolor que los arredra,
podrían ahí ver que hasta la piedra
sabe también llorar: llora torrentes.

¡Qué glorioso concierto
forman el agua en bravos estertores,
con la voz ronca con que hablara un muerto,
y el trueno, que redobla sus tambores
conjurando las sombras del desierto!...

Luego... la paz.
¡El monte de agrias puntas
que parece afilar su cumbre ufana,
es un titán con las dos manos juntas
en la actitud de una oración cristiana!
¡Las cumbres de sinuosas inflexiones
como oleajes de horrendos cataclismos,
parecen formidables corazones
enterrados de punta en los abismos!
El alto monte que hasta el cielo crece,
de orgullos fieros y ambiciones sumas,
vertiendo agua en los cóncavos, parece
Hércules humillado hilando espumas...

¡Hasta allá... por las cúspides bifrontes,
con pie de acero y corazón de brasa,
irá el tren de lejanos horizontes,
que superpuestos túneles traspasa
como una aguja que cosiera montes!

¡Oh vértigos de altura extraordinarios!
¡Oh qué collar de cumbres se desgrana,

como jibas de enormes dromedarios
en una inamovible caravana!...
Y de noche ¡oh visión la de las cumbres!
La noche bajo el ala abriga estrellas,
sombras de sombras, fugas de vislumbres,
golpes de trueno y tajos de centellas.
¡Allá... sobre esa cumbre que reposa
se ven los astros palpitar con vida,
simulando, en las sombras, la caída
de una inmensa nevada luminosa,
pero perpetuamente suspendida!..

## II

### Corazón de montaña

En el boscaje se desgranan fugas
de cobardes murmullos: ya es el ruido
con que rebulle el lago estremecido,
que contrae su faz llena de arrugas;
ya es el golpe del ala,
que en su palpitación quiebra una hoja,
y sobre el lago de cristal resbala
y en el sonoro líquido se moja;
ya es el runrún de insectos voladores,
que hacen chirriar el élitro vibrante,
que profanan los labios de las flores
y que lucen, rondando, sus amores,
alas de tul y ojillos de diamante;
ya es el crujido de vetusta rama;
ya es la caída de pesado fruto;
ya es el trino de pájaro que clama;
ya es la carrera de indomable bruto,
árbol, que fatigado se derrumba;
piedra del monte, que al abismo rueda;
brisa fugaz, que en la hojarasca zumba,
como un suspiro que se envuelve en seda;

y allá, muy lejos, cual arteria rota,
un manantial que cristalino brota
finge, en sus ecos de vigor escasos,
algo como un copólogo que flota
sobre los bordes de un millón de vasos...

¡O murmullos del bosque! ¡oh voz sagrada
de la Naturaleza! ¡oh queja honda
de fiera agonizante! No, no hay nada
que ensanche más el corazón humano,
que, cuando vibra, el arpa de la fronda
templada al diapasón del oceano.

Quien descubre una voz que lo enamora;
quién, una voz que le recuerde un canto;
quién, una que lo arrulla o que lo implora;
quién, que nunca oró a Dios, oyendo tanto
rumor solemne, se arrodilla... ¡y ora!

Por entre aquella soledad profunda,
cual en exequias de pomposo luto,
avanza un fraile. Un nimbo lo circunda
en medio del fulgor de su delirio;
y envuelve en un jergón su cuerpo enjuto,
como en una bandera de martirio.
Tal vez bajo el jergón, sus carnes muerde
cilicio punzador: mas él resbala,
cual si, apenas tocando el tapiz verde,
bajo de cada pie tuviese un ala...

Encapuchado, en actitud de duelo,
va dejando al pasar borrosas huellas:
en sus ojos de abismo hay luz de cielo
y en su barba senil plata de estrellas.
Parece que algo dice o que algo escucha
disuelto en un rumor... ¿Por qué ve el suelo?...
Al mirarlo, en el fondo, se adivina
en la circunflexión de su capucha
el perfil de una cumbre que camina...

¿A dónde va? ¡Quién sabe! Hasta él lo ignora...
Apoyado en su báculo florido,
va caminando hacia la nueva aurora
adonde tantos, sin volver, han ido.
¿Qué le impulsa? ¡La fe! Cruz redentora
en sus espaldas gravitar parece...
Va a la muerte tal vez; pero él avanza,
porque la fe es un ala que le crece
abierta sobre un viento de esperanza.

El es el noble apóstol de heroísmo,
que se aventura por la virgen selva
cristianizando tribus. Es el mismo
que cien veces entró: quizás no vuelva!
A la vieja montaña adormecida
llega de lejanísima distancia;
y cada vez que al soplo de otra vida
su hábito deja en pos nueva fragancia,
se estremece la selva sorprendida
con la virginidad de la ignorancia...

Parece que la palma triunfadora
dobla sobre él su protector follaje:
es como un alma de dolor que llora
para hacerle con lágrimas un traje.
Y él avanza, y avanza,
como la evocación de una esperanza,
como una sombra de inmortal consuelo,
como un fantasma que en los sueños yerra,
como una viva encarnación del cielo
que con alados pies vaga en la tierra.
Ante él todo se humilla: el bravo espino
se dobla sin vigor; las anchas hojas
tienden alfombra blanda en su camino;
los frutos caen de sus ramas flojas.
Extraño no es que a descansar le brinden
secas flores, que en loco torbellino
danzan al son de músicas bailables;
que hasta las pencas sin querer se rinden,
como trofeos de mellados sables.

De súbito a sus pies se abre una zanja,
por donde prisionero ancho torrente
va sacudiendo su espumosa franja
como se desenrosca una serpiente.
¿A dónde irán los bélicos rebotes
del torrente a estrellarse? Entre el umbrío
boscaje, allá... se miran dos islotes
y alrededor el vórtice de un río.

¡Allá!...
¿Cómo seguir? ¿Cómo el tortuoso
rumbo cortar del ímpetu bravío
con que el torrente va?...
—¡Dios milagroso,
tú que en el Rojo Mar diste a tu gente
paso, dámelo a mí!—clama elocuente
el fraile entre ese funeral reposo;
y alza después hacia el azul la frente,
porque ve que en milagro portentoso
un árbol cae... y le improvisa un puente.

En un claro del monte
donde ponen su cruz cuatro caminos,
se alza la ceiba
Anchísimo horizonte
domina su señor; aun los vecinos
bosques que el río cual plateada boa
separa de esa isla. El rey salvaje
abre las aguas con veloz canoa,
como con una mano abrió el follaje.

La ceiba secular, que desde el suelo
alza en su único brazo amplio ramaje,
dominaba el silencio del paisaje
y parecía amenazar el cielo.

Era capaz en su corteza ingente
de perpetuar los signos de los nombres
de diez tribus de sol; y vanamente
la desearían abrazar tres hombres...

¡Tres hombres!
Se dijera
náufraga nave, que el torrente bronco
hasta ahí trajo, y que se irguió altanera
clavando al cielo su insolente proa...

¡Y a pesar de ello, alrededor del trono,
tres vueltas daba formidable boa!

Cuando desletargada la serpiente
desanille sus fúlgidas escamas
y zigzaguée, a modo de un torrente,
bajo los arcos de copiosas ramas,
elástica, ondulante, entre las hojas,
reflejará del sol las vivas llamas
sobre la verde piel con manchas rojas;
y al ir, en su acrobática destreza,
resbalando veloz por la maleza,
a la manera del destino ciego,
en sus sinuosidades será entonces
como una ese de azufrado fuego
o como un río de viviente bronce...

La copa de la ceiba al golpe vivo
del viento lenguaraz hervía en sones,
como si fuera el arpa de un cautivo
colgada ahí para vibrar canciones;
y alrededor de sus frondosas galas,
daban rápidas vueltas cien gorriones
como si fuesen un collar con alas...

Aquella tarde en la sinuosa orilla
del río, un grupo alegre de salvajes,
después que el agua con cortante quilla
abrieron al volver de otros boscajes,
rodeaba el fuego de voraz hoguera,
donde se chamuscaban los plumajes
y dorábase el lustre de la escama:
la sangre que caía un charco era
y el reflejo incendiario de la llama
daba a los rostros expresión más fiera.

Ciñen los indios el collar de dientes,
cubren su desnudez con piel de pumas;
y al agrupar sus coronadas frentes
forman espeso matorral de plumas.

Apartado uno de ellos con desvío
ve correr, lleno de tristezas sumas,
la ese melancólica del río
que dibuja a sus pies oes de espumas...

¿Quién es él? ¿Y en qué piensa?
Se adivina
en su actitud el dominante sello.
Es el rey de la tribu; y de su cuello
pende la triple hilera: en su felina
mirada fulge varonil destello.
Cual Luzbel en la fábula divina,
a un tiempo mismo es repelente y bello...

¡Ah! sus flechas, que en hierbas misteriosas
sabe él envenenar, le abren camino
de triunfo al porvenir. Cual mariposas
sobre un cáliz de miel, enjambres de oro
son los ensueños de feliz destino
que en círculos de luz le forman coro.
Su ambición es vencer en la porfía;
y hasta ensanchar querría
las selvas mismas a su empuje estrechas,
para tener entre su mano un día
todas las tribus como un haz de flechas...

Tal es él y tal piensa.
Repentino,
en la contraria orilla un rumor llama
oídos de atención. Mézclase el trino
del sorprendido pájaro que fuga,
el doliente crujido de la rama,
el frote de la hoja con la hoja
como desdoble de sedosa arruga;
y, al inflamado beso

que imprime en cada faz la llama roja,
el grupo de salavjes ve sorpreso,
cual si fuese relieve
ó cuadro vivo sobre el bosque impreso,
un capuchón, un rostro de blancura
y una barba de nieve,
desgarrando el telón de la espesura.

El salvaje cacique abre los ojos
de asombro ante esa faz nunca soñada;
y el fraile, dulcemente, sin enojos,
lo circunda en la luz de su mirada.
Se ven... El grupo que los rostros gira,
observa al fraile, sin que nadie vuelva
los ojos hacia atrás...
¿Quién no se inspira
ante ese cuadro de belleza rara?

¡La ciudad y la selva,
que se están contemplando cara a cara!...

## III

### El hogar del colono

En los ásperos pies de las montañas
veíanse, a lo largo del camino,
agrupadas sin tino,
con sus pelucas grises las cabañas;
y árboles enfilados, a manera
de tristes centinelas en derrota,
sacudían al aire una bandera
de hojas marchitas en un asta rota...

Ladra el perro guardián; ladra el torrente,
que también cual mastín encadenado,
de peñón en peñón, rompe su frente;

flechan las aves con sesgado vuelo
el viento lenguaraz; bala el ganado;
se abren las flores; y palpita el suelo;
todo es fecundidad... ¡Naturaleza
parece que en un ímpetu salvaje,
se desgarrara el traje
para mostrar desnuda su belleza!

El indio sigue...
El fraile que lo guía
lo ha bautizado ya; por eso él quiere
llegar a la ciudad, que de ella un día
tornara de armas y vigores lleno.
La ambición lo llamó con voz de trueno;
pero como él le ha dicho que le espere,
esa misma ambición duerme en su seno.

¡A la ciudad! El áspero salvaje
en breves pasos, tras el fraile en calma,
dejó—sin olvidarlo—su boscaje;
y así, aunque tenga que cambiar de traje,
extraño fuera que cambiase de alma...
Quiere civilizarse, mas no en vano;
porque en las selvas a su empuje estrechas,
podrá luego tener entre su mano
todas las tribus como un haz de flechas.

Un fundo de floridos cafetales
salta a la vista. Al flanco de la casa,
árboles que se yerguen colosales
un bosque forman, que ni el sol traspasa;
finge un nido de cóndores, un nido
ante inmensos barrancos suspendido.
De piedra y polvo sobre informe masa,
la fábrica resalta, construída
en la cresta mortuoria de un derrumbe,
como un penacho de rebelde vida.

Cuida el bosque tal vez que el soplo mismo
del huracán no desbarate y tumbe

la débil casa— erguida ante el abismo,
como presa que en boca de una fiera
lograse, por extraño magnetismo,
que cerrarse la boca no pudiera...
Los árboles confusos y perplejos
vierten la sombra de sus copas llenas
con voluptuosa paz: vistos de lejos,
recuerdan las fantásticas melenas
de los bardos románticos y viejos...

Coronando la casa, desde lo alto
brinca un chorro de plata reluciente,
que esforzándose va, de salto en salto,
hasta romperse en su peñón la frente;
y entonces cede al poderoso aliento
del ábrego que sopla en el barranco,
y se esparce en mil gotas como un blanco
velo de novia desplegado al viento...
Entre la convulsión de la cascada
que como un león sacude su melena,
finge al caer la espuma ensortijada
los grumos de una barba nazarena...

Luego da en tres monstruosos escalones
tres grandes saltos con presteza suma.
Se hace una catarata que entre espuma
retiembla con nerviosas convulsiones,
protesta con rugidos iracundos;
y del tercer peñón se desbarranca,
rodando destrenzada en los profundos
como una hermosa cabellera blanca...

Y ahí, en el fondo, henchido de clamores
pasa el río veloz, que se creería
la tropa de centauros trotadores
fugando a escape por la selva umbría:
despláyase de pronto; y desplayado,
de las espumas con la inmensa mancha,
rebramando al mirarse acorralado,
es una piel de tigre abierta y ancha...

Finge, cubierto de espumosos velos
peinados süavemente por las brisas,
un charco que ensortija sus hoyuelos
como una enorme cara de sonrisas...

Anhelando que al fin se desenvuelva
su copioso caudal, el río apura
el amor que le brinda la espesura:
tras la feroz lujuria de la selva,
la voluptuosidad de la llanura...

Y al ver cruzar el río
en zigzag sin reposo ni desmayo,
ciego como el furor que lo arrebata,
no se sabe si Dios al bosque umbrío
ha querido tajarlo con un rayo
o estamparla una rúbrica de plata.

La selva secular, cortada a trechos
por llanuras bravísimas, parece
nodriza exuberante que apetece
abrir las ropas y enseñar los pechos.

En las llanuras de apretada hierba
son los árboles tétrico presagio,
cual desertores de una lucha acerba,
o cual mástiles rotos de un naufragio;
y al fondo de las ásperas quebradas,
árboles tristes de un Edén perdido
parecen unas naves encalladas
de mástiles que hubieran florecido...

Es el naufragio de la selva.
Luego
sigue la selva en su marcial conquista:
como quien mira el sol se queda ciego
por un instante, sin perder la vista.
Y en brusca exaltación, Naturaleza
congestiona de pronto la espesura:

es la selva que saca la cabeza
después de zambullirse en la llanura...

La casa de la hacienda está de frente
al río y a la selva. De este modo,
el fondo, aprisionando con un puente
la otra ribera, lo aprisiona todo.
Nada importa que salten a pedazos
los montes en horrendos cataclismos...

¡El puente salvador se abre de brazos
y hace la redención de los abismos!

## IV

### Flor de las selvas

El hogar del colono envejecido,
rico es en juventud; porque en su seno
una blanca paloma tegió el nido:
hija del viudo labrador, es bella
entre su ingenuidad, como una estrella
que entre un lago sereno
refleja su fulgor.
¡Silencio! Es ella...

. . . . . .

Pálida joven de mirada triste,
¿por qué suspiras y los ojos pones
en el lejano azul? ¿Dónde aprendiste
a hilar estrellas y a tejer visiones?

Parece que en tus dedos una estrella
desfleca su fulgor; tú en cada giro
vas retorciendo, con los flecos de ella,
hilos de llanto y sedas de suspiro...

Mientras tiembla la luz de tus miradas
en la fulguración de tus antojos,
como dos cuentas negras ensartadas
en un hilo de luz, lloran tus ojos...

¡Cómo divagan las azules venas
sobre la hostia de tu blanca frente,
a modo de relámpagos que apenas
pasan sobre un crepúsculo doliente!

¡Cómo se agitan tus intactos senos,
cuando comienzan a danzar los truenos
cómo solloza tu gentil garganta,
y la tierra a temblar bajo tu planta!
¿Quién heló tus ensueños? Tus dolores
son como prematuras agonías;
tus suspiros son hálitos de flores
que mueren antes de contar los días...

Con tu aureola de místicos engaños,
pareces una mártir dolorida,
que ha apurado en un sorbo de veinte años
todas las amarguras de la vida.
¡Ah! ¿qué ojos no verán sobre tus ojos
la visión de un amado? ¿Y es porque amas
por lo que vas quedándote en despojos
y arrojando las flores de tus ramas?

Novia eres ya. Por eso te entristece
del bien amado la fatal ausencia;
pero allá, lejos, tu recuerdo crece
como una ola de angustia en su conciencia.

. . . . . .

¡Silencio! Es ella...
...Mas ¿por qué en su duelo?
¿por qué es la exaltación de su anatema,
cuando el amor es como el sol del cielo
que nos alumbra, pero no nos quema?

No era por el ausente. Ella sufría
porque el anciano labrador no era
gustoso de ese afán.
¡Oh, buen anciano!
¿Olvidas que en el alma hay primavera?
No te opongas en vano
a esa pasión: porque tal vez un día,
cuando tu hija en sus hijos floreciera,
la estufa de un volcán calentaría
tu senectud de helada cordillera.

. . . . . .

Con vacilante paso, estremecida
por una extraña turbación, apenas
sentía circular entre sus venas
lánguidos soplos de expirante vida;
y como una sonámbula, que extraña
y misteriosa fuerza impulsa y mueve,
era una Ofelia de pasión huraña
que cruzaba riendo la montaña
con las risas del sol sobre la nieve...

¿Por qué reía?...
¡Hay en la risa tanto
de misterio y pavor, que el alma helada
que se puede reir de todo un llanto
se horroriza con una carcajada!

¿Por qué reía?...
Espíritu agitado
con todos los pecados del delirio,
con todos los delirios del pecado,
chisporroteaba como un triste cirio
en los altares de su bien amado.
¿Pecado? No. La luz no está prohibida...
Cuando soplan las ráfagas sin brida...
¿cómo su polen negarán las palmas?
¡Las leyes que son almas de la vida
rigen sobre la vida de las almas!

. . . . . .

¡Salve a ti! Tú despiertas los perfumes
dormidos en las cándidas corolas,
y los juntas, compendias y resumes
en la luz de tus pálidas aureolas;
y perfumada así, nítida y pura,
eres sacerdotisa del santuario
de la selva en que impera tu hermosura,
como impera en el ara el incensario.

A ti acuden las aves doloridas,
implorando piedad; a ti las fieras
corren a restregarse sus heridas,
como si el hada de los bosques fueras.

A ti hasta el rayo de cargadas nubes
acude respetuoso y se te humilla...
¡Y, cuando a veces por la cuesta subes,
parece que hasta el monte se arrodilla!

El claro sol, que se sonríe al fondo
de las trémulas aguas cristalinas
cuando asoma pletórico y redondo,
abriendo de la noche las cortinas,

va subiendo y subiendo solamente
con el ansia de verte desde lo alto,
abrasarte en tu ardor, besar tu frente,
robarte al cielo y escapar de un salto...

Todo te ama, y de todo amarte dejas...
¿No ves que el bosque, en ansias infinitas,
se queja de dolor cuando te quejas
y palpita de amor cuando palpitas?

¿No sientes que la brisa cuando sopla,
murmura dulce amor a tus oídos,
con las escalas de esa inmensa copla
que los pájaros cantan en sus nidos?

¿No oyes que el río que flagela el monte
canta amor en su triunfo soberano,
llevando de horizonte en horizonte
el pregón de tu gloria hasta el oceano?

¡Oh, reina flor de la montaña entera,
goza la dicha de esta vida extraña!...
¡Cuánta reina infeliz cambiar quisiera
su mejor capital por tu montaña!...

## V

### De tránsito

En tanto que del fraile recibía
paternal bendición el rudo anciano,
el indio vió de pronto... ¿Qué vería
que el haz de flechas retembló en su mano?

Una mujer. ¡Cuán blanca! parecía
una dulce visión, un sueño vano...

La vió llegar, con asustados ojos.
¿Qué idea, como el cóndor por el cielo,
por su mente cruzó? Bloque de hielo,
ocultando impasible sus antojos
pareció inmóvil un instante. Acaso
percibir creyó el brote de las flores,
que despertaba esa mujer al paso
en este inmenso valle de dolores...
¿Qué soñó? ¿Qué sintió? ¿Quién sabe el mudo
pensamiento veloz de la sorpresa,
cuando se esfuerza por romper el nudo
que la voz ata en la garganta opresa?
¡Recordó acaso del pasado incierto
un inefable amor que hubo sentido,

sin saber hacia quién, un amor muerto,
muerto antes de nacer, amor dormido,
que ante aquella mujer... salió despierto!

¡Sí! Por las noches, cuando tenue luna
besa las dulces aguas de los lagos,
amortajando la montaña bruna
cual monstruo enorme de contornos vagos:
con el viento que zumba adormecido,
y es cada árbol la lira en que se mece
—por cada nota—un silencioso nido;
el indio—Adán cansado
de los viejos amores de sus Evas—
soñaba en la apoteosis del pecado,
como un encantamiento realizado
con nuevas ansias de ternuras nuevas...

Y una mujer surgía vagamente,
esfumándose en nieblas indecisas,
con una estrella en la preclara frente
como un beso nimbado de sonrisas;
y él, fatigado cazador, tendido
sobre el mismo carcax, entre la estrecha
cueva de su dolor, era un latido,
un ansia, un corazón adolorido,
clavado a un árbol por vibrante flecha.

Inenarrable afán, hora tras hora,
consumió de su espíritu el reposo:
el indio varonil a cada aurora
despertaba más triste y caviloso.
¿Dónde poner la vista que no vea
la imagen misma? El corazón, opreso
saltaba como un leño en la marea;
y como en las palabras cada idea,
en mil suspiros se envolvía un beso...

Suspiraba el espíritu; y entera
la prisión corporal se estremecía,
como jaula que el puma sacudiera,

por devorar la presa que veía
provocándolo acaso desde afuera.

¡Y pensar que ella misma, la que en vano
por las selvas buscó, de pronto ahora
surgía ante su vista un cuerpo humano,
bella como la Eva encantadora
que redimió el espíritu cristiano!

La vió llegar, con asustados ojos:
estupefacto un punto contempló la;
y sintió en sus mejillas los sonrojos
que rompieron en sangre cual la ola
que echa á playa los últimos despojos.

Ensayando una atlética apostura,
en su carcax de flechas apoyado,
era como una clásica figura:
¡el Satán de las selvas asombrado
de encontrar en su infierno un alma pura!

Aquella tarde, en tanto
que el viejo labrador y el fraile austero
platicaban, la tímida doncella,
a la puerta, gozaba del encanto
con que el rojizo resplandor postrero
deja caer estrella tras estrella
como gotas de llanto...

El indio al par se hundía en el alarde
penúltimo del sol, que en su derroche
envolvía los restos de la tarde
en el crespón de la enlutada noche...

Y entonces fué la escena
de extraño simbolismo.

La tarde el bosque de vapor se llena
y su boca de espanto abre el abismo...

Decoración: el cielo arrebolado;
el sol que muere en el confín distante;
el torrente, a los pies, precipitado;
y un picacho que se alza ensangrentado
por los besos del sol, allá, delante.
—¿Ves?—dijo el indio; y señalando al frente,
quedó un instante, pensativo y mudo.

Sobre el picacho aquel resplandeciente,
se erguía un buitre en actitud de enojo,
como blasón de señorial escudo,
encendido de sol, teñido en rojo.

—¿Ves?—repitióle el indio a la doncella,
fija del sol en la postrera lumbre,
—¡Tú eres!—le dijo; y le enseñó una estrella.
—¡Yo soy!—le dijo; y le mostró la cumbre.

Erguido en el picacho, el buitre fiero;
coronado por él, era el picacho
un gigantesco casco de guerrero
con su águila imperial como penacho.

Súbito el cóndor vuela.
El indio alista
su arco, empuña una flecha y se prepara:
fija en el cóndor, con segura vista,
la flecha sobre el arco; y la dispara...

Silba rauda la flecha.
El cóndor grita;
se retuerce febril; resbala herido
entre los nubarrones sempiternos;
y desenvuelve la espiral descrita
por un alma que rueda en los infiernos...

¡Así cayó Luzbel!
Nunca es más bella
la caída de un rey.
Tal en la noche
cruza las sombras desprendida estrella...

Breves momentos, la cabeza airada
y las alas abiertas, hace en vano
de sus esfuerzos el postrer derroche,
retando la actitud con la mirada.

Tal se debate un corazón humano
con una flecha del amor clavada.

Tal la tronchada hélice que flota
rápida gira hasta perder el tino.
¡El cóndor bate en la actitud remota
sus grandes alas, como el aspa rota
que sacude en los aires un molino!

Náufrago de los aires, se agiganta
para sobrenadar; mueve sus remos;
rumbo pone a un cresión que se levanta,
cerca, muy cerca; apura los extremos
del vigor que a los músculos se aferra;
mas, la muerte se aferra a la garganta.

Si también en los aires el abismo
rechaza los cadáveres que encierra,
ahogado el cóndor náufrago, en sí mismo
el peso tiene que lo arroja a tierra.
Cual resignado el cóndor a su suerte,
descuelga la cabeza, abre las alas,
que fingen ser como funéreas galas
las velas de la barca de la Muerte...

Tras la brega tenaz, justo es que ceda:
es entonces el cóndor una barca,
que, con las velas hacia lo alto, rueda
despavorida entre la inmensa charca...
Llega a tierra por fin...
El abanico
de sus rendidas alas de combate
sacude al pie del cazador; se abate;
tira atrás la cabeza; y abre el pico...

El cazador arráncale las plumas:
le servirán en otra flecha acaso
que, hasta alcanzar las altitudes sumas,
para herir a otro cóndor, se abre paso
como un tajo de sol entre las brumas.
La aguda flecha que vibró en el arco
y que clavada está—firme y derecha—
parece un mástil sobre un roto barco;
y el cóndor revolcándose en su charco,
nido de plumas que ensartó una flecha.

En la noche, la virgen temblorosa,
después de recordar la escena extraña
entre el cóndor, la flecha venenosa
y el indio cazador de la montaña,
siéntese dominada de terrores;
y en tanto que al redor todo reposa,
ella duerme soñando en los amores
de un vampiro con una mariposa...

Al primer resplandor de la mañana
que su collar de aljófares desgrana,
vuelve a anudar el varonil salvaje,
tras las huellas del fraile peregrino,
su brevemente interrumpido viaje.

Levantada a los cielos la cabeza,
el indio soñador hace el camino
ensanchando sus ansias de grandeza;
porque ante la vista de un rostro bello,
yergue la faz con dominante sello
y osado plan en sus deseos traza,
enlazando un amor entre su mente
que dos amores en sí mismo enlaza,
como dos razas que juntara un puente
por sobre el río de una nueva raza.

Y allá va, tras el fraile...
En una arruga
de las montuosas faldas desparece...

La sombra en tanto por los cielos fuga,
el sol se asoma y la mañana crece.
Y entre los pliegues de esas mismas faldas
la cumbre circunfleja,
donde el cóndor estuvo, alza su ceja,
clavada ahí como cortante quilla
y a la manera de un titán de espaldas
que ha doblado hasta el cielo una rodilla...

FIN DE LA PRIMERA PARTE

# SEGUNDA PARTE

## I

### La oración de las selvas

No en vano el Dios de los hebreos quiso
prodigar su beatífica ternura
y enriqueció a su humilde criatura
con la felicidad de un paraíso;
porque no es de otra suerte la Natura
de inenarrable amor, de honda ventura,
vibra en las almas el alegre lampo
que sólo da la plenitud del campo.

¡Oh bosque primitivo en cuyas venas
la misma savia del Edén circula!
¡oh selva despeinada, que a los vientos
sacude sus fantásticas melenas,
mientras un río estrepitoso ondula
como un collar de risas y lamentos!...

La noche en la espesura del boscaje
se guarece a dormir como una fiera
que huye del cazador que la vigila;
y, por entre el misterio del follaje,
se asoma de su oscura madriguera
y abre en cada lucero una pupila...

La selva duerme en oración, a modo
del fervoroso monje que en su lecho,
inclina, arrodillado, la cabeza;
y al balbucear una oración por todo,
se duerme con los brazos sobre el pecho;
y, soñando rezar, dormido reza...

¡Oh selva en oración! Le habla la noche
desde el sonoro púlpito de un trueno;
y la selva abre su fragante broche
como una madre que se abriese el seno.

Su voz espanto da, cual si estuviese
enferma de huracán. En su horizonte
el nudo de las sombras se desata;
y un río de furor pone su ese
entre la lobreguez que lo recata,
a modo de una rúbrica de un monte
que abre una fina cicatriz de plata...

Flébil rayo de luna tamizado
lame las hojas de vibrantes filos;
enróscase en el nervio de las ramas;
y en la red del follaje enmarañado
va, con la plata de sus blancos hilos,
bordando los más bellos monogramas.

La nikelada luna se refleja
en minúsculos discos sobre el suelo,
cuando el follaje traspasar la deja;
y deshoja su beso de ternura
sobre la faz de la montaña en duelo,
como una flor sobre una sepultura...

Fulgen súbitamente en la espesura
voladoras luciérnagas, que al vuelo
tarjan de rayos la extensión oscura;
y, bajo el blanco y desceñido velo
de la luna nupcial, son los fulgores
de las más vivas fiestas de diamante,

los fuegos fatuos de las muertas flores
y los insomnios de la cruz errante...

El espeso follaje, suspendido
a la manera de un inmenso nido
que pendiese volcado, hunde misterios,
teje penumbras, desvanece lampos,
y pulsa apocalípticos salterios
cual si fuese la orquesta de los campos.

Ya es fluvial cabellera, que en torrente
cae en nudosas y erizadas greñas,
sobre una roca cual sobre una frente;
ya es ola de pujante marejada,
que ciñe troncos y circunda peñas,
entre el furor de su espumoso encaje,
como una tempestad eternizada
en la gráfica copia de un follaje;
ya es flotante y rasgada vestidura,
con que el capricho del pudor, a veces
cubre la desnudez de la Natura
que suma las más bellas desnudeces;
ya es harapo de sórdido mendigo;
ya es túnica bordada; ya, es bandera
en que se envuelve al viento su enemigo,
como un salvaje en una piel de fiera;
ya es teatral laberinto, que en escalas
de ficción, miente fugitivo acceso
a la altitud de las etéreas salas
sin requerir al golpe de las alas,
cual se alcanza un amor sin dar un beso;
ya es barba de titán, que cae suelta,
como una rica primavera en brote,
a modo de una pompa desenvuelta
sobre la majestad de un sacerdote;
y, en las más varias formas, sin que haya
para tan bravo mar estrecha playa,
se van atropellando los follajes,
con el hervor de espumas con que rueda
un laberinto de fastuosos trajes
en una danza de frufrús de seda:

suspensa, así, la lóbrega espesura
en contracción de nervios se levanta;
y meciéndose al viento que murmura,
cubre el azul de la extensión remota,
como una pesadilla que se espanta
o como una catástrofe que flota...

Allá, un árbol, que se alza retorcido,
hace un gran gesto de dolor, y luego
tiende al azul los brazos suplicantes;
allá, un árbol, abierto como un nido,
que prepara la copa al dulce riego,
salpica su melena con diamantes;
un tronco, más allá, busca el regazo
del musgo, y a los tardos peregrinos
piadoso ofrece improvisado asiento;
acá, un arbusto endeble, como el brazo
de un esqueleto, con sus dedos finos
brinda una flor que se deshace al viento;
más acá un laberinto de zarzales
punza los pies de un árbol corpulento,
que se alza como un genio de locura
y combina las equis colosales
de un molino girando en la espesura
aquí, como ganosos combatientes,
se enroscan dos ramajes a manera
que se envuelven y anidan dos serpientes;
ahí, una formidable enredadera,
estrangula un arbusto entre sus lazos,
y salta a un árbol, y en veloz carrera
va de un árbol en otro, cual si fuera
una mujer que repartiese abrazos:
es un revuelto campo de batalla
en que ruedan los bravos lidiadores,
mientras bélico ardor ruge y estalla,
sacude frutos y deshoja flores;
y entre la confusión de anchas encinas,
vetustos cedros, robles milenarios
y álamos erizados como espinas,
finge la sombra de una iglesia en ruinas
con los más caprichosos campanarios...

Un charco entre el negror de la espesura
como broncínea lámina chispea,
desplegando en un gesto de locura
una arruga de luz que serpentea;
y alrededor de palpitante rayo,
que la perlada luna desvanece
en el temblor de su fugaz desmayo,
tejen su danza insectos voladores,
ebrios con el licor que les ofrece
la copa rebosante de las flores.

Sobre el runrún destácase el chirrido
del élitro que gime: entre el murmullo
de la enjambrada turba, que en su vuelo
desata un espiral, vibra el quejido
de la fiera sonámbula, el arrullo
con que rezonga el pájaro en desvelo,
el gluglú de las aguas en rebote
sobre las asperezas, el ronquido
del reptil mientras duerme, el desconcierto
de voces locas el sedoso frote
de hojas que pasan en un libro abierto,
¡hasta el quejido de la flor en brote
sobre el viento locuaz que habla en desierto!
Improvisto clamor llena la anchura
y sorprende la paz. Antes que vuelva
el Sol audaz a conquistar la altura,
el viento bramador luce sus galas,
cual fiera que sus miembros desentume.
Siempre en la noche abanicó la selva;
y, aprovechando el golpe de sus alas,
le escamoteó tesoros de perfume.
La selva es una flor que, voluptuosa,
en entregarse al viento se recrea;
y el viento es una enorme mariposa,
que en torno de esa flor revolotea
y sobre el cáliz de esa flor se posa.

Prófugo el viento corre, y atropella
cuanto alcanza en su fuga: se diría
que huye espantado de su propia huella;

y con desapacibles alaridos
se confiesa, como alma en agonía,
ladrón de aromas, salteador de nidos...

Las flores abren sus sedientas bocas;
las ramas tiemblan de dolor y frío,
las raíces penetran en las rocas
y se retuercen con angustia; el río
salta como un relámpago inseguro,
que va poniendo pinceladas locas
en el más rembrandesco clarooscuro.

Lejos aúlla dolorida fiera,
cuya trémula voz desgarra el viento,
como fino puñal y a la manera
de un alerta de espanto que corriera
sobre la muda paz de un campamento...
¡Voz de amenaza y de dolor! ¡Bramido
que se apila en el ay de una amargura!
¡Espíritu del bosque hecho sonido!
¡Grito del corazón hecho espesura!

Cerca desata su raudal de notas
lírico ruiseñor, que en su garganta
atesora quimérica fortuna;
y como arroyo que salpica gotas,
desata trinos y saltando canta
serenatas de amor para la luna...

Desvanecida y temerosa llueve
la luna, desde lo alto, su tranquila
luz de inocencia como flor de nieve;
en el azul oscuro las estrellas
cierran y abren nerviosas la pupila,
con timidez de púdicas doncellas;
y a través del follaje más tupido,
los astros, que salpican las montañas,
fingen moscas de plata que han caído
en una tela de monstruosa araña.

La luna cubre la montaña entera
con su beso de mármol: es la urna
que la ceniza funeral espera
del planeta caduco; y se diría
que es ancha copa en que la paz nocturna
mezcla las heces del difunto Día...

La pierrotesca faz del astro muerto
hace un gesto de amor. La selva huraña
se estremece al oir el beso frío,
que cae como nieve en el desierto
y se deshace en un raudal que baña
de azulado pavón follaje y río.

Parece que la Tierra ensimismada,
bajo la siempre hipnótica mirada,
en que la luna pálida acrisola
sus anemias de luz, sueña en la nada
y reza a Dios porque se siente sola;
y es que si una catástrofe en sus brazos
la envuelve un día como inmensa ola,
tal vez, por una irónica fortuna,
condenada esté a dar con sus pedazos
satélites humildes a la luna...

## II

### Amor de fiera

¡Qué raro sueño fué! La virgen pura
soñó que, en medio de la selva oscura,
hórrida fiera le detuvo el paso
y le dijo su amor: ¡sería acaso
el Mal perseguidor de la Hermosura!

Era la tarde. El soplo de la brisa
ensayaba un rumor en los follajes,

desatando las perlas de su risa,
entre las copas de cristal sonoro,
con que, sobre los húmedos paisajes,
brindan las fuentes al danzar en coro.

Cada árbol dominante, al brusco choque
del sol que huía, se casqueaba de oro;
y entre la oscura red de la maleza,
quedaba prisionero el postrer toque
de vacilante luz, como se alcanza
la chispa de una última esperanza...
a ver en la más lóbrega tristeza

Como bostezos de huracán, las iras
resoplaban la selva; y en las ramas
se improvisaban resonantes liras.
Ceñido el sol de púrpura y topacio
consumía las nubes en sus flamas;
y la tarde al fugar por el espacio
iba desenvolviendo panoramas...

Entonces fué: la virgen soñadora,
que en su avarienta falda recogida
flores atesoraba, sorprendida
por el puma se vió. Tal una aurora
halla, a su paso anunciador de vida,
súbito nubarrón que la desdora.

¿Cómo pintar la pávida sorpresa
de la tímida virgen? Los claveles
de su rostro se helaron; y la fresa
de su boca se abrió... para dar mieles;
en sus locuaces ojos puso el miedo
un delirio de sol; y de su falda
cayeron flores al soltar el ruedo,
cual si se deslejiera una guirnalda...

¿Cómo pintar la sórdida alegría
de la bestia feroz? Su gesto era
el que da al rostro el alma placentera:
lamióse presurosa; se sentía

feliz; meneó la desenvuelta cola;
y echóse luego ante la virgen sola,
formando un grupo que el muriente día
envolvió en las sonrisas de una aureola...

El puma que en dibujos y colores
era un mapa en su piel, en su fortuna
lecho florido hallaba. Ella era una
Primavera de carne echando flores...

La fiera habló.
La miel que las abejas
roban de los vergeles no es más pura...
Aquella voz temblando de ternura
prorrumpió así con tonos doloridos:
—¡Quiero vaciar la copa de mis quejas
entre la compasión de tus oídos!

Y ella escuchóle.
—Ahonda la conciencia...
No busques la nobleza en el origen;
búscala en el final de la existencia.

¡Cuántos que enlazan a tu sien la rosa
con el laurel, tu corazón afligen!
Ve; la piel de una fiera es siempre hermosa;
y no hay más falsa piel que la apariencia...
Prestidigitadores
tus ojos son, que escamotean almas;
y si mereces las triunfantes palmas
de la erótica fiebre en el exceso,
sabe que en la gramática de amores
te nombra el canto y te adjetiva el beso.
Que, ¿te ofende mi amor? La ruda escarpa
florida puede ser. Yo en mis dolores
sueño que, a las caricias de mi zarpa,
toda tu carne se me vuelve flores...
Y tu pupila no es, ni tu sonrisa
de mentiroso azúcar, ni el cabello

en que te juega voluptuosa brisa,
ni tu alta sien de fulgurante selio,
lo que las ansias de mi amor inquieta.
Lo que yo amo es el Sol, no es un destello;
no es algo tuyo, sino tú completa.—
...Y la virgen, oyéndola, una mano
abandonó a la fiera enamorada,
que lamiendo y lamiendo, ya que en vano
la quiso hipnotizar con la mirada,
hízola sacudir la pesadilla,
cuando vió con asombro y maravilla
que tenía la mano ensangrentada...

Saltó... Púsose en pie... Rompiendo el broche
los astros en las sombras más oscuras,
allá, en las telescópicas alturas,
eran como argentífero derroche...
Ella abrió la ventana; y la cabeza
hundió, con domadora gentileza,
en la boca de lobo de la noche...
Allá, a lo lejos, la montaña bruna;
y más allá la abrupta cordillera...
Y en tanto que a la vez y por doquiera
comulgaba la sombra hostia de luna,
la virgen miró el cielo... y lanzó un grito,
al ver multiplicado,—tal como era
el derroche estelar en lo infinito,—
los fosfóricos ojos de la fiera...
Después...

Volvió a su lecho; y en su lecho
esa su cabellera enmarañada
era un nido de pájaros, deshecho
sobre el copo de nieve de su almohada.

## III

### ¡Al bosque!

¡Y el sueño era verdad!
Aquel salvaje,
que tras el fraile un día
abandonó las sombras del boscaje
y a la ciudad, con ansias de progreso,
fué a rendir su indomable bizarría,
sólo era un alma alrededor de un beso...
Cuando cubrió su desnudez, y pudo
clavar los ojos con visible espanto
en tanta falsedad y en horror tanto
quiso el traje rasgar y huir desnudo.
La civilización es sólo el manto,
el antifaz, el mentiroso traje;
y así tuvo que ser el desencanto
que sintió el corazón de ese salvaje.
¡Ah! ¿Para qué con torcedora mano
penetrar en la lóbrega conciencia
de nuestra sociedad, y abrir en vano
sus puertas a la luz?
Torpe apariencia
hace soñar ideales y derechos;
y si llega un salvaje en su aventura,
sólo halla moldes al amor estrechos;
y ve que, aunque alardeemos de ternura,
las rocas son más blandas que los pechos...
¡Ay del indio infeliz!
La desventura
halla un símbolo en él...
Hogar sombrío
tenía, en funeral abatimiento,
como guardián el quejumbroso río
y como solo habitador el viento:
desvencijadas puertas, que el gusano
a grandes vetas horadado había;
ventanas cuya hoja el aire vano,
con seco golpe, sin cesar batía;

leproso el muro; la heredad vacía;
el techo roto y el hogar cuarteado,
vestidos de flotantes telarañas...
Esa alma era un hogar abandonado
en medio del dolor de las montañas.
Y así cuando el salvaje
supo que aquella virgen tan hermosa
de otro era ya, que, cuando el padre anciano
murió, la virgen se tornó en esposa,
que pensar en su amor era un ultraje,
¡ah! con crispada y temblorosa mano,
cual se arranca un disfraz, se arrancó el traje.

¡Huyó de la ciudad cual de un delito;
y fué a perderse en la vecina aldea,
en busca de la paz de lo infinito
para las tempestades de su idea...
Mas ¡ay! que al regresar a la cabaña,
lejos de la ciudad y su falsía,
iba a estrellarse en la impresión extraña
de saber que la unión de la doncella
fué bendecida en el altar cristiano
por aquel mismo fraile, que en un día
lo bautizó, le señaló su huella,
le mostró el rumbo del progreso humano
y fué a través de ese dolor su guía...
Ya posible eso fué...
Luego, tranquilo
empezó a razonar.
¿No eran extrañas
esas gentes a él?
Súbito el hilo
de razones cortó. Raza extranjera,
no la de sus montañas,
dueña y señora de este suelo era...
¿Qué título mayor que el de su brío
para resucitar toda una raza?...
Y después de evocar su bosque umbrío,
contempló con pupilas de amenaza
el suelo; y exclamó:
—¡Tú serás mío!

Inútil fuera recordar la calma
para siempre perdida...
¡Y así el derrumbe de aquella alma,
¡Y así sobre el derrumbe de aquella alma
se alzó el penacho de una nueva vida!
Si el simbólico hogar del buen coloso
se alza sobre un derrumbe, él en su huída
tras un ideal de redención se lanza...
Otro amor se alzará sobre su encono
y sobre su dolor otra esperanza.
Allá va...
¿Dónde? ¡Al bosque!
Y ya no en vano;
porque en las selvas a su empuje estrechas,
al grito que dará, verá en su mano
todas las tribus como un haz de flechas...
Allá va...
Cual un último derroche
de sus angustias, llora; pero el suelo
golpea y anda...
Y anda...
Es como un vuelo...
El sol ya ha roto su sangrienta fragua;
y de sus paños húmedos la noche
exprime estrellas como gotas de agua...
Levanta el indio la arrugada frente,
y las estrellas ve... ¡Sobre su duelo,
la noche se extendió piadosamente
como el paño de lágrimas del cielo!

## IV

### Tempestad

En cada nube hay un arcón flotante
que atesora mil joyas de oro y plata,
lluvias de perlas, chispas de diamante:
el Genio de la luz de pie sobre ella,
collares de relámpagos desata
ensartados en lágrimas de estrella.
¡Oh, qué tesoro el del arcón flotante!

Cuando el arcón se vuelca, y de su seno
las mil joyas derrama en el vacío,
la pedrería entre el metal sonoro
rompe a rodar en el fragor de un trueno.
De tiempo en tiempo, con sanguíneos toques,
los rayos—guardadores del tesoro—
sacuden sus finísimos estoques,
que tiemblan en la sombra, gigantesco
como tenazas de una araña de oro...
Cada rayo parece que trazase
jeroglíficos, firmas y arabescos,
sílabas sueltas de una misma frase...
¡Oh qué arpa prodigiosa
la de la Tempestad! Mas no sería
el arpa con que el Rey cantara un día
su cantar de cantares a la Esposa...
Entre los tempestuosos paroxismos,
el ágil rayo, que al vibrar rebota,
se contrae veloz, lanza una nota,
estalla... y se retuerce en los abismos,
como una cuerda que saltara rota.
Esta noche es así.
Palpita el rayo.
Quiebra la tempestad sus luminosas
diademas en la cumbre; y de soslayo,
hace vibrar, con pulsación extraña,
al tacto de sus manos temblorosas
el arpa colosal de la montaña...
Dominante en su púlpito de sombra,
el Huracán predica el exterminio
en alta voz para que Dios lo escuche.
Silba la sierpe en la mullida alfombra;
finge el bosque fantástico dominio
de sueños y de trasgos;
el monte se abre en dos... como un estuche
en minas de oro y plata;
rompe el meteoro sus nerviosos rasgos;
trota el río en enorme cabalgata...
¡Oh qué dantesco horror!
Y ahí extasiados,
testigos son de la inflamada noche

dos ojos en dos ojos reflejados:
¿qué importa el fiero y trágico derroche
para el que sueña de ilusiones beodo?
Canta gloria el amor, vibra sus palmas,
y sueña, y goza, indiferente a todo,
en el mutuo egoísmo de dos almas...
Domador sin desmayo
de cada nube en los oscuros senos,
hace chispear la férula del rayo
por sobre la jauría de las truenos;
y a lo largo de toda esa montaña,
los nubarrones cual visión extraña
se van fijando sobre cada cumbre,
cual si fuesen las tiendas de campaña
de una conquistadora muchedumbre...
La cumbre—atrás—se dobla a la manera
que se dobla la espalda
de un sembrador del campo.
Se dijera
que sobre ella una nube es vaga sombra
de Ofelia, recogiéndose la falda
para cortar sus flores: tal desata
la nube su dolor; y en triste lloro
arroja, entre el afán que la arrebata,
relámpagos cual pétalos de plata
y haces de rayos como espinas de oro...
Húmeda, lacrimosa y plañidera
sopla una racha.
En tanto
ruge el trueno con voz de madriguera;
y se anuncia en la atmósfera de espanto
trás del viento la lluvia, a la manera
que tras de los suspiros viene el llanto.
Llueve... Llueve... Diluvia!
Un rayo, lejos,
ha incendiado la selva: se ilumina
el horizonte en cárdenos reflejos.
¿Quién presa del horor, no se imagina
el elocuente cuadro?
Arden las ramas,

a manera de brazos retorcidos
con desesperación; las rojas flamas
desanudan sus bailes de serpientes,
entre los abanicos sacudidos
del viento labrador; chocan los dientes
de temblorosos pánico...
Diluvia.
Diluvia siempre más; y los torrentes
robustecen su vena con la lluvia...
Hasta que, al fin, la cumbre dominante
estremecióse; y el hogar, que un día
sobre un derrumbe levantó el trabajo,
al golpe del alud crujió un instante,
arrancóse de cuajo,
tal como un corazón se arrancaría,
y fué entre el polvo a sepultarse abajo.
Cuando una nueva tempestad retumbe,
ya en el plácido hogar del buen colono
desatar no podrá su ciego encono:
sólo quedan cimientos escombrados;
y ¡ay! quien abriese el fondo del derrumbe,
hallaría dos cuerpos enlazados...
¡Ah! con qué espanto contempló el salvaje
el derrumbe mortuorio, a la manera
que se mira en la gloria de un paisaje
aparecer de súbito una fiera...
¿Qué pensó? ¿Qué sintió?
Cual sombra extraña
desató rapidísima carrera,
por entre el espesor de la montaña...
Halla de pronto al fraile misionero,
que alzándose en mitad de su sendero
como una aparición díccle el nombre
que le diera su fe.—¡Juan Santos! clama.
Y el indio respondió... No era voz de hombre
sino la de una fiera cuando brama...
—¡Juan Santos ya no soy! ¡Soy Apú-Inca!—
Y echándosele al cuello
lo arroja a tierra: el fraile que se hinca,
sobre esa misma tierra en que ha caído,
pone en sus ojos celestial destello;

pero el indio le grita que él ha sido
quien lo arrancó del bosque, quien lo ha hecho
abandonar por la ciudad su nido,
quien con un falso amor rasgó su pecho,
quien se ha gozado en verlo escarnecido,
quien a su raza arrebató el derecho...
Y la sangre hizo un charco en el boscaje;
y, sobr esu cristal sin transparencia,
reproduzco la faz de aquel salvaje
como si hubiese sido una conciencia...
Juan Santos Atahualpa lanzó el grito
de rebelión: crujieron las cabañas...
¡Su voz, repercutiendo en lo Infinito,
era la libertad de las montañas!
Aquello fué el derrumbe portentoso
de una sobre otra raza... Hecho un coloso,
él, Apú-Inca, que en el campo abierto
se rubricó de heroicas cicatrices,
supo en la lucha desplomarse muerto
como un árbol hachado en las raíces...
Mas cumplió su ambición, y murió ufano;
que en las montañas, a su empuje estrechas,
pudo, antes de morir, ver en su mano
todas las tribus como un haz de flechas...

## V

### Cuadro final

Hacinamiento de musgosas ruinas,
el derrumbe es el túmulo sagrado
que oculta las reliquias de un pasado:
es la cresta en que imperan las espinas,
como en la sien del Dios crucificado.
¡Ah! no profane la errabunda planta
la cresta del derrumbe, que sombrío
como un gran mausoleo se levanta,
a la boca del antro y ante el río,
que danza, gira, palmotea y canta...
¡No profanado sea!...
Pero es vano
respetuoso dolor pedirle al mundo:
en el torrente del amor humano,
ese río que canta ejemplo toma.
¡Tras el último adiós de un moribundo
hay un infame que a la vida asoma!
¡Y es preciso vivir! Sobre el pasado
irradia al fin el porvenir oscuro;
que en este viaje eterno hasta el futuro,
el presente es tan rápido, que apenas
tiempo da al corazón despedazado
de verter una lágrima en su penas...
Debajo así del túmulo sombrío
palpitan nuevos gérmenes. No en vano
alegre canta y palmotea el río:
el agua que hoy es río será océano,
y otra vez nube, y otra vez rocío...
Bajo esos muros escombrados duermen
epopeyas de amor en cada germen;
y a través del derrumbe, pronto acaso
la fuerza vegetal robustecida,
como un Lázaro eterno, se abra paso
en medio del milagro de la vida.

Tal como en el derrumbe, su camino
en triunfo seguirán las razas fuertes,
sin demorar su marcha aunque el Destino
vibre temores y amenace muertes...
¡Y ha de imponerse sin cobardes quejas
arrollando temores y amenazas,
sobre el derrumbe de esas cosas viejas
la primavera de las nuevas razas!...

FIN

# INDICE


| | Págs. |
|---|---|
| El diálogo de las tumbas | 5 |
| Heroísmo. — Grito de Job | 12 |
| El cofre | 13 |
| La compra de Venus | 14 |
| Amor muerto | 17 |
| Flor de espontaneidad | 18 |
| Padre nuestro | 20 |
| Arqueología | 22 |
| Asunto Valteu¿ | 23 |
| Praxitélica. — La muerte del cisne | 26 |
| El beso de Cleopatra | 35 |
| La vejez virgiliana | 37 |
| Asunto Velázquez | 38 |
| Copa de oro | 42 |
| Sátira | 43 |

*Págs.*

La vejez anacreóntica. . . . . 45
Flor de Hispania. . . . . 48
El último canto de Nerón. . . . . 51
Pagana. . . . . 57
Perlas blancas. . . . . 59
El retrato de César. . . . . 60
El alma inmóvil. . . . . 62
Idealidad. . . . . 63
A los que sufren. . . . . 65
Oda olímpica. . . . . 69
Silencio! . . . . . 76
Poemas. . . . . 79
La epopeya del Morro. . . . . 81
El canto del siglo. . . . . 139
El derrumbe. . . . . 207

# OBRAS POÉTICAS

**Cantos de Vida y Esperanza**, por Rubén Darío. Un tomo, 3 ptas.
**Colección de sonetos** (350 de los mejores autores de España y de América), por N. Díaz de Escobar.—Un tomo, 3 pesetas.
**El libro azul** (poesías), por Adalberto A. Esteva.—Un tomo, 2 ptas.
**Futilezas**, por J. Ferrer Esteller.—Un tomo en tela, 2 pesetas.
**La Casa del Pecado**, por F. Villaespesa.—Un tomo, 3 pesetas.
**La Araucana**, por Alonso de Ercilla.—2 tomos, 4 pesetas.
**Mis Mejores Poesías**, por F. Villaespesa.—Un tomo, 3 pesetas.
**Mi Patria y mi Dama**, por J. L. Cordero.—Un tomo, 3 pesetas.
**Obras Poéticas** de José Espronceda.—Con ocho láminas, 3 ptas.
**Obras Completas** de D. Ramón Campoamor.—Cuatro tomos ilustrados. Cada tomo, 3 pesetas.
**Obras** de Manuel Acuña (poesías).—Un tomo, 3 pesetas.
**Parnaso Argentino**.—Con retratos, un tomo, 4 pesetas.
**Parnaso Antillano**, por O. Bazil.—Un tomo, 3 pesetas.
**Parnaso Boliviano**, por L. F. Blanco Meaño.—Un tomo, 3 pesetas.
**Parnaso Brasileiro**, por Alfonso Costa.—Un tomo, 3 pesetas.
**Parnaso Colombiano**.—Un tomo, 4 pesetas.
**Parnaso Chileno**.—Un tomo ilustrado con 30 retratos, 3 pesetas.
**Parnaso Dominicano**, por O. Bazil.—Un tomo en rústica, 3 pesetas.
**Parnaso Ecuatoriano**, por José Brissa.—Un tomo, 3 pesetas.
**Parnaso Español Contemporáneo**, por José Brissa.—Un tomo en 4.º de más de 500 páginas, 6 pesetas.
**Parnaso Mexicano**, por A. Esteva y J. Pablo Rivas.—2 tomos, 4 ptas.
**Parnaso Nicaragüense**.—Un tomo con retratos, 3 pesetas.
**Parnaso Peruano**, por V. G. Calderón. Un tomo, 3 pesetas.
**Parnaso Salvadoreño**, por Salvador L. Erazo.—Un tomo, 3 pesetas.
**Parnaso Venezolano**, por G. Gamargo.—Dos tomos, 4 pesetas.
**Poesías Escogidas**, por Juan de Dios Peza.—Un tomo, 3 pesetas.
**Poesías** de Antonio Plaza.—Un tomo ilustrado, 3 pesetas.
**Pasionarias**, por Manuel Flores.—Edición ilustrada, 3 pesetas.
**Poesías Completas** de Ricardo Palma.—Un tomo, 3 pesetas.
**Poesías Escogidas** de Manuel Machado.—Un tomo, 3 pesetas.
**Poesías Completas** de Salvador Rueda.—Un tomo en 4.º, de 576 páginas, con el retrato del autor, 6 pesetas.
**Poemas** de Enrique Heine.—Un tomo, 3 pesetas.
**Poesías** de Andrés Bello. Un tomo, 3 pesetas.
**Poesías** de Olegario V. Andrade.—Un tomo, 3 pesetas.
**Poesías** de José Asunción Silva.—Un tomo, 3 pesetas.
**Rosas de Pasión**.—Poesías de Carlos Miranda. Un tomo, 3 pesetas.
**Parnaso Cubano**, por Adrián del Valle. Un tomo, 3 pesetas.
**La Poesía en el Mundo**, composiciones de los mejores autores extranjeros. Un tomo, 3 pesetas.
**Poesías completas** de Santos Chocano. Dos tomos, 6 pesetas.
**Campanas Pascuales**, por F. Villaespesa. Un tomo, 2 pesetas.
**Cantares españoles** (Cantares del pueblo y cantares de los poetas), seleccionados por José Rodao. Un tomo, 3 pesetas.

---

**Casa Editorial MAUCCI.—Mallorca, 166; Barcelona**